

Para conocer bien nuestra Fe

PEQUEÑO CATECISMO



**Presentación completa de la
Doctrina Cristiana**

*para quienes desean la Verdad
y para los pequeños, no de razón humana,
sino llenos de Razón divina*

Este “Pequeño Catecismo”, una síntesis que supone el “Catecismo de la Iglesia Católica”, es un soporte destinado a quienes desean colaborar en la catequesis de niños, en su preparación a los Sacramentos de la iniciación cristiana –Penitencia, Eucaristía, Confirmación– **además de su propia formación básica en la Fe y como guía para su vida.**



“Pro manuscripto privato”

P. Pablo Martín Sanguiao

Pescia Romana, 1 de Noviembre 2019,
fiesta de la Santidad de Dios en todos sus Santos

ESTA PRESENTACIÓN DE LA DOCTRINA CRISTIANA SE DESARROLLA EN LOS SIGUIENTES CAPÍTULOS:

- I – **El Catecismo de la Iglesia Católica.** [página 5]
- II – **Dios y yo.** [p. 7]
 - El punto de partida –1. Nuestra existencia es un misterio –2. «Lo que somos» es un misterio –3. «Quienes» somos es un misterio –4. Nuestra muerte es un misterio –5. Después de la muerte: otro misterio –6. El sentido de la historia humana
- III – **Las primeras noticias sobre Dios.** [p. 10]
 - 1. El mundo nos revela Aquel que lo ha hecho –2. Aquel que nos ha hecho es infinito, eterno y perfecto –3. El universo es obra de Dios, es creado por Dios –4. La Creación es un acto del Amor de Dios
- IV – **La Revelación.** [p. 12]
 - 1. Dios nos hace saber de El por una vía sobrenatural –2. ¿Cómo se ha revelado Dios? –3. ¿Qué es la Sagrada Escritura? –4. ¿Qué es la Sagrada Tradición?
- V – **¿Quién es Dios? La Santísima Trinidad.** [p. 14]
 - 1. ¿Qué nos ha revelado Dios de Sí mismo? –2. El misterio de la Santísima Trinidad –3. La Voluntad Divina se manifiesta como Amor –4. Del Amor Divino proceden las Obras de Dios
- VI – **La Obra de la CREACIÓN.** [p. 19]
 - 1. “La Naturaleza”, o sea, la Creación –2. ¿Por qué Dios ha creado todas las cosas? –3. ¿Para quién ha creado Dios todas las cosas? –4. “En el principio Dios creó el cielo y la tierra” –5. Dios nos cuenta la verdadera historia de la Creación –6. El tiempo y la eternidad
- VII – **La creación del hombre.** [p. 23]
 - 1. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza –2. ¿Con qué finalidad Dios nos ha creado? –3. ¿Cómo fue creado el hombre? –4. ¿Cómo *no* fue creado el hombre? –5. El estado de “Justicia original” de Adán
- VIII – **La prueba y el pecado original.** [p. 29]
 - 1. La prueba y la tentación –2. ¿Cómo se producen las tentaciones? –3. ¿Qué cosa es el pecado? –4. ¿Cuáles son las consecuencias del pecado? –5. ¿Por qué pecó Adán?
- IX – **Empieza la historia del dolor y de la separación entre la Voluntad Divina y la voluntad humana.** [p. 32]
 - 1. La parábola del “hijo pródigo” es la historia de la humanidad –2. Situación espiritual del hombre tras la caída –3. Consecuencias físicas del pecado
- X – **Dios se preparó un pueblo, Israele.** [p. 34]
 - 1. Con Abrahám empieza la preparación a la llegada del Mesías –2. La vocación de Abrahám –3. La prueba y el triunfo en la prueba
- XI – **Dios libera a su pueblo de la esclavitud.** [p. 35]
 - 1. Los primeros pasos –2. Enseñanza de la historia del Antiguo Testamento –3. La Ley de Dios, los Diez Mandamientos

- XII – La historia del pueblo de Israel. [p. 37]**
–1. Recorramos dos mil años de historia –2. Dios se revela cada vez más en la historia
- XIII – La Encarnación del Verbo, Jesucristo. [p. 40]**
–1. ¿Quién es Jesucristo? –2. Jesucristo es el cumplimiento de la promesa divina
–3. ¿Para qué se ha encarnado el Hijo de Dios? –4. Su Vida –5. Su Pasión y Muerte y su Resurrección
- XIV – La Santísima Virgen María. [p. 44]**
–1. El papel esencial y único de María en el Proyecto divino
- XV – La Obra de la REDENCIÓN. [p. 46]**
–1. La causa o el por qué de la Redención –2. La finalidad de la Redención
- XVI – La Santa Iglesia. [p. 48]**
–1. ¿Qué es la Iglesia? –2. ¿Cómo es la Iglesia? –3. ¿Qué se necesita para pertenecer a la Iglesia? –4. ¿Dónde está la Iglesia?
- XVII – Los Sacramentos. [p. 50]**
–1. La Iglesia, en este mundo, se concretiza en los Sacramentos
- XVIII – La Eucaristía y la Santa Misa. [p. 53]**
–1. Por nosotros, con nosotros, en nosotros
- XIX – La Obra de la SANTIFICACIÓN. [p. 54]**
–1. ¿Qué es la Santidad? –2. ¿Qué es ser santos? –3. ¿Qué es la Gracia?
- XX – La unión con Dios. [p. 55]**
–1. ¿Qué cosa nos da la Gracia Santificante? –2. Las tres virtudes teologales
–3. Las virtudes cardinales –4. Los dones del Espíritu Santo –5. La oración
- XXI – Los Novísimos. [p. 59]**
–1. ¿Qué cosa son “los novísimos”? –2. La muerte corporal y la muerte espiritual
–3. El juicio particular y el Juicio final –4. El Paraíso o salvación eterna
–5. El Purgatorio o preparación temporal al Cielo –6. El infierno o condenación eterna –7. La resurrección de los muertos
- XXII – El cumplimiento del Proyecto de Dios. Su Reino. [p. 62]**
–1. Los tiempos de la historia según Dios –2. ¿En qué consiste el Reino de Dios?
–3. “Los signos de los tiempos”

No es simplemente un libro, sino “*un viaje en el sentido y en las preguntas de la vida, dentro de la experiencia de la Fe profesada por la Iglesia*”.

La vida de todos nosotros, de cualquier condición y empezando con la edad adulta, necesita respuestas precisas e indicaciones seguras de lo que hemos de hacer. No es una simple serie de conocimientos religiosos y de indicaciones morales, sino un alimento y una guía para la verdadera vida.

El Catecismo se compone de cuatro partes:

- La Fe “conocida y profesada” – en *el Credo*
- La Fe “alimentada y celebrada” – en *los Sacramenti*
- La Fe “vivida y practicada” – en *los Mandamientos*
- La Fe “comuni3n con Dios” – en *la oraci3n*

Respectivamente son:

- Conocer Qui3n es Dios y quienes somos nosotros, su Proyecto, nuestro origen y nuestro destino,
- Conocer lo que Dios hace por nosotros y recibir su Gracia y su Amor,
- Conocer lo que nosotros hemos de hacer para corresponder a su Amor,
- Conocer y experimentar una comuni3n de amor y de vida con El.

Es una relaci3n con Dios, en la que toda iniciativa es Suya, que requiere una respuesta por nuestra parte.

Es una relaci3n personal con Dios, de cada uno de nosotros, insustituible, que nos llega por medio de la Iglesia.

De aqu3 nuestra doble dimensi3n que nos relaciona con Dios: individual y social, la propia conciencia y el pr3jimo. Nuestra respuesta es personal, y al mismo tiempo pasa a trav3s del pr3jimo.

Es una relaci3n con Dios que parte del *conocimiento*, el cual lleva consigo el *deseo*, el cual llega a ser *posesi3n y amor, experiencia de vida, ¡felicidad!*

Donde quiera que vamos, cualquier cosa que hagamos..., en definitiva, ¿qu3 es lo que buscamos? ***La felicidad.***

No es f3cil notar la relaci3n entre lo que hacemos y esta 3ltima finalidad. No nos damos cuenta. El “Catecismo de la Iglesia Cat3lica” dice en el primer cap3tulo:

“El deseo de Dios (es decir, desear a Dios) est3 inscrito en el coraz3n del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no deja de atraer hacia S3 al hombre y solamente en Dios el hombre encontrar3 la verdad y la felicidad que busca sin cesar”.

Corresponde a una c3lebre frase de San Agust3n: “*Nos hiciste, Se3or, para T3, y nuestro coraz3n no encuentra reposo si no es en T3*”.

Lo demuestra el deseo del bien, de la verdad, de la paz, de la belleza, de la felicidad, de una vida sin l3mites, que tenemos por naturaleza, sin que nadie nos lo haya ense3ado. Este deseo supremo, este “instinto” primordial es “la marca de f3brica” de Dios, lo que la materia nunca podr3a dar. El hombre viene de Dios y debe regresar (voluntariamente) a Dios.

A la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta, “la peque3a Hija de la Divina Voluntad”, Jes3s le dice (volumen 11º, 26 de febrero 1912):

“Hija mía, Yo soy Amor e hice a las criaturas sólo amor. Los nervios, los huesos, la carne, son tejidos de amor y, después de haberlos tejido de amor, hice correr en todas sus partes la sangre, como cubriendolos con una vestidura, para darles vida de amor. De modo que la criatura no es sino un conjunto de amor y no se mueve más que por amor... Todo lo más pueden ser diferentes amores, pero siempre por amor se mueve. Puede ser Amor divino, amor a sí misma, amor a criaturas, amor malo, pero siempre es amore, y no puede ser de otra manera, porque su vida es amor, creada por el Amor eterno y por tanto movida por una fuerza irresistible al amor. De manera que para la criatura, incluso en el mal, en el pecado, en el fondo ha de haber un amor que la ha movido a hacer ese mal.

Ah, hija mía, ¿cuál no ha de ser mi dolor, al ver en las criaturas la presencia de mi Amor que he dado, profanado, contaminado al usarlo para otras cosas? Yo, para cuidar de este amor que de Mí ha salido y que he dado a la criatura, estoy en torno a ella como un pobre mendigo y, cuando la criatura se mueve, palpita, respira, obra, habla, camina, le voy pidiendo todo y le ruego, le suplico, le imploro que me dé todo a Mí, diciendole: «Hija, no te pido sino lo que te he dado; es por tu bien, no me robes lo que es mío. La respiración es mía; respira sólo por Mí. El palpitar, el movimiento es mío; palpita y muevete sólo por Mí», y así todo lo demás... Pero con mi mayor dolor tengo que ver que su palpitar va para un lado, el respirar va para otro, y Yo, el pobre mendigo, me quedo en ayunas, mientras que el amor de sí misma, de las criaturas, de sus mismas pasiones, se sacian. ¿Puede haber injusticia más grande? Hija mía, quiero desahogar mi amor y mi dolor contigo; sólo quien me ama puede compadecerme”.

Todos queremos ser felices, pero ¿por cual camino se logra? Los esfuerzos humanos de todos los que han dado origen a las diferentes religiones, no han obtenido nada. El hombre quiere de tantas maneras elevarse hacia Dios, acercarse a El, ser de alguna forma como Dios, porque Dios lo creó “a Su imagen y semejanza”. El gran error, el pecado, es querer “ser como Dios, pero sin Dios”, al contrario, contra Dios.

“Religión” quiere decir “re-ligar”, “restablecer” los lazos, las relaciones con Dios.

En todas las religiones de iniciativa humana, el hombre ha querido acercarse a Dios, pero sólo en la verdadera Religión, es Dios el que ha tomado la iniciativa de abajarse hacia su criatura, el hombre, para hablarle y, encarnandose, para levantarlo y llevarlo de nuevo a El:

“Cuando Israel era pequeñito, Yo lo he amado y de Egipto he llamado a mi hijo. Pero cuanto más los llamaba, más se alejaban de Mí; ofrecían víctimas a Baal, a los ídolos quemaban inciensos. A Efraim Yo le enseñaba a andar, llevandolo de la mano, pero ellos no comprendían que cuidaba de ellos. Yo les atraía con relaciones de bondad, con vínculos de amor; era para ellos como quien toma en brazos a un niño y lo levanta hasta su mejilla; me inclinaba sobre él para darle de comer” (Oseas, 11,1-4).

En conclusión: **EL CATECISMO TIENE COMO FINALIDAD** darnos todas las noticias y las indicaciones necesarias para que alcancemos esa aspiración suprema del hombre: ¡una plenitud de vida, la Felicidad! Esa es la finalidad y el por qué de nuestra existencia: la comunión de vida con Dios.

Un axioma de base de la Iglesia es que *“la Gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona”*. Por eso mismo, *“la Fe no se opone a la razón, sino que la supone y la perfecciona”*. Lo contrario de lo “humano” no es lo “divino”, sino lo “deshumano”... Pero vayamos por orden.

EL PUNTO DE PARTIDA de toda reflexión que pueda realmente iluminar la vida de cada uno de nosotros, *somos nosotros mismos*.

Las preguntas: *¿Quién soy yo? ¿Por qué existo? ¿Cual es mi destino? ¿Por qué he de morir? ¿Qué me espera después de la muerte?* y otras por el estilo, son las primeras que nos hacemos si queremos dar un sentido a nuestra vida.

Pero *nosotros somos incapaces* de responder a tales preguntas. Al cabo de siglos de reflexión sobre tales cosas permanece el misterio. O, mejor dicho, persiste *el ser conscientes de nuestra incapacidad* de descubrir el misterio, lo cual es ya un paso adelante, porque nos pone en la buena dirección: la de preguntar a “Alguien” que sabe más que nosotros.

Por tanto examinemos –entre otras– seis realidades para nosotros misteriosas, que no podemos evitar, pero a las que *debemos* poder dar una explicación. Pues ¿de qué le sirve al hombre descubrir los misterios de la naturaleza si luego no es capaz de aclarar los misterios de su propia existencia?

1 – Nuestra existencia es un misterio.

Ha nacido un niño. Ha nacido sin quererlo, sin ni siquiera saberlo: ¿se ha encontrado en el mundo y nada más! Cada día nacen en el mundo más de cien mil niños como él, pero ninguno de ellos ha escogido existir. Todos nosotros hemos nacido así. No dependía de nosotros; no hemos escogido a nuestros padres ni los conocíamos; no hemos elegido ni donde ni cuando, ni nuestro cuerpo ni nuestro temperamento. Hemos nacido, como habríamos podido no nacer...

Pues entonces ¿quién ha decidido nuestra existencia? ¿Quién la ha realizado? ¿Quién ha establecido cada una de estas cosas?

Realmente nuestra existencia es un gran misterio, que da a entender la presencia de ALGUIEN que a todos nos supera y nos domina, que decide y realiza según su gusto la venida al mundo de cada uno de nosotros.

2 – «Lo que somos» es un misterio.

Pasan los años: el niño se abre a la vida y empieza a descubrirse a sí mismo. Sus manos, por ejemplo, tan ágiles y útiles. Sus ojos, que se abren como dos ventanas al mundo. Y luego su inteligencia que lee el significado de las cosas, y su poder de amar...

Todos nosotros nos hemos encontrado así. Ninguno de nosotros ha podido evitar ser lo que es; que nos guste o no, todos hemos sido obligados a *aceptarnos* o a *soportarnos* a nosotros mismos.

¿Y quién ha decidido la forma de nuestro cuerpo y las aptitudes de nuestra alma? Sin duda, no nuestros padres: también ellos están obligados a *aceptar* o a *soportar* a sus propios hijos así como son. ¿Quién ha decidido que tuvieramos un cuerpo viviente y un alma espiritual? ¿Quién nos ha ideado y querido así?

Una vez más hemos de responder: Alguien más grande que nosotros, que ha decidido todo de nosotros.

Y si tú dijeras: “me ha traído al mundo mi padre”, entonces preguntamos: “y a él, ¿quién lo ha traído al mundo?” –“Su padre” –“Y a tu abuelo, ¿quién lo hizo nacer?”, etc., por tanto nos remontamos necesariamente hasta el primer padre de la humanidad: ¿y a él? De cualquier manera que queramos explicarlo, la conclusión es que el primero y todos sus descendientes somos obra de Alguien que no ha sido creado por ninguno y que existe por Sí mismo. Quiso definirse “**Aquel que ES**”.

3 – «Quienes» somos es un misterio.

Si “*lo que somos*” ya es un gran misterio, mucho más grande es el misterio que rodea la conciencia o el ser conscientes de “*quienes*” somos. Además de **tener** un cuerpo y un alma, cada uno de nosotros **sabe** que tiene un cuerpo y un alma. Cada uno de nosotros es “consciente de que existe”, “sabe que es él” y no otro, sabe que es “*sujeto de acciones responsables*”, es decir, que es una “**persona**”.

La pregunta es: ¿quién ha decidido hacerme ser un “yo” consciente y libre, protagonista y autor de lo que hago de mi vida, por tanto de mi destino? ¿Quién ha decidido hacerme ser *yo mismo*?

La sola explicación posible –podemos intuirlo– es la presencia, a nuestro lado, de un Padre que ha querido que seamos capaces de tener con Lui una relación de conocimiento y de amor.

4 – Nuestra muerte es un misterio.

La vida pasa rápida y llega a su final. Todos nosotros, sin excepción, sabemos que un día moriremos. Podemos alejar el pensamiento de ella pero no la certeza. Ante una cosa tan no querida, tan impresionante, y sin embargo tan cierta y tan universal, cada uno de nosotros se pregunta: ¿pero por qué no puedo vivir para siempre? ¿Quién ha establecido que el hombre deba morir, que **yo** tenga que morir?

Este problema incluye el del mal físico. Al problema de la muerte debo añadir: “¿*por qué el dolor, especialmente el de los inocentes? ¿Por qué las enfermedades? ¿Por qué las calamidades naturales? ¿Por qué la violencia, los atropellos, las injusticias, el hambre en el mundo, las guerras?*” ¿Y las desilusiones? ¿pero cómo es posible? Todo en nosotros tiende de forma irresistible a la felicidad, al bien, a la plenitud de vida, y por el contrario la muerte nos arrancaría todo con una carcajada de sarcasmo: “estúpido, ¿qué te creías?”

De nuevo el pensamiento va a Aquel que es dueño de la vida del hombre y de su destino, para nosotros misterioso y aparentemente cruel, pero que no puede no tener un sentido y una explicación. Un sentido y una explicación que **sólo El** puede revelarnos.

Y de todos estos males (de los que la muerte es el resumen) interesa no tanto saber la causa (pero también esa nos la revela “Aquel que nos ha creado”, y es el pecado), cuanto más bien conocer qué representa en nuestra vida concreta: ¿el mal físico es un absurdo o tiene una finalidad? ¿Para nosotros es sólo una “pérdida” o tiene una “contrapartida” que puede cerrar el balance con ventaja para nosotros?

5 – Después de la muerte: otro misterio.

Quando moriremos y nuestro cuerpo yacerá sin vida, ¿qué será de nosotros? Caeremos de golpe *en la nada* como si nunca hubiéramos existido, o *seguiremos*

teniendo conciencia de existir? ¿Qué sentiremos en ese momento supremo? ¿Encontraremos Aquel que nos ha dado la existencia o Su presencia seguirá siendo misteriosa para nosotros? ¿Seremos felices por el bien cumplido o castigados por el mal cometido? ¿Veremos otra vez a nuestros seres queridos y podremos estar con ellos?

Nadie puede responder a estas preguntas, ni siquiera todos los filósofos de la humanidad juntos.

¿Nuestra muerte será como un salto en la oscuridad? ¿La vida y nuestra naturaleza, hecha para la felicidad, será todo un gran engaño? Una vez más el pensamiento corre a Aquel que nos ha dado el ser y que nos ha hecho mortales. Sólo El sabe lo que nos espera después de la muerte, sólo El nos lo puede decir.

6 – El sentido de la historia humana.

En esta esfera pequeña y a la vez para nosotros tan grande, en este planeta que gira en el universo, la humanidad entera ha empezado y ha vivido su historia y se dispone a vivir su propio futuro.

Aquí es donde los hombres han construido sus grandes civilizaciones, las cuales, una tras otra, han caído. Y aquí es donde nuestra generación se debate y mira al futuro, pero aquí es donde todos nosotros seremos enterrados.

Este ciclo de nacimiento, de vida y de muerte es natural para la humanidad. Todo progreso científico, toda conquista técnica, todo bienestar social podrían retrasar su conclusión, pero no evitarla.

Y entonces cabe preguntarnos: *¿Qué sentido tiene la historia humana?* ¿Será posible que de todo lo que el hombre hace sobre la tierra no quede nada para él después de la muerte? ¿Será posible que la entera humanidad, en olas sucesivas, perezca en la nada, tras haber trabajado y sufrido por milenios? ¿O será que la muerte no es más que una puerta, más allá de la cual *la historia humana se descubre viva* y halla su cumplimiento?

A estas preguntas ningún hombre ha sabido ni sabrá jamás responder: sólo conjeturas, sólo fantasías. La respuesta verdadera y segura está fuera del hombre, o mejor dicho, *por encima* del hombre: está en Aquel que lo ha creado.

A la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta, “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”, Ntro. Señor le dice el 30 de enero de 1909:

“Hija mía, las criaturas, en casi todas las cosas que ocurren, siempre van repitiendo y diciendo: ¿Y por qué? ¿Y por qué? ¿Y por qué? ¿Por qué esta enfermedad? ¿Por qué este estado de ánimo? ¿Por qué esta desgracia? Y tantos otros porqués. La explicación del por qué no está escrita en la tierra, sino en el Cielo, y allí la leerán todos.

¿Sabes tú qué cosa es el por qué? Es el egoísmo que da alimento continuo al amor propio. ¿Sabes tú dónde fue creado el por qué? En el infierno. ¿Quién fue el primero que lo pronunció? Un demonio. Los efectos que produjo el primer por qué fueron la pérdida de la inocencia en el mismo paraíso terrenal, la guerra de las pasiones implacables, la ruina de tantas almas, los males de la vida. La historia del por qué es larga, basta decirte que no hay mal en el mundo que no tenga la huella del por qué. El por qué es destrucción de la Sabiduría divina en las almas. ¿Y sabes tú dónde será sepultado el por qué? En el infierno, para tenerlos eternamente agitados, sin darles paz jamás. El arte del por qué es hacer guerra a las almas sin darles nunca tregua.”

3

LAS PRIMERAS NOTICIAS SOBRE DIOS

Ante las preguntas fundamentales sobre el sentido de nuestra vida, no caben más que dos posibilidades: renunciar a una explicación, o preguntársela a “Otro” que sabe más que nosotros.

Ya hemos intuido Su presencia, precisamente por las preguntas que nuestra existencia lleva consigo. Lo hemos indicado como “*Aquel que nos ha hecho*”.

Ahora la pregunta racional es: *¿Ese «Otro» existe de verdad?* ¿Realmente existe un Ser, diferente del mundo en que vivimos y del cual este mismo mundo depende?

La respuesta es *Sí*, y veamos por qué. Dios nos ha hecho saber de El por una vía natural, *la razón*, por medio de las criaturas, y por una vía sobrenatural, *la Revelación*.

Por ahora usemos tan sólo la razón; después descubriremos la Fe.

1 – El mundo nos revela Aquel que lo ha hecho

Es evidente que una cosa que todavía no existe no puede darse la existencia ella misma. Pensar lo contrario sería absurdo.

También es evidente que cada cosa que vemos en el mundo es causada por otra cosa que ya existía antes de ella (qué es antes, el huevo o la gallina, es una dificultad aparente, porque cualquiera que sea la respuesta, *al comienzo* de toda la serie de cosas producidas debe hacer por fuerza *un Ser no producido por otro, que no depende de nada, un Principio que existe por sí mismo*. De lo contrario nunca habría empezado la serie de las cosas que vemos en el mundo. Ese Ser Supremo es DIOS, Aquel cuya esencia es el existir, tal como se presentó a Moisés: “*Yo Soy Aquel que Soy*”.

Para mejor comprenderlo, el Señor dijo a Santa Catalina de Siena: “*Yo soy el que ES, tú eres la que NO ES*”.

2 – Aquel que nos ha hecho es infinito, eterno y perfecto

Si Dios existe por Sí mismo, el Ser absoluto, es lógico que no haga primero una cosa y luego otra, como hacemos nosotros que somos limitados, sino que hace todo y es todo *en un solo Acto absoluto*, sin antes ni después, sin principio ni fin, inmutable, *eterno Presente*.

Realidad *totalmente diversa* de todas las otras cosas en el mundo, porque todo lo que estas últimas son y tienen lo reciben de Dios, mientras que Dios no lo recibe de nada. El es “la Fuente” del ser, es *el Ser infinito*.

La Naturaleza no es atea. Toda la Creación manifiesta claramente ser fruto del infinito *Poder* de Dios (le basta quererlo para hacerlo), todo lo creado muestra la infinita *Sabiduría* de Dios, todo tiene su triple firma: *orden, armonía y belleza*, todo lo que existe tiene un fin, un motivo, todo tiene un bien que ofrecer y compartir, todo es fruto del eterno *Amor* de Dios... Como dice la Escritura: “*los cielos y la tierra estan llenos de su Gloria*”. En una palabra, Dios es *infinitamente Perfecto*.

De todo esto se comprende que Dios no sólo existe, que El no es “algo”, sino “Alguien” que en sus obras manifiesta su Inteligencia y su Voluntad con todos sus atributos: Verdad, Bondad, Justicia, Libertad, Fecundidad, Felicidad... En una palabra, como dice San Juan, *Dios es Amor*.

3 – El universo es obra de Dios, es creado por Dios

Dios es la causa de todo lo que existe. Sólo Dios puede ser la finalidad de todo.

¿Pero de qué manera Dios ha dado existencia al universo? La única posible respuesta es: haciendolo *a partir de la nada*, puesto que anteriormente nada existía todavía. Hacer a partir da la nada se dice “crear”.

Del hecho de ser sus criaturas comprendemos cual es **nuestra posición ante Dios**:

- Si todas las criaturas –y nosotros de forma especial– somos obra Suya, le pertenecemos y de El dependemos. El es nuestro Dueño y Señor. Dios tiene todo derecho sobre nosotros. Por tanto, por parte nuestra debemos *reconocer* esta dependencia y pertenencia, *reconocer* que todo lo que somos y tenemos se lo debemos a El, y que si El retirase todo lo que nos ha dado, de nosotros no quedaría nada, desapareceríamos en la nada, como si jamás hubieramos existido. **Confesar este reconocimiento** es nuestro primer deber, el primer homenaje a la verdad: es **adorarlo**.

- Todo lo que Dios ha creado –y nosotros en particular– participa de la bondad, de la verdad, de la belleza de Dios. *Reconocer y admirar* la Obra de Dios, la actuación de todos sus Atributos (su Omnipotencia, su Sabiduría, su Providencia, etc.) en sus obras, reflejo de como es Dios, es **glorificarlo y alabarlo**. Por tanto nunca hemos de ver esa bondad, verdad y belleza de las criaturas como si Dios no tuviera nada que ver, separandolas de El, robandoselas a Dios: eso es lo que hace el pecado. Debemos reconocer que todo lo que somos y tenemos es don gratuito suyo, de su inmenso Amor, y ese reconocimiento se expresa con **bendecirlo y darle las gracias**.

4 – La creación es un acto de amor de Dios

Dios no necesita nada, nada puede obligarlo; por eso ha hecho todo *con plena libertad*. ¿Y cual es el motivo de la creación? Sólo puede haber sido hecha por amor, por el deseo de compartir Su felicidad con otros seres (nosotros), para desahogar Su amor con criaturas capaces de reconocerlo y de corresponderle, capaces de **conocerlo** y de **amarlo** *con plena libertad*, como El nos ama.

“En realidad la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda impiedad y toda injusticia de hombres que sofocan la verdad con la injusticia, pues **lo que de Dios puede conocerse les es manifiesto**; Dios mismo se lo ha manifestado. En efecto, **desde la creación del mundo, sus perfecciones invisibles pueden ser contempladas con la inteligencia en las obras que El ha realizado, como su eterna potencia y divinidad**; por tanto no tienen excusa, porque, aun conociendo a Dios, no le han dado gloria ni le han dado las gracias como Dios, sino que han desvariado en sus razonamientos y se ha oscurecido su mente torpe. Mientras se proclamaban sabios, se han vuelto necios y han sustituido la gloria del incorruptible Dios con la imagen y la figura del hombre corruptible, y de pájaros, cuadrúpedos y reptiles” (Rom 1,18-23)

“Que nadie se engañe. Si alguno entre vosotros se cree sabio en este mundo, **hágase ignorante para ser sabio**; porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios. Pues está escrito: “El confunde a los sabios por medio de su misma astucia”. Y también: “El Señor sabe que los planes de los sabios son inútiles”. Por tanto que nadie ponga su gloria en los hombres, porque todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro: **¡todo es vuestro! Pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios**” (1ª Cor 3,18-23)

El hombre es el destinatario de toda la Creación: todo ha sido creado para nosotros, nosotros para Cristo y Cristo (el Hijo de Dios, el Verbo Encarnado) para Dios: “**¡Todo es vuestro! Pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios**” (1ª Cor 3,22-23).

4

LA REVELACIÓN

1 – Dios nos hace saber de El por una vía sobrenatural

Para conocer a Dios y su Proyecto sobre nosotros, no basta la vía natural de la razón, es necesaria la vía sobrenatural de la Fe, que Dios nos presenta en la Revelación.

¿Qué es la Revelación? Es la manifestación que Dios ha querido hacer de Sí mismo, de su Proyecto eterno, de su Vida Divina; no sólo para darnos noticias de El, sino para compartir con nosotros su propia Vida, para darnos su Amor y unirnos a El como hijos.

Poseer la Vida de Dios se nos da en su Amor, el cual se nos da en su conocimiento:

*“Quiso Dios en su Sabiduría revelarse a Sí mismo y manifestar **el misterio de su Voluntad** (Ef 1,9) en el que los hombres, por medio de Cristo, el Verbo Encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo, llegando a ser partícipes de la Naturaleza Divina (Ef 2,18; 2ª Pe 1,4). Por consiguiente, mediante esta Revelación, Dios invisible (Col 1,15; 1ª Tim 1,17) habla a los hombres como amigo, movido por su gran Amor (Ex 33,11; Jn 15,14-15) y habita con ellos (Bar 3,38), para invitarlos a vivir en comunión con El y para acogerlos en su compañía. Este plan de la Revelación se realiza con palabras y gestos [actos] intrínsecamente relacionados entre ellos, y así las obras realizadas por Dios en la historia de la Salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos que las palabras significan, y por su parte las palabras manifiestan e ilustran el misterio que contienen. Sin embargo la verdad íntima acerca de Dios y de la salvación de los hombres, a nosotros se manifiesta mediante la Revelación de Cristo, que es al mismo tiempo el Mediador y la plenitud de la Revelación” (Concilio Vaticano II, constitución “Dei Verbum”, n. 2)*

2 – ¿Cómo se ha revelado Dios?

¿Cómo se manifiesta y comunica? Mediante la Sagrada Escritura (la Biblia) y en la Sagrada Tradición.

Para poder leer hace falta el Libro. ¿Pero basta el Libro sin los ojos? E bastan los ojos sin la Luz? ¿Y se puede tener la Luz sin la Lámpara? ¿Y la Lámpara tendría luz sin la Electricidad?

Así, si *el Libro* es la Sagrada Escritura, y “*los ojos*” son la buena voluntad, “*la Luz*” es la Fe que nos transmite “*la Lámpara*” que es la Iglesia, encendida por la “*electricidad*” que es el Amor Divino, que la persona del Espíritu Santo. Por eso, a la Sagrada Escritura se añade la Tradición viva de la Iglesia, que da siempre nueva luz, porque la Revelación está completa, pero no terminará nunca, siendo infinita.

3 – ¿Qué cosa es la Sagrada Escritura?

Es la Biblia, que podemos considerar como “una carta de amor” que Dios, nuestro Padre Divino, ha escrito para nosotros, “*para que tengamos Vida, y la tengamos en abundancia*” (Jn 10,10). La Biblia o Sagrada Escritura contiene la Revelación de Dios. En ella, Dios se manifiesta y se comunica a nosotros, para establecer con nosotros relaciones de amor y darnos su Vida. Dios nos dirige su Palabra con el lenguaje accesible para nosotros, un lenguaje humano variado, para que comprendamos, poco a poco, su lenguaje divino.

Está compuesta por 73 libros: 46 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo Testamento. *El Antiguo Testamento* fue escrito antes de que Nuestro Señor se encarnase. De él forman parte el “Pentateuco” (los cinco primeros libros, atribuidos a Moisés), los libros “históricos”, los libros “sapienciales” y los profetas. *El Nuevo*

Testamento fue escrito en el primer siglo, después de la Redención: está formado por los cuatro Evangelios, los “Hechos de los Apóstoles”, sus cartas y el “Apocalipsis”.

El Autor de la Sagrada Escritura es Dios (“palabra de Dios”), que inspiró y guió a los autores humanos de los diferentes libros.

4 – ¿Qué cosa es la Sagrada Tradición?

Es la incesante transmisión en la Iglesia, bajo la guía y el control de su Magisterio, de todo ciò que gli Apóstoles predicaron, cioè gli insegnamenti que essi recibettero da Nuestro Señor.

En la Tradición Dios no revela nada que no esté ya presente en la Sagrada Escritura, pero de siglo en siglo da cada vez más luz por medio de los Santos y Doctores de la Iglesia, para comprender cada vez más profundamente cuanto está ya revelado.

*“Tengo todavía muchas cosas que decir, pero por ahora no sois capaces de comprenderlas. Pero cuando venga el Espíritu de la Verdad, El os llevará a la **verdad por entero**, porque no hablará por su cuenta, sino que dirá todo lo que habrá oído y os anunciará las cosas futuras. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que el Padre posee es mío; por eso he dicho que tomará de lo mío y os lo hará conocer.” (Jn 16,12-14)*

“Hay todavía otras muchas cosas que hizo Jesús, que, si se escribieran una por una, creo que el mundo entero no bastaría para contener los libros que se deberían escribir.” (Jn 21,25)

“...Esta Tradición, que procede de los Apóstoles, va progresando en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo, ya que aumenta de hecho la comprensión tanto de las cosas como de las palabras transmitidas, ya sea con la reflexión y el estudio de los creyentes que las meditan en su corazón (Lc 2,19 e 51), ya sea con la experiencia dada por una más profunda comprensión de las cosas espirituales, ya sea por la predicación de aquellos que con la sucesión episcopal han recibido un carisma seguro de la verdad. Es decir, la Iglesia, en el curso de los siglos, tiende incesantemente a la plenitud de la Verdad Divina, hasta que se cumplan en ella las palabras de Dios (...) La misma Tradición hace conocer a la Iglesia el canon completo de los Libros Sagrados y en ella hace comprender más profundamente y hace obrar sin interrupción las mismas Sagradas Escrituras; así Dios, que ha hablado en el pasado, no cesa de hablar con la Esposa de su Hijo amado, y el Espíritu Santo, por medio del cual la viva voz del Evangelio resuena en la Iglesia y por medio de ella en el mundo, conduce a los creyentes a toda la Verdad por entero y en ellos hace residir la palabra de Cristo con toda su riqueza (Col 3,16)” (Conc. Vaticano II, cons. dogmática “Dei Verbum”, n. 8)

“La tarea de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o transmitida está encomendada sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad es ejercida en nombre de Jesucristo. Dicho Magisterio no es sin embargo superior a la Palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando tan sólo lo que ha sido transmitido, en cuanto que por divino mandato y con la asistencia del Espíritu Santo piamente escucha, santamente conserva y fielmente presenta esa Palabra, y de este único depósito de la Fe toma todo lo que propone para creerlo como revelado por Dios...” (Conc. Vaticano II, cons. dogmática “Dei Verbum”, n. 10)

Tratándose de cosas que pertenecen a la doctrina y a la moral, la Iglesia es infalible en su Magisterio, no puede engañarse ni equivocarse, porque le ha sido prometida indefectiblemente la divina asistencia del Espíritu Santo.

5

¿QUIÉN ES DIOS? LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1 – ¿Qué nos ha revelado Dios de Sí mismo?

Con la sola razón podemos comprender que Dios existe, que no es algo, sino “Alguien”, que es el Creador de todo lo que existe y es absolutamente distinto de todas las cosas creadas por El, que es omnipotente, infinitamente grande, sabio y bueno, libre en su obrar, etc.: *“lo que de Dios se puede conocer es manifiesto; Dios mismo lo ha manifestado. En efecto, desde la creación del mundo, sus perfecciones invisibles pueden ser contempladas con la mente en las obras hechas por El, como su eterna potencia y divinidad”* (Rom 1,19-20).

Pero la sola razón humana no puede ir más allá. Para saber Quién es, se ha manifestado históricamente al hombre, como afirma la Revelación. De esa forma la Fe da un “suplemento infinito” de conocimiento a nuestra razón, nos permite penetrar en el Misterio infinito de la vida íntima de Dios. Y Dios, absolutamente Uno, se presenta como Tres Personas iguales y distintas.

2 – El misterio de la Santísima Trinidad

Desde la primera página de la Biblia encontramos elocuentes alusiones al Misterio Divino, a la luz de los cuales podemos luego hallarlos por todas partes en la Creación.

Dios es un solo Dios en tres Divinas Personas: **el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.**

En el Antiguo Testamento no hubo una Revelación explícita del Misterio Trinitario: las Tres Divinas Personas del único Dios. Desde el primer capítulo del Génesis, hay ya elocuentes alusiones a Dios (en singular) que habla en plural: *“Y Dios dijo: Hagamos al hombre a Nuestra imagen, a Nuestra semejanza... Y Dios creó al hombre a Su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó...”* (1,26-27). *“El Señor Dios dijo entonces: He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de Nosotros...”* (3,22). Lo mismo se ve en el cap. 18, la aparición de Dios a Abrahám: *“...vio tres hombres que estaban de pie ante él... Apenas los vio... se postró diciendo: Señor mío, si he hallado gracia a tus ojos...”* Las dos personas que prosiguen son llamados “ángeles”, pero ese nombre es en sentido etimológico (“enviados”). En este sentido se lee Isaías, 48,16: *“Ahora el Señor Dios me ha enviado junto con su Espíritu”*...

Es decir, que hay elocuentes alusiones en el Antiguo Testamento, pero se iluminan sólo a la luz del Nuevo. La Trinidad de Personas de Dios se manifiesta a partir del bautismo de Jesús en el Jordán. Y luego tantas veces lo dice Jesús: *“Quien me ve a Mí, ve al Padre”*. *“El Padre, que vive en Mí, hace sus obras”*. *“El Padre y Yo somos una sola cosa”*, etc. *“Este Hijo es irradiación de su gloria y huella de su ser”* (Heb 1,3).

La Fe y la religión cristiana no son sólo una creencia intelectual en una serie de verdades o de ideas escritas en un libro, en nuestro caso la Biblia (como son otras religiones llamadas “del libro”); nuestra Fe y religión son **la relación viva con una Persona histórica, sí, pero viva y presente: Jesucristo**, el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero Hombre, que nos revela la Persona del Padre por obra de la Persona del Espíritu Santo.

Los nombres de las Tres Divinas Personas nos los da la misma Sagrada Escritura. Si el Padre se llama *“Padre”* es porque así ha de ser, aunque Dios, purísimo Espíritu, no sea “masculino” ni “femenino”. El no toma el nombre o el concepto del hombre que llega a ser “padre”, sino al contrario: por ser Dios precisamente así, ha querido darle

al hombre ese rasgo. Así mismo, el Hijo de Dios ha querido ser “el Hijo del hombre”, porque así refleja su condición Divina de ser “*el Hijo*”. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo podrían ser llamados, respectivamente, “*el Amante, el Amado y el Amor*”, o bien “*el Padre la Fecundidad Divina, el Hijo el Fruto de su Fecundidad y el Espíritu Santo el Realizador de la Fecundidad*”, o bien “*el Padre es el Revelado, el Hijo su Revelación y el Espíritu Santo el Divino Revelador*”.

«Ahora bien, mientras me veo fuera de mí misma, encontrándome en lo alto de los cielos, me ha parecido ver a Dios dentro de una Luz, y El mismo parecía también Luz y en esa Luz hay belleza, fuerza, sabiduría, inmensidad, altura, profundidad sin límites y confines, de modo que hasta en el aire que respiramos está el mismo Dios que se respira; por tanto cada uno lo puede sentir como vida propia, como de hecho lo es. Así que nada se le escapa y ninguna cosa puede huir de El. Esta Luz parece toda voz y sin que hable es toda activa, mientras siempre descansa; está por todas partes, sin ostaculizar nada. Y mientras está en todas partes tiene también su centro. ¡Oh Dios, cuán incomprensible eres! Te veo, te siento, eres mi vida, te empequeñeces en mí, mientras sigues siempre inmenso y nada pierdes de Tí; y sin embargo siento que balbuceo y que no sé decir nada.

Para poder explicarme mejor según nuestro lenguaje humano, digo que veo una sombra de Dios en toda la Creación, porque en todo lo creado ha puesto la sombra de su belleza en una cosas, en otras sus perfumes, en otras su luz... Como en el sol, en el que veo una sombra especial de Dios: Lo veo como representado en ese astro, como rey de todos los planetas.

1°. ¿Qué cosa es el sol? No es más que un globo de fuego. Uno es el globo, pero muchos son los rayos, de manera que fácilmente podemos comprender que el globo representa a Dios, y los rayos son los inmensos atributos de Dios.

2°. El sol es *fuego*, pero al mismo tiempo es *luz* y es *calor*, por tanto la Santísima Trinidad se refleja en el sol: *el fuego es el Padre, la luz es el Hijo, el calor es el Espíritu Santo, pero uno es el sol*. Y como no se puede separar el fuego de la luz y del calor, así una es la potencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que entre Ellos no se pueden realmente separar. Y como el fuego a la vez produce la luz y el calor, de modo que no se puede concebir el fuego sin concebir también la luz y el calor, así no es posible concebir al Padre antes que al Hijo y al Espíritu Santo, y así recíprocamente los Tres tienen el mismo principio eterno.

Añado que la luz del sol se extiende por todas partes; así Dios, con su inmensidad penetra en todas partes. Pero recordemos que este no es más que una sombra, porque el sol no llega donde no puede penetrar con su luz, mientras que Dios penetra en todas partes. Dios es Espíritu purísimo y lo podemos representar en el sol, que hace penetrar sus rayos por todas partes, sin que nadie pueda cogerlos con las manos. Es más, Dios mira todo, las maldades, las cosas vergonzosas de los hombres, y El sigue siendo siempre lo que es, puro, santo, inmaculado. Sombra de Dios es el sol, que manda su luz sobre las basuras y queda inmaculado, extiende su luz en el fuego y no se quema, en el mar, en los ríos y no se ahoga; da luz a todos, fecunda todo, da vida a todo con su calor y no se empobrece de luz, ni pierde nada de su calor y, es más, mientras hace tanto bien a todos, él no necesita de nada y sigue siendo siempre lo que es: majestuoso, resplandeciente, sin cambiar jamás.

¡Oh, qué bien se ven en el sol las cualidades divinas! Con su inmensidad está en el fuego y no se quema, en el mar y no se ahoga, bajo nuestros pasos y no es pisado, da a todos y no se empobrece y de nadie tiene necesidad; mira todo, es todo ojos y no hay cosa que no oiga, está al corriente de cada fibra de nuestro corazón, de cada

pensamiento de nuestra mente, y siendo Espíritu purísimo no tiene oídos ni ojos y jamás cambia por nada que suceda.

El sol, inundando el mundo con su luz, no se cansa. Así Dios, dando vida a todos, ayudando y sosteniendo el mundo, no se cansa. El hombre, para no recibir más la luz del sol y sus benéficos influjos, puede esconderse, puede taparse, pero al sol no le hace nada, permanece lo que es, el mal es todo para el hombre. Así el pecador, con el pecado puede alejarse de Dios y no gozar más de sus benéficos influjos, pero a Dios nada le hace, el mal es todo suyo.

También la redondez del sol representa la eternidad de Dios, que no tiene principio ni fin. La misma luz penetrante del sol nadie puede estrecharla en sus ojos y si quisiera mirarlo en su pleno resplandor, quedaría deslumbrado, y si el sol se acercase al hombre lo haría cenizas. Así es el Sol Divino: ninguna mente creada puede abarcarlo en su pequeña inteligencia para comprenderlo en todo lo que es, y si quisiera hacerlo por fuerza, se quedaría deslumbrada y confundida, y si este Sol Divino quisiera desahogar todo su amor, haciendoselo sentir al hombre mientras vive en carne mortal, lo haría cenizas. Así que ha proyectado una sombra de lo que es y de sus perfecciones en todo lo creado, por eso parece que lo vemos y tocamos y somos tocados por El continuamente. (Luisa Piccarreta, 2º Volumen, 28 de Enero 1899)

El misterio de la Santísima Trinidad podemos contemplarlo “por analogía” examinándonos a nosotros mismos, como todo lo que se refiere a Dios, infinitamente más grande que nosotros, transcendente.

Si Dios me ha creado, digno de El, poniéndose El mismo como Modelo único, significa que en El ocurre algo semejante a lo que sucede en mí. Si yo en mi mente y en mi conciencia (o para ser más exacto, en la inteligencia, la voluntad y la memoria) tengo una cierta idea de mí mismo, el concepto de mí mismo –y puedo decir que es como mi imagen interior, mientras que la que veo en el espejo es sólo exterior y muy parcial–, así Dios tiene en Sí mismo **una idea de Sí** perfectísima. La Idea que Dios tiene de Sí, el Conocimiento de Sí, el Concepto de Sí, la Imagen suya, el otro Sí mismo, es lo que El llama su *Verbo*, su perfecta *Palabra* o Expresión, en la que Se ve realizado, “*la huella de Su Sustancia*”, como dice la Carta a los Hebreos, cap. 1.

Dios no es “algo” sino “Alguien”, es decir, un Ser responsable de sus propias acciones y decisiones, o sea: es un Ser **personal**, y siendo perfectísimo el concepto o conocimiento que tiene de Sí mismo (no es como el que yo tengo de mí mismo, que es limitado y parcial), entonces resulta que su Concepto o Verbo es también **persona**, es Otra Persona, con la cual puede tener un inefable **Diálogo** (mientras que yo puedo tener sólo un monólogo conmigo mismo, con mi imagen interior o con la imagen externa del espejo en que me veo, porque no es otra persona).

Esa “relación” o “diálogo” en que se intercambian todo lo que son, es tan perfecto, que es también Alguien: es la Tercera Divina Persona, el Espíritu Santo, cuyo Nombre expresa la Esencia misma del Ser Divino. En una palabra, ninguna de las Tres Personas puede ser sin las otras Dos... Eso significa que la “persona” no resulta sólo del ser responsable consciente de sus propias decisiones (un recién nacido es persona, aunque todavía no “ejercita” lo que es), sino que resulta también de la relación ontológica con las otras personas: por ejemplo, el Padre es Padre porque tiene el Hijo...

Hasta aquí llega la reflexión acerca del único Dios, del Ser Divino, único e indivisible, que es Tres Personas distintas (que podríamos decir también “recíprocas”).

3 – La Voluntad Divina se manifiesta como Amor

Toda la Vida de Dios surge de su Voluntad, la única Voluntad de las tres Divinas Personas, y se desarrolla en un único Acto absoluto, infinito, eterno de Amor.

En él, el Padre manifiesta y comunica todo lo que El es al Hijo, todas Sus infinitas perfecciones... Todo deposita en El, excepto su condición específica de ser *Padre del Verbo*, porque sería contradictorio. De hecho, el Hijo no podría ser “padre de Sí mismo”. Y tampoco puede darla al Espíritu Santo, porque esta Divina Persona es “la Relación”, “el Vínculo”, “el Diálogo de Amor” entre las Dos primeras... ¿Qué hacer?

Su Ser, que es un solo Ser, es perfectísimo, de nada necesita, no hay nada que añadir o quitar. Pero su Amor no se satisface si las Tres Divinas Personas no dan todo, si conservan para Sí algo. De ahí surge la solución: sin necesidad de nada, sino sólo por amor, el Padre ha querido eternamente otra persona, distinta del Hijo y del Espíritu Santo, una “cuarta persona” a la cual comunicar o con la cual poder compartir Su condición propia de Padre del Verbo.

Una persona por lo tanto externa a la Stma. Trinidad, una persona que había de crear apostando para desahogar su Amor: en esta Criatura singular *la Paternidad Divina, su Fecundidad Virginal, se llama “Maternidad Divina”*, pero es la misma, aun no siendo Dios, sino tan sólo una Criatura.

Dios la ha querido “eternamente”. Y eso es porque en Dios no hay sucesión de actos, sino un único Acto infinito, exhaustivo. A nosotros nos parece que primero hace una cosa y luego otra; pero el Acto está por encima del transcurrir del tiempo. Entonces, desde el punto de vista de Dios, no sólo María, sino nosotros y todo lo que existe somos “*eternos*”, siempre presentes en el Pensamiento y en el Querer de Dios, aunque desde nuestro punto de vista de criaturas somos “*temporales*”: o sea, nuestra existencia tuvo un comienzo, si bien nosotros, como también los ángeles, no tendremos fin.

Y el Verbo Divino, al ver la Paternidad de su Padre amado “bilocada” (por así decir) en una criatura, arrebatado por el amor decide de hacerse El también criatura, para ser su Hijo y honrar así en esta criatura la Paternidad de su Padre... Por tanto, bien podemos afirmar que el primer motivo (en orden de importancia) que el Verbo Eterno tuvo para encarnarse, no fue tanto el pecado de los hombres, cuanto la Gracia perfecta de María... Después, por motivo de esta Pareja inicial de Criaturas, Dios ha decretado dar la existencia a todas las demás, en su propio orden y grado.

Con esta reflexión tenemos ya un indicio segurísimo del por qué de la Encarnación. La cual no podía depender de nuestro comportamiento de criaturas. No era suficiente. Su causa no puede estar más que en el Misterio del Amor de las Tres Divinas Personas, en la vida íntima de Dios. Y también un primer indicio de por qué una pura criatura era destinada a ser la Madre del Hijo de Dios encarnado.

4 – Del Amor Divino proceden las Obras de Dios

Con San Pablo (Ef 1, Col 1) y San Juan (Gv 1), afirmamos

- que desde la Eternidad el Hijo o Verbo Eterno de Dios se llama *Jesucristo* (es decir, su Encarnación, su Naturaleza humana, no es para El una cosa facultativa o secundaria) y es necesariamente el Hijo de María, no siendo posible lo contrario. Por eso la Iglesia dice que María está “*arcanamente unida a Jesucristo desde toda la eternidad «con uno mismo decreto» de predestinación*” (Constitución Apostólica «Munificentissimus Deus» de Pío XII, 1950);

- que El es el Autor y el Destinatario o Heredero de toda la Creación, el Primogénito y el “Prototipo” de todas las criaturas;
- que en el tiempo, El, encarnandose, ha tomado *nuestra* naturaleza humana, porque antes, al crearnos, nos había dado *Su* Naturaleza Humana. Por tanto, si el Hijo de Dios se ha hecho Hombre *como nosotros*, ¡tanto más nos quiere hacer hombres *como El!*

El Padre ha mirado a su Hijo y ha visto a María; mirandolos luego a Ellos dos, nos ha visto a todos nosotros; mirandonos a nosotros ha visto todo el resto de las criaturas... *“Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”* (1ª Cor 2,22-23). Pero su Ideal no termina en esto: mirandonos a nosotros, ahora quiere ver en cada uno de nosotros a su Unico Hijo Jesucristo.

Por tanto, en el eterno decreto de la Encarnación Dios ha establecido que el Hijo hubiera además de su propio Cuerpo humano personal, físico, un Cuerpo Místico suyo, del cual El fuera la Cabeza, el Rey. Un Cuerpo concebido en El y por motivo de El, *“desde el Principio”*.

¡Eso es su verdadero Reino! Pero qué “desilusión” es para el Padre cuando nos mira a nosotros y no ve a su amadísimo y único Hijo, o ve apenas algo...

Del primer decreto eterno del Amor de las Tres Divinas Personas (la Encarnación del Verbo) proceden las Obras externas (*“ad extra”*) de Dios: **la Creación, la Redención y la Santificación.**

Dios no necesitaba de nada ni de nadie. Dios es infinita Bondad que se da. Su necesidad fue de desahogar su Amor. Todo lo que ha salido de Dios como amor debe volver a Dios como respuesta a su Amor.

Al primo decreto eterno del Querer Divino, la Encarnación del Verbo, Nuestro Señor Jesucristo, se añade el de la Inmaculada Concepción, en medio de las Tres Divinas Personas, de Aquella que había de ser su Madre, la Stma. Virgen.

De Ella sin embargo Dios ha hecho que dependiera la misma Encarnación del Hijo de Dios. María ha sido siempre perfectamente libre en su respuesta a Dios. Dios se ha “jugado” todo con la libre respuesta de María, sólo por amor, la sola respuesta digna de Dios. Sin Ella no habríamos tenido ni Redentor ni Redención, sin Ella no habría habido ni siquiera una página del Evangelio. Es más: puesto que la misma Creación de todos nosotros y de todo lo que existe debía depender de la Encarnación del Verbo Divino, la consecuencia es que la misma existencia de la Virgen y de todos nosotros Dios la ha hecho depender del *“sí”* divino y continuo de María. En el acto eterno y a la vez histórico de la Encarnación, junto con la humanidad adorable de Nuestro Señor, su Amor le hizo concebir en El a todas las almas, en primer lugar la de su Madre, rodeandola de todos sus méritos y preservandola de toda mancha de pecado.

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos, en Cristo. En El nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados ante El en el Amor, predestinandonos a ser sus hijos adoptivos por obra de Jesucristo, según el beneplácito de su Voluntad. Para gloria y alabanza de su gracia, que nos ha dado en su Hijo amado; en quien tenemos la redención mediante su sangre, la remisión de los pecados según la riqueza de su gracia. El la ha derramado en abundancia sobre nosotros con toda sabiduría e inteligencia, ya que nos ha hecho conocer el misterio de su Voluntad, según lo que en su benevolencia había en El preestablecido para realizarlo en la plenitud de los tiempos: el proyecto de recapitular en Cristo todas las cosas, las del cielo como las de la tierra.” (Ef 1, 3-10)

1 – “La Naturaleza”, o sea, la Creación

El mundo está lleno de cosas estupendas, maravillosas..., todas llenas de cualidades preciosas, de movimiento, de vida. La llaman “la Naturaleza”..., pero su verdadero nombre es **la Creación**, porque no se ha hecho ella sola, ha sido creada por Dios.

¿Quién puede contarnos cómo ha sido hecha? Nosotros no estábamos. Nadie estaba presente. Sólo Dios nos la cuenta, porque El la ha creado. Ninguna cosa puede hacerse ella sola. Sólo Dios puede saber cómo fue... Dios es el Testigo que dice la Verdad.

Las majestuosas puestas de sol, la paz y la armonía de los campos y de todos los seres vivientes que Dios ha puesto en nuestras manos..., todas las cosas nos dicen que han sido hechas por nuestro Padre Divino, por Dios Padre y Creador. Pero eso lo comprende sólo quien tiene corazón de niño, aunque ya sea mayor y tenga una gran cultura, porque Jesús ha dicho: *“Dichosos los puros de corazón, porque verán a Dios”*.

Todas las cosas hablan de Dios, porque Dios les da existencia y vida en cada instante y dicen cuánto El es Sabio, Potente y Bueno.

Dios está presente en todo lo que ha hecho y ha puesto su firma por todas partes: *orden, armonía y belleza*. Dios *“ha dispuesto todo con número, peso y medida”* (Sab 11,20). Y las reglas matemáticas, como las leyes físicas, manifiestan su Sabiduría independientemente de una mente humana que en un cierto momento pueda descubrirlas.

“Los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la Obra de sus manos. El día le transmite el mensaje al día y la noche le da noticia a la noche. No es lenguaje y no son palabras de los que no se oiga el sonido. Por toda la tierra se difunde su voz y hasta los confines del mundo llega su palabra...” (Salmo 18)

2 – ¿Para qué ha creado Dios todas las cosas?

¿Para qué las ha creado? Cada uno de nosotros puede decir: las ha hecho mi Padre del Cielo para mí, para darme por medio de ellas todo su Amor y luego darme su Vida. Todas las cosas, todos los seres creados, así como mi prójimo son otros tantos mensajeros que me hablan de El, son canales de comunicación por medio de los cuales Dios me envía su providencia, sus noticias, su amor, y que deben llevarle de mi parte mi gratitud, mi alabanza, mi respuesta de amor.

Dios desea que yo lo sepa y que aprenda a leer este bellísimo Libro de la Creación, para que descubra su Amor y que yo también lo ame. Esa es la finalidad de la Creación y de nuestra existencia. Dios nos hace saber de El no sólo por la vía natural de la razón, mediante las criaturas, sino también per una vía sobrenatural, la Revelación, y nos explica cómo hizo todo en el otro Libro suyo escrito, la Biblia. En ella Dios nos dice Quien es El y quienes somos nosotros, nuestro verdadero origen, nuestra Familia y nuestro destino, qué ha hecho El por nosotros y qué quiere que nosotros hagamos.

3 – ¿Para quien ha creado Dios todas las cosas?

Todo lo que existe, incluso los Angeles y las estrellas, el sol y el mar, Dios lo ha creado para el hombre, ma nosotros hemos sido creados para Jesucristo y El, el Hijo, para Dios Padre. Este es el verdadero orden de la Creación (1ª Cor 3, 22-23).

Cuando fabrica, por ejemplo, un coche, primero se hace el “prototipo”, el modelo perfecto, y luego todos los demás. Lo mismo ha hecho Dios: la primera criatura que decidió crear fue la naturaleza humana de Jesucristo, es decir, la Encarnación de su

Hijo, Dios y Hombre verdadero, dotado de alma y cuerpo. Y pensando en Jesús, Dios ha hecho todo, en vista de su Encarnación y para prepararla. Una decisión eterna de las Tres Divinas Personas: fue una cuestión de amor entre Ellos.

*“El es imagen de Dios invisible, engendrado antes de toda criatura; pues por medio de El han sido creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles: Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades. Todas las cosas han sido creadas por El y **en vistas a El**. El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El. El es también la cabeza del cuerpo que es la Iglesia; el principio, el primogénito de los que resucitan de entre los muertos, para tener el anteceder sobre todas las cosas” (Col 1,15-18).*

El Padre Divino dió a su Hijo una maravillosa naturaleza humana, pero dijo *“No es bueno que el Hombre esté solo, quiero darle una ayuda que sea semejante a El”* (Gen 2,18): una Madre, que fuera como El en todo y lo ayudase en todo, que tuviera el mismo Corazón de Dios y amase a su Hijo con el mismo Amor Divino del Padre.

Dios Padre, viendo luego a estos dos primeros, Jesús y María (que un día habían de venir al mundo), sintió tanta alegría y amor, que quiso crear otros muchos hijos suyos que fueran como Ellos, es decir, la entera humanidad.

Y para preparar la venida al mundo de Jesús y de María, Dios empezó creando, teniéndolos como modelo, al primer hombre y a la primera mujer, Adán y Eva, de los que nacería toda la humanidad, y en la plenitud de los tiempos también Jesús y María.

Pero antes de crear a nuestros primeros padres, Dios quiso prepararles el lugar en que pudieran vivir: el Cielo y la tierra. Primero, la tierra, en que debían crecer y multiplicarse, y donde cada uno debía dar su respuesta de amor y de fidelidad al Padre Divino; y luego habrían ido al Cielo, a vivir con El, felices para siempre.

4 – “En el principio Dios creó el cielo y la tierra”.

Así empieza el testimonio de Dios, el primer libro de la Biblia, el libro del Génesis. Desde el primer capítulo conocemos la primera verdad de Fe: **“Creemos en un solo Dios, Padre Omnipotente, Creador del Cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles”.**

La carta a los Hebreos (11,2) dice: *“Por fe sabemos que los mundos fueron formados por la Palabra de Dios, de modo que de cosas no visibles tiene origen lo que se ve”.*

Debemos preguntar:

¿Quién lo ha hecho? Dios. No “la casualidad”. Las cosas no se han hecho solas.

¿Qué ha hecho? Ha creado. O sea, ha dado existencia a todo lo que existe, a todos los seres que no la tenían y que por sí mismos no podían tenerla. Eso quiere decir “creados por Dios a partir de la nada, del no existir”. Y junto con el bien de la existencia, Dios ha comunicado a cada criatura un “reflejo” de Sus perfecciones: *“Los cielos y la tierra están llenos de Su Gloria”.*

¿Qué ha creado? El cielo y la tierra, todo, las cosas visibles e invisibles, espirituales y materiales. *“Somos obra suya, creados en Cristo Jesús para las obras buenas que Dios ha preparado para que las cumplieramos”* (Ef 2,10) **“Dios crea en vosotros el querer y el obrar según su bondadoso proyecto”** (Fil 2,13): cada pensamiento, latido y respiro nuestro, cada acto de existencia Dios lo ha preparado y creado desde siempre .

¿Cuándo? *En el principio.* Una decisión eterna, realizada antes del tiempo, porque el tiempo es una dimensión de los seres creados. Dios es el Principio.

¿Cómo? En seis “días”, en seis “actos creativos” que son ciclos (el día es un ciclo).

5 – Dios nos cuenta la verdadera historia de la Creación.

Dios, per medio de Moisés, nos dice cómo ha hecho la Obra de la CREACIÓN. ¿Quién podía decirlo, sino su Creador? Sólo su Autor nos lo podía revelar.

Pero supongamos que Dios no nos lo hubiera revelado realmente, que el primer capítulo del Génesis fuera sólo un cuento para niños, o sólo un símbolo, o un relato mitológico... Sería absurdo entonces, porque Dios, habiendonos dado una inteligencia, la dejaría en ayunas. De hecho, sería como si dijera al hombre: “Yo sé como ha sido todo, pero no te lo digo, aun sabiendo que tú solo nunca lo sabrías, porque tú ves tu presente, pero no sabes nada del pasado”. Y si fuera solamente tener noticia de las cosas, poco mal sería; pero el problema es tenerlas de nosotros mismos y de nuestro Creador. Porque en eso nos jugamos nuestro destino.

Nosotros podemos contarnos todo lo que nos parezca, podemos jugar con los fósiles o con los telescopios o con el “carbono-14”... ¿Pero quién nos asegura que las cosas fueron así, que esos restos o informaciones del pasado han llegado hasta nosotros sin modificaciones, tal y como eran entonces? ¿Quién puede decirlo en serio?

Ninguna cosa se hace ella sola. Es verdad que hoy conocemos muchas cosas mediante la ciencia, las conocemos como son o como funcionan, pero no como eran, como llegaron a existir. Sabemos sin duda que cada ser que existe ha empezado a existir en un determinado momento, antes del cual no existía; y si eso vale para cada ser o cosa que vemos, lo mismo vale para su conjunto: para el Universo. Muchos científicos hoy dan como seguro lo que es sólo una hipótesis: lo que llaman el “*Big-Bang*” o gran explosión inicial de la que habría tenido origen todo el Universo. Una hipótesis que esconde una intención malvada: reducir todo a materia que evoluciona por sí sola y que no es necesaria una intervención de Dios, que así es negado.

Pues bien (a parte el ser tan sólo una hipótesis, uno de los infinitos modos como Dios habría podido crear), ¿qué es lo que habría explotado al principio? Algo debía de ser. ¿Un “super-átomo” superconcentrado? ¿Y quién lo habría hecho? Y luego, ¿quién lo hizo explotar y por qué? ¿Y quién habría dado todas las leyes a la materia y a la energía para que todo funcionara? Por tanto también así nuestra razón llega a Dios.

Como Dios nos hizo alma y cuerpo, así “*en el principio Dios creó el cielo y la tierra. Ahora, la tierra era confusa y vacía y las tinieblas llenaban el abismo, pero el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Dios dijo: «¡Hágase la luz!».* Y la luz fue hecha”.

Luz espiritual son los Angeles. También la luz de este mundo: Dios es Creador de las cosas visibles e invisibles. Así, en seis tiempos (llamados “*días*”) Dios ha hecho toda la Creación, y en primer lugar **los Angeles**, espíritus puros:

“¿A cuál de los ángeles Dios ha dicho: *Tú eres mi hijo; hoy te he engendrado?* ¿Y: *Yo seré para él padre y él para mí será hijo?* Y de nuevo, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: *Lo adoren todos los ángeles de Dios.* Mientras dice de los ángeles: *El hace a sus ángeles como vientos, a sus ministros como llamas de fuego,* del Hijo afirma: *Tu trono, Dios, es eterno, y: Cetro justo es el cetro de tu reino; has amado la justicia y odiado la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con aceite de júbilo más que a tus compañeros.* Y esto: *Tú, Señor, desde el principio creaste la tierra y los cielos son obra de tua manos. Se acabarán, pero tú permaneces; envejecerán todos como un vestido. Como un manto los cubrirás, como un hábito y serán cambiados; pero tú sigues igual, y tus años no tendrán fin.* ¿A cuál de los ángeles le ha dicho: *Sientate a mi diestra, hasta que Yo haya puesto a tus enemigos bajo tus pies?* ¿No son todos ellos espíritus encargados de un ministerio, enviados a servir a aquellos que han de heredar la salvación?” (Heb 1,5-14)

Por último «Dios dijo: *“Hagamos al hombre a Nuestra imagen, a Nuestra semejanza, y domine sobre los peces del mar y los pájaros del cielo, sobre los animales domésticos, sobre todas las bestias del campo y todos los réptiles que se arrastran por el suelo”*. Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Dios los bendijo y les dijo: *“Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar y las aves del cielo y sobre todo ser viviente, que se arrastra por el suelo”*.» (Génesis 1,26-28).

6 – El tiempo y la eternidad.

El tiempo es el modo como se desarrolla la existencia de todos los seres creados: continuamente pasamos de la posibilidad de hacer una cosa (por ejemplo, dar un paso) al acto de hacerla. Hay un antes y un después. El tiempo está en la misma naturaleza de los seres creados. Por tanto, “antes” del principio de la Creación no había ningún “antes”, ningún tiempo, mientras que por el contrario Dios «**ES**». El comienzo de la Creación fue el comienzo del tiempo. Pero sólo el hombre se da cuenta y lo mide. Por tanto, el tiempo anterior a la existencia del hombre no podían medirlo los seres puramente materiales. Ellos no tienen historia; se comportan siempre según las leyes sabias establecidas por el Creador, son siempre como Dios ha querido que fueran.

Por el contrario, Dios es el Eterno, no tiene sucesión de actos, El es y hace todo en un solo Acto, perfecto, absoluto. A nosotros nos parece que primero hace una cosa y luego otra; en realidad nos muestra poco a poco Su obra perfecta y completa, a la cual nada hay que añadir. Por tanto, el Universo, todas las cosas *“visibles e invisibles”*, cuya existencia empezó en un cierto momento, en Dios ya estaban desde siempre decididas, queridas; en su Voluntad o en su Pensamiento ya eran realidad, estaban eternamente concebidas. Por tanto, el “hacerlas salir” de El, el crearlas, ha sido como un parto inicial, gloriosísimo e indoloro. Como hace un artista, que concibe una obra de arte en su mente y en su intención y luego, tal vez al cabo de mucho tiempo, la realiza.

Dios es “Aquel que es”, Dios es Plenitud, Dios es en su Acto puro, único, absoluto, simplicísimo, infinito, eterno, que no tiene actos sucesivos. Dios no tiene un antes y un después, principio ni fin. Y si *para Dios no existe el pasado ni el futuro*, estos dos conceptos nuestros, que acompañan inexorablemente nuestra condición de criaturas, *no existen en la gran Realidad objetiva*. Son conceptos nuestros puramente *subjetivos*.

Y sin embargo el tiempo es una realidad objetiva: es uno de los componentes esenciales de la Creación, del Universo creado, es su cuarta dimensión (además de las tres dimensiones del espacio: longitud, anchura y altura), es el modo de existir propio de cada ser creado, ya que siendo limitado no es capaz de tener o de realizar al mismo tiempo todas sus posibilidades, sino que debe pasar en momentos sucesivos de la posibilidad al acto de realizarla.

El hombre no es puro espíritu, como los ángeles. El hombre no posee ni se realiza a sí mismo en un solo acto exhaustivo, con una fuerza que abrace todo lo que él es, y por tanto de una vez por todas, en una única decisión de adherir a Dios, en la cual se exprese totalmente. Dios concede a cada hombre un espacio de tiempo conveniente y suficiente, perfecto, en el que pueda madurar su libre respuesta a Dios. Sólo al final de ese tiempo su respuesta (sí o no) resulta definitiva, con todas las consecuencias. Pero siendo criatura, el hombre deberá siempre pasarse de sus tantas posibilidades al acto de realizarlas; por tanto habrá siempre el tiempo: “los siglos de los siglos” sin fin.

1 – Dios creó al hombre a su imagen y semejanza.

Dios creó al hombre a su **imagen**, para que el hombre viviera y obrara a su **semejanza**, como un pequeño Dios creado, para poder amarlo y ser por él amado, y así *“llegara a ser partícipe de la Naturaleza Divina”* (2ª Pe 1,4). Dios, como Creador, ha querido reproducir su imagen en la criatura, y como Padre quiere que sus hijos vivan como El, a su semejanza.

El hombre está formado de espíritu (como Dios y como los Angeles) y de materia: *“Todo lo que es vuestro, **espíritu, alma y cuerpo**, se conserve irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”* (1ª Tes 5,23).

Nuestra alma espiritual tiene tres facultades o potencias: inteligencia, memoria y voluntad, imagen de la Santísima Trinidad:

*“Hija mía, mi dolor fue grande e incomprensible a la mente creada, sobre todo cuando vi la inteligencia humana deformada, mi bella imagen que reproduje en ella, ya no hermosa, sino fea, horrible. Yo la doté de **voluntad, inteligencia y memoria**.*

*En la primera resplandecía mi Padre Celestial, que como Acto primero comunicaba su potencia, su santidad, su alteza, con que elevaba la voluntad humana, revistiendola con su misma santidad, potencia y nobleza, dejando abiertas todas las corrientes entre El y la voluntad humana, para que se enriqueciera cada vez más con los tesoros de mi Divinidad. Entre la voluntad humana y la Divina no había ni tuyo ni mío, sino que todo era común, con mutuo acuerdo. Era nuestra imagen, cosa nuestra, así que ella Nos representaba; por tanto nuestra Vida debía ser la suya y por eso constituía como acto primero **su voluntad libre**, independiente, como era, como acto primero, la Voluntad de mi Padre Celestial. Pero esta voluntad, ¡cuánto se ha profanado! De ser libre se ha hecho esclava de miserables pasiones. ¡Ah, ella es el principio de todos los males del hombre, ya no se la reconoce! ¡Cómo ha caído de su nobleza! Repugna mirarla.*

Después, como segundo Acto, concurrí Yo, Hijo de Dios, dotandola de inteligencia, comunicandole mi sabiduría, el conocimiento da todas las cosas, para que conociendolas pudiera gustar y complacerse en el bien. Pero, ay, qué cloaca de vicios es la inteligencia de la criatura! De la ciencia se ha servido para desconocer a su Creador.

Y luego, como tercer Acto, concurrió el Espíritu Santo, dotandola de memoria, para que, recordandose de tantos beneficios, pudiera estar en continuas corrientes de amor, en continuas relaciones. El amor debía coronarla, abrazarla y dirigir toda su vida; pero ¡cómo queda contristado el Eterno Amor! Esta memoria se acuerda de los placeres, de las riquezas y hasta del pecado, y la Trinidad Sacrosanta es echada afuera por los mismos dones dados a su criatura. Mi dolor fue indescriptible al ver la deformdad de las tres potencias del hombre. Hemos formado nuestra morada en él, y él Nos echaba afuera”. (Jesús a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, 14º Vol., 8 de Abril 1922)

Dios creó al hombre bello y noble, reflejo de Dios. El dice: *“Al crear al primer hombre, lo formamos con nuestras manos y le dimos la vida con nuestro aliento. Habiendo hecho el primero, todos los demás proceden y son copias del primero. Nuestra Potencia, presente en todas le generaciones, repite las copias”*.

Dios siente un gran amor por el alma que conserva el fin de la Creación, la armonía y santidad que había puesto en la naturaleza del hombre, alma y cuerpo, habiendolo creado directamente. El hombre reúne en sí toda la Creación y debería superarla, porque todo ha sido hecho para él, mientras que él ha sido hecho para Dios; pero el

hombre no se conoce a sí mismo y se va manchando con las peores suciedades.

Todas las criaturas son eternas en la Mente de Dios, pero el hombre se comporta como si no tuviera un principio eterno, sino temporal. La Creación no se ha movido de la Voluntad de Dios; siempre es bella, fresca, joven, no envejece ni pierde nada de su belleza, y así habría sido el hombre, si no se hubiera separado del Querer Divino.

2 – ¿Con qué finalidad Dios nos ha creado?

Es decir, ¿qué quiere Dios de nosotros? Dios nos ha creado para *conocerlo, amarlo, servirlo cumpliendo en todo su Voluntad, y de esa forma poseerlo y gozar con El eternamente en el Cielo.*

–*Para conocerlo*, como Dios se conoce Sí mismo y nos conoce: conocer a Dios es recibir, acoger su *manifestación y comunicación*. Eso es la fe, que nos permite poseer la **verdad**.

–*Para amarlo*, o sea, para corresponder a su Amor con el mismo Amor: amar a Dios es corresponderle con *la manifestación* de lo que somos, de nuestra nada (eso es la verdad, la sinceridad), y con *la comunicación* de todo lo que tenemos, que El nos lo ha dado, y eso es la **humildad**.

–*Y para servirlo*, para hacer su Voluntad, porque el amor se demuestra con obras; por eso el amor está en acto, vive y se realiza cuando, a **la verdad** de manifestarle nuestra nada y a **la humildad** de reconocerle y atribuirle todo lo que El nos ha dado, añadimos el hacer todo lo que nos pide, y eso es **la obediencia**.

–*Y así poseerlo y compartir con El su gloria y felicidad eternamente en el Cielo.*

La finalidad de la creación del hombre fue que viviera en Dios y Dios en él. Entre la voluntad del alma y la Voluntad de Dios tenía que haber como un continuo respirar, en el dar, recibir y corresponder. Creando el cielo, las estrellas, el sol y toda la naturaleza, Dios no les dió libertad de añadir o de quitar nada; mientras que al crear al hombre lo hizo libre, para que creciera siempre en su semejanza con Dios.

3 – ¿Cómo fue creado el hombre?

“*Superior a toda criatura viviente es Adán*” (Sirácida, 49,16)

“(La Sabiduría) *protegió al padre del mundo, el primero formado por Dios, cuando fue creado solo; después lo liberó de su caída y le dió la fuerza para dominar sobre todas las cosas*” (Sabiduría, 10,1-2).

Ni el mismo hombre ni las ciencias pueden decir nada sobre el origen de la criatura, de cada ser humano. Es uno de los secretos más íntimos de Dios: donde, como y cuando. En el secreto de las relaciones entre las Divinas Personas, Dios nos ha creado con una vocación altísima: para concurrir con El en todas sus obras mediante su Voluntad dada a nosotros, debiendo nosotros confirmar y repetir en el tiempo, por parte nuestra, su decreto eterno.

Sobre lo cual presentamos una página de los Escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, del 18 de Diciembre 1933 (volumen 33):

«...En este mar [del Querer Divino] estan en acto el orden, la armonía, los misterios secretos de como Dios ha creado al hombre, y oh, son prodigios inauditos de amor exuberante, de maestría insuperable. Hay tanto de misterioso, que ni el mismo hombre, ni las ciencias pueden decir con claridad nada sobre su formación. Me he quedado sorprendida ante la magnificencia y las prerrogativas que tiene la naturaleza

humana, y mi amado Jesús, al verme tan sorprendida, me ha dicho: "Hija mía bendita, cesará tu asombro si, mirando bien en este mar de mi Querer, ves donde, quien, como y cuando fue formada cada criatura.

Así que ¿dónde? En el seno eterno de Dios.

¿Quién? Dios mismo le dió su origen.

¿Cómo? El mismo Ser Supremo formó la serie de sus pensamientos, el número de sus palabras, el orden de sus obras, el movimiento de sus pasos y el continuo palpitar de su corazón, así que Dios le dió tal belleza, orden y armonía para poder encontrarse en la criatura, con tal plenitud que ella no hallaría un espacio en que poner nada de suyo, que no le hubiera sido dado por Dios. Nosotros, al mirarla, quedamos extasiados al ver que en el pequeño espacio humano nuestra potencia había metido nuestra obra divina, y en nuestro arrebató de amor le decíamos: «¡qué bella eres, obra nuestra! Tú eres, tú serás nuestra gloria, la realización de nuestro amor, el reflejo de nuestra sabiduría, el eco de nuestra potencia, la portadora de nuestro eterno amor»; y la amamos con amor eterno, sin principio y sin fin.

¿Y cuándo fue formada esta criatura en Nosotros? Ab eterno [desde la eternidad], por eso ella en el tiempo no existía, pero en la eternidad ha existido siempre, tenía su puesto en Nosotros, su vida palpitante, el amor de su Creador. Así que la criatura ha sido siempre para Nosotros nuestro ideal, el pequeño espacio en que llevar a cabo nuestra obra creadora, el apoyo de nuestra vida, el desahogo de nuestro eterno amor. Por eso es que tantas cosas humanas no se comprenden, no se saben explicar, porque es la Obra de lo incomprensible divino, estan nuestros misteriosos secretos celestes, nuestras fibras divinas, por lo que sólo Nosotros conocemos esos secretos, las claves que debemos tocar cuando queremos hacer cosas nuevas e insólitas en la criatura, y como no conocen nuestros secretos, ni pueden entender nuestros modos incomprensibles que hemos puesto en la naturaleza humana, llegan a juzgar a su manera y no saben explicarse lo que Nosotros estamos haciendo en la criatura, mientras se ven obligados a inclinar la frente ante lo que ellos no comprenden.

Ahora, quien no tiene nuestra Voluntad pone en desorden todos nuestros actos, ordenados ab eterno [desde la eternidad] en la criatura; por eso se desfigura y forma el vacío de nuestros actos divinos, preparados y ordenados por Nosotros en la criatura humana. Nosotros nos amabamos a Nosotros mismos en ella, la serie de nuestros actos formados por nuestro puro amor, y poniendola afuera, en el tiempo, queríamos que participara en lo que Nosotros habíamos hecho. Pero para que la criatura fuera capaz de eso, era necesaria nuestra Voluntad, que dandole su virtud divina, le habría hecho hacer en el tiempo lo que había sido hecho por Nosotros sin ella en la eternidad.

No había nada de extraño: si el Ser Divino la había formado en la eternidad, el mismo Querer Divino confirmaba y repetía en el tiempo, continuaba su obra creadora en la criatura. Pero sin mi Voluntad Divina, ¿cómo podrá elevarse, hacerse conforme, unificarse, asemejarse a esos mismos actos que Nosotros con tanto amor hemos formado y ordenado en ella?

Por tanto la voluntad humana no hace más que desbaratar nuestras obras más bellas, interrumpir nuestro amor, vaciar nuestras obras, que permanecen en Nosotros porque Nosotros nada perdemos de lo que hemos hecho; todo el mal es para la pobre criatura, porque siente el abismo del vacío divino. Sus obras no tienen fuerza ni luz, sus pasos son vacilantes, su mente confusa, así que sin mi Voluntad queda como un alimento sin sustancia, como un cuerpo paralizado, como un terreno sin cultivar, como un árbol sin fruto, como una flor que da mal olor. Oh, si nuestra Divinità fuese capaz de llorar, echaríamos amargamente de menos aquella que no se deja dominar por nuestra Voluntad".»

Nuestra voluntad libre en el obrar muestra la diferencia entre el hombre y los demás seres vivientes. En cuanto al cuerpo, la Palabra de Dios dice simplemente que *“Dios plasmó al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida y el hombre resultó un ser viviente”* (Gen 2,7).

4 – ¿Cómo no fue creado el hombre?

Debemos hacer una reflexión de simple buen sentido sobre el **terrible error del origen del hombre por evolución**. Muchos ahora, en la Iglesia, quieren tener el consuelo de resolver la incompatibilidad de la Revelación cristiana con *la fe* en la evolución, que pretendería explicar el origen del hombre. Pero para eso no basta disociar la evolución del materialismo biológico de Darwin.

En efecto, según ellos, la evolución sería solamente de *la parte material* del hombre (su cuerpo, sus capacidades físicas, o sea, todo lo que es “animal” en él).

Dios, por respeto a la evolución, se habría decidido así un día, considerando el nivel avanzado al que habría llegado el animal omínido, a escoger uno para “insuflarle” su espíritu para que fuera semejante a El, Lo conociera, Lo amara y Lo sirviera.

Hace falta realmente no haber considerado nunca las consecuencias de una hipótesis como esa, de la creación inmediata del alma humana espiritual en un cuerpo animal “pre-existente”, para manifestar semejante consuelo.

Imaginemos por cinco minutos la situación de ese pobre Adán: la víspera de su transformación habría sido un animal, medio mono y medio “hombre”, lejos de tener la gracia y la agilidad de los demás animales que poblaban la sabana forestal. Viviendo en medio de una numerosa tribu en lucha por la vida, en un ambiente de lo más hostil, que a pesar de todo había logrado hacerse un puesto en el segmento ecológico que ocupaba (“evolución gentil”, como se la imagina la prehistoria evolucionista). De pronto, tal vez después de una hermosa noche estrellada, se despierta como hombre. Dios le ha insuflado su Espíritu. Y ahí lo tenemos, consciente de su dependencia de un Dios que lo ha transformado, y de su destino sobrenatural; dotado con las potencias del alma que son la voluntad, la inteligencia y la memoria...

¡Y eso no es todo! El Catecismo enseña –y es de fe– que en su infinita bondad Dios lo dotó de esos *dones preternaturales* que son, entre otros, la impasibilidad, la integridad, la inmortalidad, la ciencia infusa, por no hablar de la palabra, que es perfectamente incompatible con lo que deja entrever la teoría evolucionista...

De pronto de despierta con plena conciencia en medio de sus hermanos y hermanas, sus parientes monos, de su tribu, que siguen siendo animales estúpidos, aunque físicamente absolutamente semejantes a él. ¡Qué horror!... ¡Qué angustia habría debido sentir!... ¡Qué choque psicológico abominable, que no habría podido resistir!... ¿Qué queda del Paraíso terrenal con todo eso? También eso se desvanece como mitología. *¿Se puede amar a un Dios que hubiera hecho semejante monstruosidad y que, lo peor de todo, hubiera sometido a una pobre “criatura” a esta toma de conciencia en un mundo en lucha por la vida, y a una prueba de obediencia que hubiera llevado, en caso de fracaso, a condenar toda su descendencia al castigo eterno?*

Poniendonos en un estricto punto de vista naturalista, la debilidad psíquica del hombre es por sí sola un argumento muy fuerte contra la evolución de animal omínido primario que adquiere las potencias del alma, dadas por Dios para hacerle ser hombre. En efecto, habría debido poseer un grado mínimo de autonomía, de agilidad, de

resistencia y de instinto, al menos como el de los animales contemporáneos, para poder subsistir con alguna probabilidad de éxito en la lucha implacable por la vida que había de sostener. Pero el hombre, por su naturaleza, es lo contrario de todo eso. Súmamente dependiente de un largo aprendizaje hasta una edad avanzada, desprovisto de pelaje o de plumas que le permitan resistir a las intemperies, ni ágil ni rápido para escapar de sus predadores; con una fuerza física muy modesta para su talla y sujeto, al contrario de los animales salvajes, a toda clase de enfermedades. En resumen, sin las facultades del alma que le permiten compensar sobreabundantemente, gracias a su industriosa actividad, sus carencias físicas, un “animal” así no habría tenido ninguna posibilidad de sobrevivir.

No, francamente semejante hipótesis no puede llevar, en el mejor de los casos, mas que a la negación de Dios y mucho más sin duda también al odio contra Dios. Y eso es lo que implica la teoría de la evolución. Según la cual, en efecto, las facultades características del hombre –la capacidad de razonar, de entender conceptos abstractos, de expresarlos con un lenguaje, etc., emergen de la materia y no son sino el resultado del juego complejo de combinaciones hormonales y de la evolución del cerebro, que se ha ido completando a lo largo del tiempo.

Esta hipótesis no niega por fuerza la existencia de un Dios, pero se trata del “*Gran Arquitecto del universo*” de los masones deistas, que habría dado el impulso inicial (el *Big-Bang*), para luego desinteresarse de su creación y dejarla progresar poco a poco por sí sola (gracias a la evolución) hacia “el punto Omega”, es decir, hasta llegar a ser el mismo Dios. Es la idea de Teilhard de Chardin y las desviaciones de esos teólogos que niegan discontinuidad entre lo que es natural y lo que es sobrenatural; o son en cierto modo, las elucubraciones de la *New-Age* según las cuales la humanidad ha llegado finalmente a un grado de evolución suficiente para entrar en contacto con sus maestros extraterrestres. Una teoría que niega a Nuestro Señor y a toda la Revelación.

5 – El estado de “Justicia original” de Adán.

El Evangelio de San Lucas, presentando la genealogía de Jesucristo, dice: “...*hijo de Adán, hijo de Dios*” (Lc 3,38). Y como tal, Adán fue creado perfecto en su **naturaleza** humana, inmaculado y santo, con el don **sobrenatural** de la Gracia y con los dones “**preternaturales**”, consecuencia de su perfecta unión con Dios (inocencia –o sea, libre de concupiscencia–, ciencia infusa, impasibilidad, inmortalidad).

*“La Iglesia, interpretando auténticamente el simbolismo del lenguaje bíblico a la luz del Nuevo Testamento y de la Tradición, enseña que **nuestros primeros padres Adán y Eva fueron creados en un estado «de santidad y de justicia original».** La gracia de la santidad original era una «participación de la vida divina».*

*Todas las dimensiones de la vida del hombre eran potenciadas por la irradiación de esta gracia. Mientras hubiera permanecido en la intimidad divina, **el hombre no habría tenido que morir, ni sufrir.** La armonía interior de la persona humana, la armonía entre el hombre y la mujer y la armonía entre la primera pareja y toda la creación constituía el estado de la «justicia originale».*

El «dominio» del mundo que Dios, desde el principio, había concedido al hombre, se realizaba ante todo en el mismo hombre como dominio de sí. El hombre era íntegro y ordenado en todo su ser, siendo libre de la triple concupiscencia que lo hace esclavo de los placeres de los sentidos, de la concupiscencia de los bienes terrenos y del afirmar su propio yo contra lo que impone la razón.” (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 375-377)

El don supremo con que Dios lo enriqueció –por gracia– era la misma Voluntad de la Stma. Trinidad, gracias a la cual el obrar de Adán no era sólo humano, sino divino.

La realidad histórica de Adán, único cabeza de la humanidad, responsable por sí y por todos de la respuesta a Dios, figura “*de Aquel que había de venir*”, Jesucristo, es un elemento fundamental en la Revelación cristiana. Negar su realidad histórica lleva consigo el negar toda la Revelación y la misma razón de existir de la Iglesia.

Debemos rendir justicia a la verdad acerca de la persona de Adán, su creación, el primer periodo de su vida en estado de santidad o “justicia original”, su caída con todas las consecuencias y su verdadera rehabilitación, contra toda fantasiosa doctrina evolucionista y poligenista.

“Por tanto, como a causa de UN SOLO HOMBRE el pecado entró en el mundo y por el pecado la muerte, así también la muerte ha alcanzado a todos los hombres, porque todos han pecado. De hecho hasta la Ley hubo pecado en el mundo y, aunque el pecado no puede ser imputado cuando falta la ley, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés también sobre aquellos que no habían pecado con una transgresión semejante a la de Adán, EL CUAL ES FIGURA DE AQUEL QUE HABÍA DE VENIR. Pero el don de la Gracia no es como la caída: si de hecho por la caída DE UNO SOLO mueren todos, mucho más la gracia de Dios y el don concedido a causa de un solo Hombre, Jesucristo, se han derramado en abundancia sobre todos los hombres. Y no ha sucedido con el don de gracia como con el pecado DE UNO SOLO: el juicio partió de un solo acto para la condena, mientras que el don de gracia parte de muchas caídas para la justificación. En efecto, si por la caída DE UNO SOLO la muerte ha reinado a causa DE AQUEL ÚNICO HOMBRE, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la Vida por medio del único Jesucristo. Por lo tanto, como por la culpa DE UNO SOLO se ha derramado sobre todos los hombres la condena, así también por la obra de justicia de Uno solo se derrama sobre todos los hombres la justificación que da la vida. Igualmente, como por la desobediencia DE UNO SOLO todos han sido constituidos pecadores, así también por la obediencia de Uno solo todos serán constituidos justos”. (Romanos, 5,12-19).

“Hija mía, he querido rezar contigo para hacerte firme en mi Voluntad y darte la gracia de hallarte ante la Majestad Suprema en el acto de la creación del hombre, y habiendolo dotado de todos los bienes y su voluntad era nuestra y la Nuestra era la suya, todo era armonía entre él y Nosotros. Lo que quería lo tomaba de Nosotros; tomaba santidad, sabiduría, potencia, felicidad, etcétera; era nuestro prototipo, nuestro retrato, nuestro hijo feliz. Así que ADÁN al principio de su existencia tuvo una época que realizaba perfectamente la finalidad para la que fue creado, experimentó lo que significa vivir del Querer de su Creador; eramos mutuamente felices al ver reproducir en nuestra imagen nuestros mismos actos. Pero al romper la unión de su voluntad con la Nuestra, quedó separado de Nosotros. Por tanto los primeros actos del hombre estan en nuestra Voluntad, y Yo no quiero de tí, sino que vengas en nuestro Querer para proseguir desde donde ADÁN interrumpió, para poder vincular en tí todas las armonías que él rompió. Y como esta primera criatura, creado por Nosotros como cabeza de toda la familia humana, con separarse de nuestro Querer causó la infelicidad a todos, así tú, con venir a continuar desde donde él cesó, te ponemos a la cabeza de todos, por tanto portadora de aquella felicidad y bienes que habían sido preparados para todos si hubieran vivido en nuestro Querer”.

(Jesús a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, 15° Volumen, 25 de Abril 1923)

1 – La prueba y la tentación.

Sin una prueba o examen superado no se obtiene un premio. Así la prueba es necesaria para dar a Dios una respuesta de amor con plena libertad. De la prueba no han sido excluidos ni siquiera el mismo Jesús en cuanto verdadero Hombre ni su Madre, ni tampoco los Angeles. Una parte de los cuales rechazaron a Dios pecando por soberbia: se volvieron demonios, enemigos de Dios y de sus hijos los hombres. La Sagrada Escritura lo testifica:

*“¿Cómo es que has caído del cielo, **Lucifer**, hijo de la aurora? ¿Cómo es que estás derribado por tierra, dueño de pueblos? Y sin embargo tú pensabas: Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios pondré mi trono, moraré sobre el monte de la asamblea, en lo más remoto del septentrión. Subiré más alto que las nubes, **me haré igual al Altísimo**. ¡Y sin embargo has sido arrojado a los infiernos, en lo profundo del abismo!”* (Isaías, 14,12-15).

*“Estalló una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. El dragón combatía junto con sus ángeles, pero no prevalecieron y ya no hubo más lugar para ellos en el cielo. El gran dragón, la antigua serpiente, que llamamos **el diablo y satanás** y que seduce a toda la tierra, fue arrojado sobre la tierra y con él fueron precipitados también sus ángeles”* (Apocalipsis, 12,7-9).

*“¿Qué cosa fue la caída de los ángeles? Con esa expresión se indica que Satanás y los otros demonios, de los que hablan la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia, de ángeles creados buenos por Dios, se transformaron en malvados, porque, con libre e irrevocable decisión, rechazaron a Dios y su Reino, dando así origen al **infierno**. Ellos intentan asociar al hombre a su rebelión contra Dios; pero Dios afirma en Cristo su segura victoria sobre el Maligno”* (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 391-395 y 414).

La prueba la quiere Dios para premiarnos, pero a menudo en la prueba se entromete Satanás con **la tentación** para arruinarnos. Así, cuando Dios puso a prueba Adán y Eva para estar seguro de su fidelidad, se entrometió el tentador y ellos se dejaron engañar por el diablo y desobedecieron a Dios: en ese momento también ellos rechazaron a Dios y, pecando, dejaron de ser sus hijos. *“Dios ha creado al hombre para la inmortalidad; lo hizo a imagen de su propia naturaleza. Pero **la muerte entró en el mundo por envidia del diablo**; y la experimentan los que le pertenecen.”* (Sabiduría 2,23-24).

2 – ¿Cómo se producen las tentaciones?

La tentación es siempre una propuesta de algo que atrae para separarnos de Dios. Procede de uno de los tres enemigos del alma: el demonio, el mundo, la carne.

Los dos primeros son externos: **el demonio** es un ser creado espiritual, una persona concreta, llamado “Satanás”, “Lucifer”, “la serpiente antigua”, “el diablo” (aquel que divide), “el príncipe del mundo”, “el padre de la mentira, homicida desde el principio” (como lo llama Jesús), “el acusador”, que busca constantemente de desacreditar a Dios ante los hombres y desacreditar a los hombres ante Dios. *“Sed sobrios y velad. Vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente anda suelto, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe”* (1ª Pedro 5,8-9).

El mundo no es la Tierra, el planeta en que vivimos, sino el conjunto de hombres sin Dios discípulos del diablo, es el “anti-evangelio”, el conjunto de criterios, de gustos, de finalidades contrarios al Evangelio. *“Lo que es exaltado entre los hombres es*

abominable ante Dios” (Lc 16,15). “No améis el mundo ni las cosas del mundo! Si uno ama el mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, la soberbia de la vida, no viene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa con su concupiscencia, pero quien hace la Voluntad de Dios permanece para siempre” (1ª Jn 2,15-17).

Y la carne es nuestro “**ego**”, nuestro “yo”, con todas sus tendencias a satisfacerse a sí mismo en la soberbia y vanagloria, en la avidez y egoísmo, en la gula y en particular en la lujuria. A esta sobre todo se refiere la concupiscencia “de la carne”.

3 – ¿Qué cosa es el pecado?

Es desobedecer a Dios, es mucho más que un error, es ofenderlo, es una injusticia contra El, es renegarlo, es pagar con el mal Aquel que nos da todo bien, es despreciar su Voluntad poniendo la nuestra contra la Suya, separandose de Dios, poniendose contra Dios y en lugar de Dios en el momento mismo que nos ama y nos da la vida.

Se le puede ofender con pensamientos, palabras, obras y omisiones.

Sentir no es lo mismo que consentir; sentir (un sentimiento, una atracción) no depende de nosotros, consentir (querer) sí.

Se peca cuando se sabe suficientemente que Dios quiere (o no quiere) una cosa, pero de todas formas se quiere lo contrario. Debe haber conciencia y voluntad.

Pecar es siempre ofender a Dios, pero hay pecados que sólo hieren la vida divina en nosotros (la Gracia), y son “**veniales**”; y otros más graves que la matan, y por eso se llaman “**mortales**”. El diferente grado depende de la “materia” (o sea, de lo que Dios ha establecido como ley), y de cuanto uno lo sepa y lo quiera.

4 – ¿Por qué pecó Adán?

El texto sacro (Gen 3,1-7) narra la tentación y la caída de nuestros primeros padres:

«La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo creados por el Señor Dios. Dijo a la mujer: “¿Es verdad que Dios ha dicho: No debéis comer de ningún árbol del jardín?”. Respondió la mujer a la serpiente: “Del fruto de los árboles del jardín podemos comer, pero del fruto del árbol que está en medio del jardín Dios ha dicho: No debéis comer y no lo debéis tocar, de lo contrario morireis”. Pero la serpiente dijo a la mujer: “¡No es verdad que morireis! Es que Dios sabe que, si lo comierais, se abrirían vuestros ojos y **seríais como Dios, conociendo el bien y el mal**”. Entonces la mujer vio que el árbol era **bueno** para comer de él, **hermoso a la vista** y deseable para adquirir **sabiduría**; tomó de su fruto y comió, después le dió también a su marido, que estaba con ella, y él también comió. Entonces se abrieron los ojos a los dos y se dieron cuenta de que estaban desnudos; entretejieron hojas de higuera y se hicieron unos taparrabos.»

El tentador, que es un ser espiritual, no un animal, insinuando como hace una serpiente su propuesta, atrae a la mujer a dialogar, exagerando y dando a entender que Dios es obstáculo su realización; desmiente a Dios y siembra desconfianza hacia El. Ese es el primer componente de toda tentación.

Su propuesta –pura ilusión– es “**ser como Dios**”, pero sin Dios y separandonos de Dios, exactamente como fue la ilusión de su soberbia.

Entonces, si el amor que le debemos a Dios se ha enfriado lo suficiente, la trampa está lista: hace ver en alguna cosa creada (que sirve de cebo) una **bondad, verdad y belleza** deseables –que Dios ha puesto realmente en todo lo que ha hecho– sin referencia a El, ignorandolo. Eso es el otro componente de toda tentación.

“...¿Quieres saber por qué pecó ADÁN? Porque olvidó que Yo lo amaba y se olvidó de amarme. Ese fue el primer germen de su culpa. Si hubiera pensado que Yo lo amaba tanto y que él tenía el deber de amarme, jamás se habría decidido a desobedecerme, así que primero cesó el amor, después empezó el pecado. Y en el momento que dejó de amar a su Dios cesó el verdadero amor a sí mismo; sus mismos miembros y facultades se le rebelaron; perdió el dominio, el orden, y se llenó de miedo. Y no sólo eso, sino que cesó el verdadero amor a las demás criaturas, mientras que Yo lo había creado con el mismo amor que reina entre las Divinas Personas, que uno debía ser la imagen del otro, la felicidad, la alegría y la vida del otro. Por eso, cuando vine al mundo, la cosa a la que di más importancia fue que se amaran el uno al otro como eran amados por Mí, para darles mi primer amor, para hacer reinar en la tierra el Amor de la Stma. Trinidad...” (Ntro. Señor a Luisa Piccarreta, 16° Vol., 6.11.1923)

La Biblia (Gen 2,9) presenta dos misteriosos árboles que son como los protagonistas en la relación entre Dios y el hombre: “*el arbol de la Vida*” e “*el arbol del conocimiento del bien y del mal*”; de este último el hombre no debía comer, porque en vez de vida le habría dado la muerte. Es evidente que tienen un significado: la Voluntad de Dios, el primero; la voluntad del hombre, el segundo. Por la voluntad humana somos a imagen de Dios, pero no debemos darle vida propia, separada de la Voluntad Divina.

5 – ¿Cuáles son las consecuencias del pecado?

Dios no dejó de amar al hombre, y prometió redimirlo y salvarlo; pero el pecado original fue la peor catástrofe de toda la Creación. Esta habría debido desaparecer, ya que el hombre y la mujer ya no eran hijos de Dios, para los cuales había sido creada: se había vuelto rebeldes contra Dios, que tanto los había colmado de bienes. En aquel mismo instante toda la Naturaleza se rebeló contra el hombre. Y así, por envidia del demonio entró el pecado en el mundo y por el pecado todos los otros males y la muerte.

El hombre, separandose de Dios, se separa de su prójimo y de todo lo creado, que se le pone en contra y lo trata como enemigo, y el alma se separa del cuerpo: es la muerte. De la muerte espiritual procede la muerte corporal. Las consecuencias del pecado son el dolor (que es el vacío de un bien, o sea, el mal), la disolución, la muerte.

La verdadera explicación del problema de la ecología la leemos en esta “Apelación”:

“¿Quieren saber por qué la tierra no produce? ¿Por qué en varios lugares del mundo la tierra con terremotos a menudo se abre y sepulta en su seno ciudades y personas? ¿Por qué el viento, el agua, forman tempestades y devastan todo, y tantos otros males que todos sabemos? Porque las cosas creadas tienen una Voluntad Divina que las domina y por eso son potentes e imperantes, son más nobles que nosotros. Mientras que nosotros estamos dominados por una voluntad humana, degradados, y por eso somos débiles e impotentes. Si por nuestra fortuna dejamos la voluntad humana y tomamos la vida del Querer Divino, también nosotros seremos fuertes, imperantes, seremos hermanos con todas las cosas creadas, que no sólo ya no nos molestarán, sino que nos darán el dominio sobre ellas, y seremos felices en el tiempo y en la eternidad.” (Luisa Piccarreta, “Apelación”, 1924)

Si Dios no destruyó la Creación es porque había decretado que un día se había de encarnar su Hijo, que junto con su Madre Inmaculada eran aquellos para los que Dios Padre creaba todo. Jesús y María un día habrían reparado el daño del pecado y habrían puesto a salvo a todos nosotros, cumpliendo la Obra de la Redención, haciendonos ser de nuevo hijos de Dios y los verdaderos reyes de toda la Creación.

9

Empieza la historia del dolor y de la separación entre la Voluntad Divina y la voluntad humana

1 – La parábola del “hijo prodigo” es la historia de la humanidad.

Sin el testimonio de Dios en la Sagrada Escritura no se puede conocer la verdadera historia, que es sagrada, porque es la historia de las relaciones entre Dios y el hombre, historia de tanto dolor y de tanto amor. El hombre viene de Dios y debe volver a Dios: la humanidad –los miles de millones de seres humanos de todos los tiempos–, es considerada por Dios como si fuera un solo interlocutor.

El hombre, en Adán, es ese hijo menor, ingrato y egoísta, que se fue de la Casa paterna, se dilapidó su parte de herencia y se redujo a la miseria, poniéndose al servicio de un dueño malvado, que lo mandó a apacentar sus “cerdos”... En su amargura pensó pedir ser admitido como *siervo*, ya que no se sentía ser *hijo* y no conocía ya a Dios como Padre, teniendo miedo de El...

2 – Situación espiritual del hombre tras la caída.

En la naturaleza humana *la imagen* divina quedó herida, y perdió *la semejanza* con Dios. Enseguida después de la culpa del hombre intervino Dios, anunciando en primer lugar la redención y la victoria de la Mujer y de su Linaje sobre la serpiente infernal: “*Pondré enemistad entre tí –satanás– y la Mujer, entre tu descendencia y la Suya: ella te aplastará la cabeza y tú acecharás su talón*” (Gén 3,15). Evidentemente “la Mujer” no podía ser Eva, sino la Inmaculada, junto con su Divino Hijo.

Así Dios prometió restablecer el orden primordial de la Creación, su Reino en el hombre, conducirnos a su semejanza perdida, darnos de nuevo su Voluntad como vida. Pero para ser otra vez hijos por gracia, antes debíamos ser redimidos por el Hijo de Dios, que es la verdadera Cabeza de la humanidad (Ef 1,4 y 10; Col 1,15-17), el “Primogénito” (Rom 8,29, Hebr 1,6), incorporándonos a El.

Nuestros primeros padres fueron expulsados del paraíso, que se volvió “un valle de lágrimas”, porque Dios había sido echado de su paraíso viviente, que eran Adán y Eva. La separación de Dios causó la ruptura de la solidaridad entre ellos (“*Multiplificaré tus dolores y tus embarazos, con dolor darás a luz a tus hijos. Hacia tu marido irá tu instinto, pero él te dominará*”, Gén 3,16), entre el hombre y la Creación (“*¡maldita sea la tierra por tu culpa! Con dolor te procurarás el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te dará y comerás la hierba del campo*”, 3,17-18) y en el hombre mismo (“*Con el sudor de tu rostro comerás el pan; hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella has sido formado: polvo eres y en polvo te convertirás*”, 1,19).

Después de su expulsión del paraíso tuvieron hijos e hijas, y todos sus descendientes hemos heredado su situación de separación de Dios y todas las consecuencias del pecado, con excepción de Jesús y María, “*el nuevo Adán y la nueva Eva*”. “El río” de la humanidad quedó contaminado desde la fuente, pero Jesús y María están antes de “la fuente”; por eso de Ellos viene la purificación de la humanidad y de lo Creado.

Desde los primeros hijos de Adán empezó el juicio de separación y la guerra de espíritus: del primogénito, Caín, “*que era del maligno y mató a su hermano*” (1ª Jn 3,12) nació una raza de rebeldes a Dios, cada vez más degenerados (“*los gigantes*”, de Gen. 6). Abel, el inocente asesinado, es figura de Cristo; del tercer hijo, Set, nacieron los patriarcas fieles a Dios, hasta Noé y luego hasta Abrahám. De Noé procede toda la humanidad actual, mientras que la descendencia de Caín desapareció con el Diluvio.

3 – Consecuencias físicas del pecado.

Del libro del Génesis, en la traducción oficial, resultan pocas noticias acerca de la naturaleza, mientras que la traducción etimológica mediante el copto (la lengua hablada en Egipto por Moisés) muestra una extraordinaria riqueza de detalles, convergentes con cuanto de más seguro conoce la ciencia, no contaminada por ideologías extrañas.

La tierra antes del pecado no conocía las estaciones: en su rotación, el eje era perpendicular respecto a la eclíptica. Tampoco conocía la lluvia: el vapor que se levantaba del suelo se condensaba como rocío cada mañana (Gen 2,5-6). El anillo acuoso formado en la alta atmósfera por las “*aguas superiores*” filtraba la luz del sol y las radiaciones cósmicas, dando un calor difuso y uniforme en todo el continente único, por lo que no había viento ni temporales. Así las causas del actual envejecimiento de los seres vivientes no existían, y hombres y animales habrían debido vivir hasta el fin del mundo.

El pecado de Adán introdujo un germen de muerte en todo el universo. El eje terrestre se inclinó, creando el alternarse de las estaciones y con eso las diferencias de temperatura entre los antípodas; se ahí resulta el viento, la lluvia y la formación de los casquetes polares; se produjeron siete glaciaciones y a la vez surgieron siete áreas de actividad volcánica y orogénica que remodelaron la tierra antes de dividirse en los actuales continentes con el Diluvio. Las variaciones climáticas limitaron la extensión de las especies vegetales y tal vez su número. Como consecuencia algunos animales se volvieron carnívoros; otros vivieron como parásitos. Nació así la violencia entre ellos y contra el hombre; se rompió la armonía y la paz en la naturaleza. Sobre todo, la rebelión de las almas provocó la de los cuerpos animados.

La introducción de la muerte y de la enfermedad en la tierra fue progresiva. Los seres vivientes habían sido creados perfectamente sanos y, todavía hoy, gracias a que no se transmiten las características adquiridas, todos parecen “volver a partir de cero” en cada generación. Pero las condiciones climáticas y la fatiga del trabajo aceleraron el envejecimiento, sobre todo a partir del Diluvio: mientras los patriarcas hasta Noé vivieron hasta 900 años, Sem vivió sólo 600, Heber 464, Abrahám 175, Jacob 147, Moisés 120 y sus contemporáneos alrededor de 70-80 años, como ahora.

Nada permite valorar cuando nacieron los animales fósiles muertos en el Diluvio: una vez adulto, el animal deja de crecer y los signos de senilidad, que por el esqueleto permiten calcular la edad, se interpretan al ritmo de envejecimiento en las condiciones actuales de vida; en cambio ciertos vegetales parecen poder crecer indefinidamente con la edad, como ciertos árboles que tienen siglos, mientras que otros “parten de cero” después de cada invierno. Pero la perfección original (“*Dios vio que eso era bueno*”) suponía conservarse la tierra en las condiciones de la Creación. Con el pecado, y más tarde con el Diluvio, el ambiente de los animales hizo defectuoso su instinto. Y es que por el pecado del hombre “*toda carne corrompió su vida en la tierra*” (Gen 6,12). Al contrario, la salvación “ecológica” de la tierra no puede ser con simples medidas políticas, sino que presupone restablecer la Ley de Dios en nuestros corazones.

El Diluvio marca el confín de la Prehistoria. Eso explica que las razas fósiles, brutalizadas por el vicio, no hayan continuado hasta hoy. Hace comprender la aparición simultánea de las distintas civilizaciones antiguas. Pero la gran pregunta es: ...¿pero de toda aquella gente, de aquellos seres humanos, cuántos se habrán salvado? ¿Y cuánta gloria se le ha dado a Dios? Cada estudio debe llegar a esta conclusión.

1 – Con Abrahám empieza la preparación a la llegada del Mesías.

La tierra fue repoblada por la familia de Noé a partir del Monte Ararat, donde se había encallado el Arca al final del Diluvio y donde están todavía sus restos. Los sucesos ocurridos desde entonces, en esta nueva etapa de la historia de la humanidad, hasta la vocación de Abrahám son muy importantes, porque permiten comprender el retroceso al pecado y al paganismo de los hombres apenas salvados del Diluvio.

Tras las sucesivas decadencias morales y espirituales de la humanidad, con las consiguientes idolatrías y olvidos de Dios, el Señor quiso encomendar a una sola familia el depósito de la Revelación divina, hasta que viniera Aquel que es la Revelación Encarnada, Jesucristo. Lo mismo había hecho con Adán, antes, y después con Noé.

De igual manera, también con Abrahám la historia de la humanidad se divide y de nuevo se hace un “juicio” de separación: –*los gentiles o paganos*, que ya no fueron destinatarios de la Revelación (hasta cuando la Redención de Cristo no destruyó “el muro de división” y, aprovechando la temporal apostasía de Israel, se injertaron en Cristo) –y *el pueblo de Dios*, nacido de la fe de Abrahám, el pueblo destinatario de la Revelación (y por eso Jesús dijo que había venido “*por las ovejas perdidas de la casa de Israel*”), Israel, un pequeño pueblo interlocutor de Dios que tiene un papel de mediación, un oficio “sacerdotal” en medio de la humanidad perdida.

2 – La vocación de Abrahám.

“El Señor dijo a Abrám: «**Vete de tu país, de tu patria y de la casa de tu padre, hacia el país que Yo te indicaré. Haré de tí un gran pueblo y te bendeciré, haré grande tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan, y en tí serán bendecidas todas las familias de la tierra.**»” (Gén 12,1-3).

Con Abrahám empieza en cierto modo “oficialmente” el regreso del “hijo pródigo” hacia el Padre. El libro de la Sabiduría relaciona la vocación de Abrahám con la corrupción de los hombres después del Diluvio: “*Ella (la Sabiduría), cuando las gentes se unieron para hacer el mal, distinguió al justo (Abrahám) y lo conservó irreprochable ante Dios*” (Sab 10,5). Es la primera característica de Abrahám: es un hombre justo, por su fe: “*Abrahám creyó en Dios y eso le fue atribuido como justicia*” (Rom 4,3).

La cuarta vez que Dio habla en visión a Abrahám le promete **un hijo** en lugar de un **siervo** como legítimo heredero, y notemos como toda la Revelación tiene como fondo este binomio de “**siervo-hijo**”, que expresa la cualidad de la relación del hombre con Dios. Por tanto le promete una innumerable descendencia y le revela la futura suerte de ese pueblo. Dios confirma su promesa con un sacrificio.

Finalmente, después de un hijo nacido de la esclava (Ismael), Dios le dió el hijo heredero, hijo de la legítima esposa, fruto de la fe en la promesa divina (Isaac).

3 – La prueba y el triunfo en la prueba.

Cuando Dios da después pide, y cuando pide es para dar mucho más. Después de haberle dado el hijo, Dios le pidió sacrificarlo. Abrahám obedeció, pero en el último instante Dios lo detuvo: aquel día no fue derramada la sangre del hijo, pero Abrahám inmoló su corazón de padre para no anteponer nada a Dios. Y entonces Dios le dió su puesto de Padre (“padre en la fe”) y su propio Hijo Divino como su descendiente.

1 – Los primeros pasos.

Dios había visitado a **Abrahám** bajo el aspecto de tres hombres, cuando le anunció el nacimiento del hijo heredero, **Isaac**, heredero de la alianza con Dios. Isaac a su vez transmitió esa herencia a su hijo **Jacob**, llamado Israel, padre de los doce patriarcas que dieron vida a las doce tribus que formaron precisamente el pueblo de Israel. Así Dios se presentó a los israelitas como “*el Dios de Abrahám, de Isaac y de Jacob*”, anticipando misteriosamente la futura Revelación de ser Tres Divinas Personas.

En su pedagogía divina, Dios quiso preparar ese pueblo como el primogénito entre todas las naciones, para que acogiera al “Primogénito entre todas las criaturas”, Jesucristo. Quiso que fuera de ejemplo a todos los pueblos, signo de liberación y de salvación. Por eso Dios permitió que fuera a Egipto, donde luego fue hecho esclavo y objeto de humillaciones y sufrimientos, para ser luego liberado de un modo prodigioso y, a través de la purificación del desierto, preparado a entrar en la “tierra prometida”.

José, el penúltimo hijo de Jacob, predilecto de su padre, fue vendido por sus mismos hermanos y llevado a Egipto, donde después de sufrir la esclavitud, la calumnia y la cárcel, fue prodigiosamente liberado y nombrado primer ministro del imperio más potente del mundo: él hizo llegar más tarde a sus hermanos con sus familias y con el anciano padre, setenta personas en total, dándoles las mejores tierras del país.

Pero después de la muerte de José cambió su suerte y fueron reducidos en esclavitud: *figura de la esclavitud* mucho peor del pecado. Al cabo de 430 años en Egipto fueron liberados por Dios con mano potente (diez plagas o castigos), por medio de **Moisés**, y habiéndose retirado las aguas del mar Rojo de un modo extraordinario, el pueblo pasó a la otra orilla. Ese milagro quedó imborrable en la memoria colectiva de aquel pueblo, y es *figura de la Redención* hecha por Cristo a través del “mar rojo” de su Sangre.

Aquel hecho extraordinario fue sólo el comienzo de su éxodo de 40 años en el desierto, un largo camino de prueba, de purificación y de reeducación de aquel pueblo, como preparación a su llegada a la “tierra prometida”.

2 – Enseñanza de la historia del Antiguo Testamento.

Todos aquellos hechos no fueron sólo históricos, sino figura del grandioso Proyecto de Dios para nuestra Redención y para llevarnos a su Reino perdido con el pecado:

*“No quiero que ignoreis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, todos atravesaron el mar, todos fueron bautizados en relación a Moisés en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual, todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de una roca espiritual que los acompañaba, y esa roca era Cristo. Pero de la mayor parte de ellos Dios no se complació y por eso fueron abatidos en el desierto. Ahora bien, **eso pasó como ejemplo para nosotros**, para que no deseemos cosas malas, como ellos las desearon. No seáis idólatras como algunos de ellos, según está escrito: “El pueblo se sentó a comer y a beber y luego se levantó para divertirse”. No nos abandonemos a la fornicación, como se abandonaron algunos de ellos y cayeron en un solo día veintitresmil. No pongamos a prueba al Señor, como hicieron algunos de ellos, y cayeron víctimas de serpientes. No murmureis, como murmuraron algunas de ellos, y cayeron víctimas del exterminador. **Todas esas cosas sin embargo les sucedieron como ejemplo**, y han sido escritas para amonestarnos, a nosotros, para quienes ha llegado el final de los tiempos.” (1ª Cor 10, 1-11).*

3 – La Ley de Dios, los Diez Mandamientos.

En el desierto Dios quiso reeducar la humanidad, empezando por aquel pueblo, no sólo con los Patriarcas que le fueron fieles. Por eso se manifestó a Moisés, a la vista de todo el pueblo, y le dió las tablas de la Ley, regla de vida para permanecer fieles a la alianza con Dios. Antes del pecado, en el paraíso terrenal, los Mandamientos no hacían falta, porque la vida del hombre se resumía toda en el Amor Divino. Pero después, con la rebelión y el desorden de las pasiones, Dios tuvo que despertar en el hombre la conciencia del bien y del mal, y escribió su Ley en aquellas tablas de piedra que entregó a Moisés, figura del “corazón de piedra” del hombre, es decir, su voluntad. Por eso fue representada en el árbol “*del conocimiento del bien y del mal*”.

Así, en el largo camino del hijo pródigo para volver a casa, Dios le puso una “señalización” para que no se perdiera: son los Diez Mandamientos:

Dios entonces pronunció todas estas palabras: *Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice salir del país de Egipto, de la esclavitud: (1°) no tendrás otros dioses ante Mí. No te harás un ídolo ni una imagen de lo que está arriba en el cielo ni de lo que está acá abajo en la tierra, ni de lo que está en las aguas bajo la tierra. No te postrarás ante ellos y no los servirás. Porque Yo, el Señor, soy tu Dios, un Dios celoso, que castiga la culpa de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de aquellos que me odian, pero que demuestra su favor hasta mil generaciones, para aquellos que me aman y observan mis mandatos.*

(2°) **No pronunciarás en vano el nombre del Señor, tu Dios**, porque el Señor no dejará impune quien pronuncia su nombre en vano.

(3°) **Acuerdate del día de sábado para santificarlo**: seis días trabajarás y harás todas tus cosas; pero el séptimo día es el sábado en honor del Señor, tu Dios: tú no harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tus animales, ni el forastero que vive contigo. Porque en sei días el Señor ha hecho el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, pero ha descansado el séptimo día. Por eso el Señor ha bendecido el día de sábado y lo ha declarado sagrado.

(4°) **Honra a tu padre y a tu madre**, para que se prolonguen tus días en el país que te da el Señor, tu Dios.

(5°) **No matarás.**

(6°) **No cometerás adulterio.**

(7°) **No robarás.**

(8°) **No dirás falso testimonio contra tu prójimo.**

(9°) **No desearás la casa de tu prójimo.**

(10°) **No desearás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que pertenezca a tu prójimo**”. (Exodo 20,1-17)

En el Evangelio de Mateo, 5, Nuestro Señor ha precisado todo el alcance de cada mandamiento, pero ha resumido todo diciendo: “*Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con toda la tu mente. Este es el más grande y el primero de los mandamientos. Y el segundo es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas*” (Mateo 22, 37-40).

Y San Juan: “*Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos los unos a los otros, según el precepto que nos ha dado. El que observa sus mandamientos vive en Dios y Dios en él. Y de eso conocemos que vive en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado.*” (1ª Jn 3,23-24).

1 – Recorramos dos mil años de historia.

“Vete de tu país, de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que Yo te indicaré”, dijo Dios a Abrahám. Era como decirle: “Sal de tu patria y ven a la mía; sal de la casa, de la mísera cabaña de tu padre Adán, la morada de tu destierro, y vete hacia mi Morada, hacia mi Palacio real, en el que vive tu Dios. Adán se fue de él, pero Yo te espero: al Fin de los tiempos tu descendencia, **los hijos de tu fe** llegarán y de nuevo tomarán posesión”:

“Por fe Abrahám, llamado por Dios, obedeció partiendo hacia un lugar que había de recibir como heredad, y partió sin saber adonde iba. Por fe vivió en la tierra prometida como en tierra extranjera, habitando en tiendas, igual que Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. Pues él esperaba la Ciudad sólidamente edificada, cuyo arquitecto y constructor es el mismo Dios (...) En la fe murieron todos ellos, sin haber conseguido los bienes prometidos, sino habiendolos visto y saludado sólo de lejos, declarando ser extranjeros y peregrinos en la tierra. Quien dice así, en efecto demuestra ir buscando una patria. Si hubieran pensado a aquella de la que habían salido, habrían tenido la posibilidad de regresar; pero ahora aspiran a una mejor, o sea, a la celestial. Por eso Dios no desdeña de llamarse su Dios, pues ha preparado para ellos una Ciudad”. (Hebreos, 11,8-10. 13-16).

Dios, por tanto, prometió una tierra a su pueblo, mientras le asignaba una tierra geográfica, figura de la “Tierra” santa y sobrenatural. De Abrahám desciende el pueblo de Israel, que es figura y preparación de la Iglesia.

Entre tantos pueblos de la tierra, entre tantos acontecimientos de la historia, ¿dónde se posa la mirada del Señor? En su pueblo, Israel, mientras que *“todas las naciones son nada ante El, como nada y vanidad son consideradas por El”* (Isaías 40,17). ¿Y por qué? Porque el Señor ha dicho: *“De tí Me saldrá Aquel que ha de ser el dominador en Israel”* (Miqueas 5,1). Si a Dios le interesa particularmente este pueblo, es tan sólo por motivo del Mesías prometido, del Hijo de Dios hecho hombre.

Veamos los hechos y los personajes más significativos de los dos mil años de historia de Israel, con su cronología:

- **ABRAHÁM** nació 1948 años después del comienzo de la historia (según el número preciso de años que atestigua el libro del Génesis) y vivió 175 años, hasta el 2124, o sea, el 1771 antes de Cristo. Hacia el 2023 o el 2024 a partir del principio llegó a la Tierra prometida. Con él Dios estableció una Alianza, cuyo contenido es el anuncio o promesa, por segunda vez, del Mesías Redentor, *“en quien habrían sido bendecidas todas las naciones de la tierra”*. La primera vez fue hecha por Dios inmediatamente después del pecado original.

- **ISAAC** (del 2049 al 2229 después de Adán, esto es, de 1845 al 1665 a.C.). El sacrificio de Isaac fue figura del Sacrificio de Cristo.

- **JACOB** (del 2109 al 2256 de la era de Adán, o sea, desde 1785 al 1638 a.C.)

- **LOS DOCE PATRIARCAS** emigraron a Egipto con su padre **JACOB**, cuando este tenía 130 años (por tanto en el año 1656 a.C.)

- El pueblo de **ISRAEL**, algún tiempo después de la muerte del Patriarca **JOSÉ**, que fue el primer ministro del Faraón, se vio oprimido y reducido en esclavitud en Egipto. La permanencia en Egipto fue de 430 años (Exodo, 12,40); por eso, hasta el 1226 a.C.

- **MOISÉS** (dal 1306 al 1186 a.C.), por medio del cual Dios liberó a su pueblo.

- El **EXODO** o **SALIDA** de la tierra de la esclavitud hacia la Tierra prometida (40 años en el desierto, de 1226 al 1186 a.C.). Esa fue “**LA PASCUA**” de Dios, haciendo un juicio de separación: salvación para su pueblo y castigo para el pueblo opresor (la muerte de sus primogénitos); como consecuencia fue “**LA PASCUA**” de su pueblo, “pasando” a través del mar Rojo, de la esclavitud a la libertad. En aquella Pascua Dios renovó con el pueblo, representado por **MOISÉS** como mediador, su antigua Alianza con los Patriarcas: Dios reveló su Ser y su Voluntad como «*la Vía*» (la Ley).

- **JOSUÉ** conquista la tierra de Canaan (empleó 10 años), que de ese modo fue habitada por los hebreos. Eso fue desde el 1186 al 1176 a.C.

- A lo cual siguió el oscuro periodo de los **JUECES** (Otoniel, Barak y Débora, Ehud, Gedeón, Jefté, Elón, Abdón, Sansón y Samuel), que en varios momentos gobernaron Israel. En ese tiempo se pierde la cronología según la Biblia y se vuelve a tomar según la historia con el último de los Jueces, **SAMUEL**, que ungió o consagró el primer rey, **SAUL**, el cual reinó desde el 1030 al 1010 a.C.

- **DAVID** fue su sucesor y reinó desde el 1010 al 970 a.C. Con él Dios renovó la misma promesa que hizo a Abrahám: Dios le hará “una Casa”, un Descendiente, el Hijo de David, Jesucristo, que será Rey para siempre, eternamente. La conquista de la TIERRA culmina en la conquista del centro de la tierra, Jerusalén, en el año 1000 a.C. Después de él su hijo

- **SALOMÓN** reinó 39 años (desde el 970 al 931 a.C.) y edificó el primer Templo de Jerusalén. Después de su muerte se produjo el cisma o división entre el reino de Judá, con Jerusalén como capital (en el que reinó la casa de David) y el reino de Israel (con capital en Samaria).

El reino del norte, ISRAEL, cayó inmediatamente en la idolatría y en el pecado. En él se destaca el gran profeta **ELÍAS** (desde el 900 al 850 a.C.) con su discípulo **ELISEO**. Samaría fue conquistada por el rey de Asiria e Israel fue deportado en el 721 a.C.

El reino de **JUDÁ** (Jerusalén) vivió periodos de fidelidad al Señor, en los que brillan santos profetas (**OSEAS**, **ISAÍAS**, **MIQUEAS**, **JEREMÍAS**) y reyes (**EZEQUIÁS** y **JOSÍAS**, que emprendió la reforma espiritual), y periodos de infidelidad (sobre todo con los reyes **ACAZ** y **MANASÉS**). Por eso Jerusalén fue destruída, junto con el Templo en el 587 a.C., y el pueblo fue deportado en dos tiempos como esclavo en Babilonia durante 70 años, desde la primera deportación (607 a.C.) hasta la repatriación (537 a.C.).

El regreso no fue en masa (como había sido el Exodo de Egipto), sino por grupos, guiados por **ZOROBABEL** y por el Sumo Sacerdote **JOSUÉ**.

Otros profetas sostuvieron la esperanza del pueblo en el destierro, en vista de la conversión: **EZEQUIEL** y **DANIEL**.

La profecía de las “*Setenta Semanas*” (Dan. 9,18-27) indica el tiempo que faltaba a la venida del Mesías Redentor y Rey. “La cuenta atrás” empieza desde el momento en que fue dada la orden de reconstrucción de Jerusalén y del Templo, cuando el rey de Persia, Artajerjes, envió a **ESDRAS** a Palestina con plenos poderes en el 455 a.C.

Así fue reedificado el segundo Templo, en un periodo de dominio de los paganos: primero, formando parte la Palestina del imperio persa; y después, bajo el reino Seleucida (Siria) durante el cual hubo un proceso de helenización, en que muchos judíos apostataron de su fe. Todo eso culminó en la persecución del impío rey **ANTIOCO IV** (figura del Anticristo), con la profanación y ruina del Templo (169 a.C.)

y las guerras patrióticas de los MACABEOS. Al final llegaron los ROMANI (año 63 a.C.), que pusieron como rey de los Judíos a HERODES EL GRANDE, su aliado, el cual emprendió la construcción del tercer Templo. Al mismo tiempo Dios edificó su templo vivo, con LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA (año 17 a.C.). Eso se deduce de Jn 2,13-22: Jesús tenía 30 años al comienzo de su vida pública (Lc 3,23) y los Judíos le dijeron: “Este Templo ha sido edificado en 46 años, ¿y Tú en tres días lo reedificarás?” “Pero El hablaba del **Templo de su Cuerpo**”. De hecho, 30 años que Jesús tenía en quel momento, más 16 años de María cuando Lo dió a luz –según revelaciones privadas dignas de fe–, son 46 años. Veinte siglos después, en Medjugorje, la Stma. Virgen lo habría confirmado el 5 de Agosto de 1984, diciendo que ese día era su “dos mil” cumpleaños. Y de ahí resulta evidente que, en el decreto divino, Jesús y María forman una unidad indivisible, “el Templo vivo”.

2 – Dios se revela cada vez más en la historia.

Hablando de la relación entre Dios, Israel, la Tierra santa, la Tierra prometida e la salvación del mundo, el teólogo Joseph Ratzinger ha escrito cosas de excelente claridad exegética. Tratando de teología de la Creación y con referencia al cautiverio en Babilonia, ha escrito:

«Israel había perdido su País y su templo. Para la mentalidad de entonces eso era incomprensible, ya que significaba que el Dios de Israel había sido vencido, que había sido posible quitarle su pueblo, su tierra y sus adoradores. Entonces un Dios que no era capaz de defender a sus adoradores y su propia adoración demostraba ser un Dios débil, es más, no ser Dios. Por eso la deportación de su País, la eliminación del mapa de los pueblos, representaban una terrible tentación para la fe de Israel: ¿nuestro Dios ha sido ya vencido, nuestra fe es inutil?»

Precisamente en ese momento los profeti abrieron una nueva página enseñando a Israel que sólo entonces se estaba manifestando el verdadero rostro de su Dios, que no estaba vinculado a un pedazo de tierra. Es más, nunca lo había sido: había prometido ese pedazo de tierra a Abrahám antes de que allí residiera; después había liberado a su pueblo de Egitto: ambas cosas había podido realizarlas porque no era el Dios de un País, sino Aquel que disponía del cielo y de la tierra. Por eso podía oahra dispersar a su pueblo infiel en otro País, para dar allí testimonio de Sí. Ahora se entendía finalmente que este Dios no era un Dios como los dioses, sino el Dios que disponía de todos los Países y de todos los pueblos. Todo eso podía hacerlo porque El mismo había creado todo, el cielo y la tierra. El destierro, la aparente derrota de Israel permiten llegar al conocimiento de Dios que tiene en su mano todos los pueblos y toda la historia, el Dios que sostiene todo, porque es el Creador de todo y tiene poder sobre todo». (J. Ratzinger, “Creación y pecado”, ed. Paolinas, Milán 1987, pág. 15-16)

Aquí, Ratzinger (Benedicto XVI) explica que la perspectiva universal, pero no exclusivista ni etnocéntrica, del Cristianesimo ya estaba toda presente en el Antiguo Testamento, si bien se ha mostrado explícita sólo con la auténtica exégesis que Jesucristo ha revelado con su Encarnación y con la Redención.

1 – ¿Quién es Jesucristo?

*“Cristo Jesús, aun siendo de **naturaleza divina**, no consideró un tesoro que conservar celosamente **su igualdad con Dios**; sino que se despojó El mismo, tomando la condición de siervo y haciéndose semejante a los hombres; apareciendo en forma humana, se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo ha exaltado y le ha dado el nombre que es por encima de todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra en los infiernos; y toda lengua proclame que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2,5-10).*

*“Dios, que ya había hablado en tiempos antiguos muchas veces y de varias formas a los padres por medio de los profetas, últimamente, en estos días nos ha hablado por medio del Hijo, que ha constituido heredero de todas las cosas y por medio del cual ha hecho también el mundo. **Este Hijo, que es irradiación de su gloria y huella de su sustancia** y sostiene todo con la potencia de su palabra, después de haber llevado a cabo la purificación de los pecados se ha sentado a la diestra de la Majestad en lo alto de los cielos, y ha llegado a ser tan superior a los ángeles cuanto más excelente de su nombre es el nombre que El ha heredado” (Hebreos 1,1-4).*

Jesucristo es **una Persona Divina**, la segunda de las Tres Divinas Personas del único Dio, y es llamado el Verbo Eterno (el “*Lògos*”, en griego, “la Palabra” o expresión del Padre), como dice la Iglesia: **“Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre; por quien todo fue hecho; que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo Hombre”**.

Por tanto **tiene dos naturalezas**: Divina y humana, Dios y hombre verdadero. Su Voluntad Divina es la misma del Padre y del Espíritu Santo; su voluntad humana Jesús la ha “sacrificado” en plena libertad, identificandola con la Voluntad del Padre en un solo Querer: esa es su *“obediencia hasta la muerte y muerte de cruz”* (Fil 2,8), y *“aun siendo Hijo, aprendió la obediencia por las cosas que sufrió”* (Hebreos 5,8).

2 – Jesucristo es el cumplimiento de la promesa divina.

Después de la promesa de Dios en el paraíso, de la victoria de la Mujer y de su Linaje sobre el enemigo infernal, y después de la promesa del Mesías a Abrahám, por tercera vez es anunciado el Mesías Redentor y Rey: es **LA ANUNCIACIÓN A MARÍA** y **LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO**. Fue en el año 2 a.C. (a causa de un error de cálculo, según el cual la era cristiana habría empezado cuando Jesús ya tenía de 4 a 7 años, mientras que no tenía más de un año).

Por segunda vez se repite el **EXODO** (la Redención de la esclavitud del pecado), **LA PASCUA**, a través del mar rojo de la Sangre de Cristo, el Cordero de Dios; se renueva la manifestación de Dios en **PENTECOSTÉS**, como fue en el monte Sinaí, con los mismos signos y con la promulgación de la nueva Ley (el Amor de Cristo, el Espíritu Santo dado como don de Gracia). Es la nueva y eterna Alianza, única, eterna y definitiva.

La historia de la Creación de la humanidad tiene como fin y culmina en la Encarnación del Hijo de Dios, en la creación de su adorable Humanidad.

Jesucristo ha dado el nuevo y definitivo desarrollo a la Revelación: El es la Revelación total y definitiva del Padre: *“Quien me ve a Mí, ve al Padre”* (Jn 14,9). Nos ha revelado la Vida íntima de Dios, que es Amor e, por eso, que Dios es **TRINIDAD DE PERSONAS**. Nos ha revelado su Voluntad como *«la Verdad»*: es el Evangelio.

3 – ¿Para qué se ha encarnado el Hijo de Dios?

La causa de la Encarnación del Verbo, Jesucristo, necesariamente está en el infinito misterio del amor entre las Tres Divinas Personas. Además tiene tres finalidades:

1º) **Para presidir la Creación:** *“El es la imagen de Dios invisible, engendrado antes que toda criatura, ya que por medio de El han sido creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles: Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades. Todas las cosas han sido creadas por medio de El y en vistas a El. El es antes que todas las cosas y todas subsisten en El”* (Col 1,15-17). *“...El proyecto de recapitular en Cristo todas las cosas, las del Cielo como las de la tierra”* (Ef 1,10).

2º) **Para llevar a cabo la Redención:** *“Jesucristo ha venido al mundo para salvar a los pecadores, y de ellos el primero soy yo”* (1ª Tim 1,15). *“El Hijo de Dios ha aparecido para destruir las obras del diablo”* (1ª Jn 3,8).

3º) **Y para tener su Reino:** *“Entonces Pilato le dijo: Así que, ¿Tú eres Rey?. Jesús respondió: Tú lo dices, Yo soy Rey. Para eso he nacido, para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad”* (Jn 18,37). Lo había dicho el Angel a María: *“El Señor Dios le dará el trono de David su padre y reinará para siempre en la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin”* (Lc 1,32-33).

4 – La Vida de Jesús.

La conocemos gracias a los cuatro Evangelios (escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan), reconocidos por la Iglesia como inspirados y pertenecientes al Nuevo Testamento. No cuentan sólo lo que ocurrió en el pasado, porque eso es para todos los tiempos y para toda la humanidad: son la clave de nuestra vida y de nuestro destino, de nuestra salvación eterna. Por eso decimos con la Iglesia, en el Credo: *“Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del Cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo Hombre. Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado. Y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al Cielo, y está sentado a la derecha del Padre. Y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su Reino no tendrá fin”*.

Cuando se habla de la vida de una persona, se suele considerar lo que exteriormente ha hecho o le ha pasado, mientras que se ignora casi todo de su vida interior, mucho más intensa y significativa. Así es, sobre todo, de la vida de Nuestro Señor.

De ella conocemos lo esencial: su Encarnación, su nacimiento en Belén, algunas cosas de su infancia, y luego... a la edad de 30 años su vida pública, durante tres años, de la cual los Evangelios refieren las cosas más significativas: sus enseñanzas, sus milagros, la llamada y la formación de sus discípulos (en los que preparaba su Iglesia).

El Evangelio de San Juan termina diciendo: *“Hay todavía otras muchas cosas que hizo Jesús, que, si se escribieran una por una, pienso que el mundo entero no bastaría para contener los libros que habría que escribir”* (Jn 21,25) E poco antes dice: *“Muchos otros signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no han sido escritos en este libro. Estos han sido escritos, para que creais que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que, creyendo, tengais la vida en su nombre”* (Jn 20,30-31).

“Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, per obra del Espíritu Santo se ha encarnado en el seno de la Virgen María y se ha hecho Hombre”. Ha querido nacer como “el Pobre de los pobres”, en Belén de Judea, en una santa familia, teniendo a San José como “vicario” del Padre Divino y como Madre a la Stma. Virgen María, cubriendo así, a los ojos del mundo, el misterio de su Encarnación hasta que su misión de Redentor no estuviese cumplida.

Jesús ha querido vivir en la humildad y en el silencio de la vida en familia hasta los 30 años, porque si nos ha redimido con la Pasión, con su vita oculta ha santificado y divinizado todas las acciones humanas, dandoles un mérito divino; ha reparado la vida de todos, haciendo todo lo que cada hombre tiene el deber de hacer ante Dios.

“La Redención, podría decir que me costó poco; habría bastado mi Vida externa, las penas de mi Pasión, mis ejemplos, mi palabra; la habría hecho enseguida. Pero para formar el gran plan de la voluntad humana en la Divina, para reparar todas las relaciones y los vínculos rotos por ella, tuve que emplear todo mi interior, toda mi Vida oculta, todas mis penas íntimas, que son mucho más numerosas y más intensas que mis penas externas y que todavía no son conocidas”

(Jesús a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, 16° Volumen, 13 de Agosto 1923)

Después de esa larga preparación llegó el tiempo de su vida pública, los tres años de su misión apostólica. La empezó con un ulterior retiro de 40 días en el desierto; al final permitió que el demonio lo tentase, haciendo suyas nuestras tentaciones, para que hagamos nuestra su victoria. Hay que decir el diablo, en su soberbia, nunca estuvo seguro de la verdadera identidad de Jesucristo hasta el momento que cumplió la Redención con su muerte en la Cruz.

Después del desierto, Jesús quiso recibir el bautismo de penitencia, que el Precursor San Juan Bautista daba en el Jordán: fue entonces la Revelación “oficial” –podemos decir– de las Tres Divinas Personas: la voz que vino del Cielo: *“Tú eres mi Hijo amado, en Tí me complazco”* (Mc 1,11) era la voz del Padre y al mismo tiempo el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre Jesús como una paloma (Lc 3,22).

Desde entonces empezaron a unirse a Jesús sus primeros discípulos. Entre ellos eligió a doce, a los que dió el nombre de Apóstoles, *“para que estuvieran con El y para mandarlos a predicar, con el poder de expulsar a los demonios”* (Mc 3,14).

La actividad de Jesús, su vida y su predicación, se pueden resumir en el anuncio del Reino de Dios y en hacer conocer a Dios como Padre: *“He hecho conocer tu Nombre a los hombres que me has dado del mundo”* (Jn 17,6). Ha querido compartir con nosotros su amor filial y el vínculo de recíproca pertenencia que lo une al Padre; nos ha enseñado, no tanto una oración, cuanto un espíritu de hijos.

Sus milagros son la prueba de su Divinidad: *“las obras que el Padre me hace que haga, las mismas obras que estoy haciendo, testimonian de Mí que el Padre me ha enviado”* (Jn 5,36). Los milagros físicos son “signos” de salvación y de milagros espirituales de mucho mayor alcance. No sólo sanó los cuerpos, incluso resucitando muertos, sino sobre todo las almas, además de milagros en las cosas naturales.

Su vida se desarrolla –podemos decir– en tres “niveles”: **la vida histórica**, lo que hizo **por nosotros**, como la conocemos por los Evangelios; **su vita eucarística**, en el Sacramento de su Presencia viva **con nosotros**, cuya finalidad es formar **su vida “mística”** –igualmente real– **en nosotros**, por tanto en su Iglesia.

5 – La Pasión y Muerte de Jesús y su Resurrección.

La Pasión del Señor se explica con su amor, en plena libertad: *“Por eso el Padre me ama: porque Yo ofrezco mi vida, para después tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que la doy por mí mismo, ya que tengo el poder de darla y el poder de volver a tomarla. Ese mandato he recibido de mi Padre”* (Jn 10,17-18).

Al encarnarse ha concebido, como Cuerpo Místico suyo, todas las almas, y –excepto el alma inmaculada y santa de su Madre– cada uno de nosotros le hemos dado nuestra situación de pecado con todas sus consecuencias de debilidad, de dolor y de muerte:

“Cada alma concebida me presentó el fardo de sus pecados, de sus debilidades y pasiones, y mi Amor me ordenó tomar el peso de cada una; y no sólo concebí las almas, sino las penas de cada una, le satisfacciones que cada una de ellas debía dar a mi Padre Celestial. Así que mi Pasión fue concebida conmigo”. (Luisa Piccarreta, Primer Volumen, 1899).

“Hija mía, no sólo las manos y los pies fueron clavados en la cruz, sino todas las partículas de mi Humanidad, del Alma y de la Divinidad quedaron clavadas en la Voluntad del Padre, porque la crucifixión fue Voluntad del Padre. Por eso quedé todo clavado en su Voluntad y transformado, y eso era necesario, porque ¿qué cosa es el pecado sino un retirarse de la Voluntad de Dios, de todo lo que es bueno y santo y que Dios nos ha dado, un creerse por sí mismo algo y ofender al propio Creador? Y Yo, para reparar esa audacia y ese propio ídolo que la criatura hace de sí misma, quise perder del todo mi voluntad y vivir de la Voluntad del Padre, a costa de un gran sacrificio.” (idem, 7º Volumen, 23 de Febrero 1906)

Pero ¿qué es la Cruz para Jesús? El, que al encarnarse había unido en feliz desposorio su Voluntad Divina y su voluntad humana, ha asumido todas las criaturas para llevarlas a Dios, pero ha hallado la Voluntad de Dios y las voluntades humanas contrapuestas, en forma de *“cruz-dolor”*, como los dos maderos, como los troncos de aquellos dos árboles del Paraíso: el vertical, la Voluntad de Dios, y el horizontal, la voluntad del hombre que dice *“no quiero”*, y la ha hecho suya para cubrirla con su *“Cruz-Amor”* y cancelar así su contraposición y su recíproco dolor.

Para redimirnos, Jesús no sólo ha tomado nuestra muerte, sino que nos ha dado su Vida resucitando de la muerte. En su Resurrección ha preparado la nuestra, primero la del alma y al fin del mundo también la del cuerpo. Su Resurrección confirma todo lo que Jesús ha hecho en su Vida, es la resurrección de todo el Proyecto eterno de Dios:

*«Jesús de Nazaret –hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales, que Dios mismo hizo entre vosotros por obra suya, como bien sabéis–, después de que, según el preestablecido proyecto y conocimiento de Dios, os fue entregado, vosotros lo habeis clavado en la cruz por mano de impíos y lo habeis matado. Pero Dios lo ha resucitado, liberándolo de la angustia de la muerte, porque no era posible que esta lo tuviera en su poder. Y de El dice David: “Contemplaba siempre al Señor ante mí, pues está a mi derecha, para que yo no vacile. Por eso se alegró mi corazón y mi lengua exultó; también mi carne reposará en la esperanza, porque no abandonarás mi alma en los infiernos, ni dejarás que tu Santo vea la corrupción. Me has hecho conocer la vía de la vida, me colmarás de gozo con tu presencia”. (...) **A este Jesús, Dios lo ha resucitado y todos nosotros somos testigos.** Elevado por tanto a la diestra de Dios, después de haber recibido del Padre el Espíritu Santo que El había prometido, lo ha derramado, como vosotros mismos podeis ver y oír.»* (Hechos, 2,22-33).

1 – El papel esencial y único de María en el Proyecto divino.

Pero todo ese Proyecto Dios ha querido que dependiera de María. Dios no tenía necesidad de nada ni de nadie. La suya ha sido una necesidad de desahogar su Amor. Dependiendo del misterio divino de las relaciones entre las Tres Divinas Personas (la *generación* del Hijo y la “*procesión*” del Espíritu Santo), el primer decreto eterno de su Querer fue la Encarnación del Verbo, Nuestro Señor Jesucristo. Ma junto con El ha sido eternamente querida y concebida, en medio de las Tres Divinas Personas, Aquella que había de ser su Madre, la Stma. Virgen.

De Ella sin embargo Dios ha hecho depender la Encarnación del Hijo de Dios. María ha sido siempre perfectamente libre en su respuesta a Dios. Dios se ha “jugado” todo con la libre respuesta de María, sólo por amore, la sola respuesta digna de Dios.

Sin Ella no tendríamos ni Redentor ni Redención, sin Ella no habría habido ni siquiera una página del Evangelio. Es más, como la misma Creación de todos nosotros y de todo lo que existe debía depender de la Encarnación del Verbo Divino, resulta que la misma existencia de la Virgen y de todos nosotros Dios ha querido que dependiera del “*sí*” divino de María.

En el acto eterno y a la vez histórico de la Encarnación, junto con la Humanidad adorable de Nuestro Señor, su Amor le hizo concebir en El a todas las almas, en primer lugar la de su Madre, rodeandola de todos sus méritos y preservandola de toda mancha de pecado: la Inmaculada es la primera redimida, si bien de un modo diferente de nosotros. María es redimida para que el pecado no pudiera tocarla; mientras que nosotros hemos sido liberados del pecado, en el que hemos venido a la existencia.

Porque el pecado personal de nuestro primer padre Adán lo separó de Dios con todas las consecuencias, y de ser *hijo* de Dios por Gracia se hizo rebelde y extraño a Dios. Arrepentido, sólo pudo aspirar a ser admitido como *siervo* y de ser riquísimo como era se volvió sumamente pobre... Todos sus hijos, hasta el último que nacerá, hemos venido al mundo en “fuera de juego”, separados de Dios, heredando todos los males en lugar de todos los bienes y necesitados de ser salvados.

Si “el río” de la humanidad quedó contaminado desde la fuente (Adán y Eva), el pecado no pudo tocar a María porque ella, junto con su Hijo, estan eternamente “al monte” de la fuente. “*Antes de que Abrahám fuera, Yo Soy*” (Jn 8,58), ha dicho Jesús, y por la misma razón “antes de que Adán fuera, Yo Soy”. Y con El, María podría decir “antes de que Eva fuera, yo soy”. Y, en efecto, en su aparición en Roma (Tre Fontane), la Virgen de la Revelación se presentó diciendo: “*Yo soy la que es en el seno de la Divina Trinidad*”. Por tanto, el haber nacido tantos siglos después de nuestros primeros padres no significa nada, porque Ella junto con su Hijo son antes, en el orden de “causa-efecto”, y por ellos la Justicia Divina no destruyó Adán con toda su descendencia y la entera Creación, que con el pecado del hombre ya no tenía más razón de existir. Jesús y María un día habrían reparado el daño del pecado y habrían puesto a salvo a todos nosotros, cumpliendo la Obra de la Redención, haciendonos ser de nuevo hijos de Dios y verdaderos herederos y reyes de toda la Creación.

El papel de María no se agota en haber concebido y dado a luz al Hijo de Dios. Su Maternidad Divina se extiende a todo su Cuerpo Místico, para hacer por cada uno de nosotros lo que ha hecho por su Hijo.

Encarnandose en su seno, Jesús ha concebido al mismo tiempo todas las almas como su Cuerpo Místico y se ha hecho cargo de las culpas y de las penas de cada criatura. Desde entonces empezó su Pasión y fue creciendo, hasta “desbordarse” externamente el último día de su vida, en la Pasión que le hicieron sufrir los hombres. Toda esta obra de Redención ha querido hacerla con su Madre. Su amor de Hijo no le ha permitido excluirla de ninguna cosa hecha por El; ha querido el “*hágase en mí*”, el “*Fiat*” de María junto al suyo, para nacer, para vivir, para morir y también para resucitar.

María no es por tanto la Madre de Jesús sólo durante nueve meses, ni sólo durante su infancia, sino por toda su vida. No sólo espectadora, sino colaboradora y Madre de cada enseñanza de Jesús, de cada milagro, de cada perdón dado, de cada sacramento instituido, de cada oración suya, de cada lágrima, de cada gota de su Sangue derramada (que ella le había dado)... Madre de la Eucaristía, Madre de la Resurrección..., Madre de su Triunfo, Madre del Redentor, Madre del Rey de reyes, ¡Madre Divina!

“Hija mía, tú no puedes comprender bien lo que fue mi Madre querida para Mí. Yo, al venir a la tierra, no podía estar sin Cielo, y mi Cielo fue mi Madre. Entre ella y Yo pasaba tal electricidad, que ni siquiera un pensamiento se le escapaba a mi Madre que no lo tomara de mi mente; y ese tomar de Mí la palabra, la voluntad, el deseo, la acción y el paso, es decir, todo, formaba en ese Cielo el sol, la luna, las estrellas y todos los deleites posibles que puede darme la criatura y que ella misma puede gozar. ¡Oh, cómo gozaba en este cielo! ¡Oh, cómo me sentía reanimado y compensado por todo! Hasta los besos que me daba mi Mamá contenían el beso de toda la humanidad y me devolvían el beso de todas las criaturas. En todo me sentía a mi dulce Mamá. Me la sentía en la respiración y, si era agitado, me lo aliviaba. Me la sentía en el Corazón y, si estaba amargado, me lo confortaba. Me la sentía en mis pasos y, si estaba cansado, me daba fuerza y descanso... ¿Y quién puede decirte cómo me la sentía en la Pasión? En cada latigazo, en cada espina, en cada llaga, en cada gota de mi Sangre, en todo me la sentía y me hacía de verdadera Madre... ¡Ah, si las almas me correspondieran, si tomaran de Mí todo, cuántos cielos y cuántas madres tendría en la tierra!” (Jesús a la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta, 11º Volumen, 9 de Mayo 1913)

De la lógica de la Revelación resulta nítida la extraordinaria figura única de María:

- 1º- ***Madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre*** (es su vocación eterna, su Maternidad Divina, aunque ella es una criatura);
- 2º- ***siempre Virgen*** (su Virginitad perpetua, perfecta y Divina);
- 3º- por eso es ***Inmaculada*** desde el primer instante de su vida: jamás separada de Dios;
- 4º- por tanto ***llevada al Cielo en cuerpo y alma*** (su Asunción).

A estas verdades que se refieren a su relación con Dios (y son dogmas de Fe de la Iglesia) hay que añadir su relación con sus hijos redimidos: como ***Madre de la Iglesia***, María es ***Corredentora, Medianera y Abogada***.

“...Veía ante mí una luz interminable y comprendía que en esa Luz moraba la Stma. Trinidad, y a la vez veía ante esa Luce a la Reina y Madre, que quedaba toda absorbida por la Stma. Trinidad, y Ella absorbía en sí a las Tres Divinas Personas, de manera que quedaba enriquecida con las tres prerrogativas de la Trinidad Sacrosanta, es decir, Potencia, Sabiduría, Caridad; y así como Dios ama al género humano como parte de Sí mismo y como algo salido de El, y desea ardientemente que esa parte de Sí mismo vuelva a El, así la Mamá y Reina, participando en eso, ama al género humano con amor apasionado.” (Luisa Piccarreta, 4º Volumen, 26 de Enero 1902)

1 – La causa o el por qué de la Redención.

Es consecuencia del Amor. Dios es Amor (1ª Jn 4,19) y es también infinita Felicidad y gozo eterno. Pero cuando se ama (en este caso, cuando Dios ama a su criatura, el hombre) ¿cómo es posible no sufrir si la persona amada no corresponde y se hace daño e incluso se vuelve enemiga? ¿Puede un Padre no afligirse por el comportamiento de un hijo ingrato que se revuelve contra él?

Sin embargo Dios en su Naturaleza Divina no puede sentir ese dolor, ¿y entonces...? Pues bien –digamos con lenguaje humano–, en previsión del pecado del hombre con todas sus consecuencias “ha encontrado la solución” para sentir ese dolor: dotarse de una naturaleza creada, su Naturaleza Humana, capaz de sufrir. Y ese sería otro motivo más para su Encarnación. Eso ha sido su vida terrena como Redentor.

Pero luego, después de su Muerte y Resurrección, su Humanidad es glorificada e impasible, mientras que en la tierra continúan los indicibles motivos de dolor para su Amor, ¿qué hacer...? De nuevo “ha hallado la solución” para continuar en el tiempo su obra de Redención: recurriendo a su Cuerpo Místico, a sus mártires, a las almas víctimas y a cuantos se valen de sus propias penas y de su propia Cruz para “ayudarlo”, como otros tantos Cireneos. Lo dice San Pablo: *“completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia”* (Col 1,24).

El Amor Divino explica la Redención. Todos sabemos bien que cuando amamos a una persona, si está lejos y no la vemos desde hace tiempo –pensemos por ejemplo a un hijo o a un amigo, etc.– si esa persona sufre o está en dificultad, también nosotros lo sentimos; lo mismo si está en alegría, lo que demuestra que nos une a ella una especie de vínculo invisible, un puente espiritual que se llama amistad, amor...

Pues bien, si nosotros que somos limitados y con una sensibilidad tan pobre sentimos tan fuerte esa comunión, pensemos cuánto más, sin comparación, resuena en el Corazón adorable de Jesús todo lo que hacemos o que nos sucede.

Nuestros pensamientos resuenan en su mente como si fueran suyos, porque en realidad de El nos viene el poder pensarlos. *“Somos obra suya, creados en Cristo Jesús para las obras buenas que Dios ha preparado para que las cumplieramos”* (Ef 2,10). Y lo mismo, nuestras palabras están conectadas con su boca, nuestros ojos con sus ojos, nuestras manos con las suyas y nuestro corazón con el Suyo. A El le pertenecemos como criaturas, como miembros de su Cuerpo, creados por motivo suyo.

Al encarnarse El se ha hecho como nosotros, porque antes, al crearnos, nos hizo como El, para El y en El. Por eso El siente como tuyas nuestras penas y nuestras alegrías, nuestros pensamientos y nuestras palabras, nuestros sentimientos y nuestros deseos. Por eso Jesús se ha presentado ante el Padre como si El fuera el responsable de todo lo que nosotros hacemos, queriendo dar al Padre la respuesta de fidelidad y de amor –de Amor divino– que todas las criaturas tenemos el deber de darle.

Nuestra falta de respuesta es la que por nosotros ha dado Jesús: *“Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad”*. *“Aquel que me ha mandado está conmigo y no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que le agrada”* (Jn 8,29).

Nuestro comportamiento, oponiéndose a la Voluntad del Padre, le ha formado la Pasión: *“Aquel que no había conocido pecado, Dios lo trató como pecado en nuestro favor, para que pudieramos ser por medio de El justicia de Dios”* (1ª Cor 5,21).

2 – La finalidad de la Redención.

Lo decimos en el Credo: *“Por nosotros los hombres y per nuestra salvación bajó del Cielo”*. Su venida como Redentor ha sido –junto con los otros fines– para dar cumplimiento al eterno Proyecto divino, salvar la imagen divina en el hombre y dar la vida para *“reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos”* (Jn 11,52).

En la parábola del “hijo pródigo”, la Redención está representada por el encuentro del Padre con ese hijo perdido. Su amor de Padre no ha esperado a que llegara a la casa paterna, sino que apenas lo vio de lejos corrió a su encuentro, con los brazos abiertos para abrazarlo: los brazos abiertos de Cristo en la Cruz. Jesús ha dicho: *“Quien me ve a Mí, ve al Padre”* (Jn 14,9). Ese abrazo es la Redención. Y el hijo empieza su confesión: *“He pecado, no soy digno de ser tu hijo...”* Pero el Padre no le deja continuar: no, no puede ser para El un “siervo”, sino un “hijo”. Por eso dice a los siervos (...¿los ángeles?): *“En seguida, ponedle un vestido nuevo (la Gracia), el anillo al dedo (los derechos de hijo) y sandalias en los pies (porque todavía estaba lejos la Casa paterna, que es el Reino, aún había que caminar en el tiempo nuevo del Nuevo Testamento).*

Por tanto, la Redención acogida es reconciliación con el Padre, es ser de nuevo hijos de Dios, incorporados a Jesucristo en su Cuerpo Místico que es la Iglesia.

La Redención nos es ofrecida y dada con el Bautismo (que nos da la Gracia) y con los demás Sacramentos (que la alimentan), y la acogemos en la fe para que produzca en nosotros su finalidad: *“Cristo en nosotros, esperanza de la gloria”* (Col 1,24).

“Si Adán no hubiera pecado, el Verbo Eterno, que es la misma Voluntad del Padre Celestial, habría venido lo mismo a la tierra, glorioso, triunfante y dominador, acompañado visiblemente por su ejército angélico, que todos habían de ver, y con el esplendor de su gloria habría fascinado a todos y atraído todos a El con su belleza, coronado como rey y con el cetro de comando, para ser rey y cabeza de la familia humana y así darle el gran honor de poder decir: «tenemos un rey que es hombre y Dios». A mayor razón que tu Jesús no habría bajado del Cielo para encontrar al hombre enfermo, porque si no se hubiera separado de mi Voluntad Divina, no habrían habido enfermedades ni de alma, ni de cuerpo, porque fue la voluntad humana la que casi ahogó de penas a la pobre criatura. El «Fiat» era intangible de toda pena y así había de ser el hombre. Por tanto Yo había de venir a encontrar al hombre feliz, santo y con la plenitud de los bienes con que lo había creado. Pero cambió nuestra suerte, porque quiso hacer su voluntad, y como estaba decretado que Yo tenía que bajar a la tierra –y cuando la Divinidad decreta no hay quien la cambie–, cambié sólo el modo y el aspecto, pero vine con aspecto humildísimo, pobre, sin ningún aspecto de gloria, con sufrimiento, llorando y cargado con todas las miserias y penas del hombre. La voluntad humana me hizo venir a encontrar al hombre infeliz, ciego, sordo y mudo, lleno de todas las miserias, y Yo, para sanarlo, debía tomarlas sobre Mí; y para no asustarles debía mostrarme como uno de ellos, per hermanarlos y darles las medicinas y los remedios que hacían falta. Así que el querer humano tiene el poder de hacer al hombre feliz o infeliz, santo o pecador, sano o enfermo. Ya ves: si el alma se decide a hacer siempre, siempre, mi Divina Voluntad y a vivir en Ella, cambiará su suerte y mi Divina Voluntad se lanzará sobre la criatura, la hará suya y dandole el beso de la Creación cambiará de aspecto y modo, y estrechandola al su seno le dirá: «dejemos todo a un lado, para tí y para Mí han vuelto los primeros tiempos de la Creación, todo será felicidad entre tú y Yo, vivirás en nuestra casa, como hija nuestra, en la abundancia de los bienes de tu Creador». (Jesús a la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta - 25° Volumen, 31 de Marzo 1929)

1 – ¿Qué es la Iglesia?

Cuando se habla de la Iglesia, como pasa al hablar de una persona, casi siempre se considera su aspecto externo, su componente humana, y se tiende a no tener en cuenta su realidad espiritual y sobrenatural.

Igual que la Iglesia no tendría razón de existir sin Cristo, así Cristo no podría estar sin su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. Por eso, como dijo en su proceso Santa Juana de Arco, *“Jesucristo y la Iglesia son una sola cosa”*.

“Un solo cuerpo, un solo espíritu, como una sola es la esperanza a la cual habeis sido llamados, la de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios Padre de todos, que está por encima de todos, obra por medio de todos y está presente en todos. A cada uno de nosotros, sin embargo, ha sido dada la gracia según la medida del don de Cristo. (...) El es quien ha establecido algunos como apóstoles, otros como profetas, otros como evangelistas, otros como pastores y maestros, para hacer idóneos los hermanos para cumplir el ministerio, con el fin de edificar el cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, en la medida que conviene a la plena madurez de Cristo. Eso para que ya no seamos como niños sacudidos por las olas y llevados acá y allá por cualquier viento de doctrina, conforme al engaño de los hombres, con esa astucia suya que tiende a llevar al error. Por el contrario, viviendo según la verdad en la caridad, tratemos de crecer en cada cosa hacia El, que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien compaginado y unido, mediante la colaboración de cada articulación, según la energía propia de cada miembro, recibe fuerza para crecer de modo que se edifique a sí mismo en la caridad” (Ef 4,4-18).

Porque la Iglesia es también su Esposa, es *“la Casa de Dios, que es la Iglesia del Dios viviente, columna y sostén de la Verdad”* (1ª Tim 3,15). Es la Familia de Dios, es el Pueblo de Dios, es la Sociedad establecida por Dios, es la verdadera, única y auténtica humanidad querida por Dios, *“el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”* (1ª Tim 2,4), por lo que *“la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”* (Concilio Vaticano II, *“Lumen Gentium”*, 1).

La Iglesia es, en su estructura visible, el lugar y el medio por el que nos llega la Redención, y en su realidad sobrenatural es el fruto de la Redención, o sea la salvación eterna. La Iglesia es, en este mundo, la preparación a la venida del Reino de Dios, que ella invoca y espera, y a la vez será el cumplimiento del Reino de Dios.

La Iglesia es por eso un organismo vivo que crece hacia su plenitud. El Hijo de Dios, al encarnarse, trajo de nuevo al mundo el Reino de Dios: lo trajo como una semillita de luz, lo sembró en la tierra purísima de su Madre la Stma. Virgen, lo regó con su Sangre y con las lágrimas de María, lo fecundó con el Sol del Espíritu Santo en Pentecostés y nació la Iglesia como una plantita. Al principio era apenas una pequeñísima hierba; pero empezó a crecer y a producir ramas y hojas y flores (que representan las virtudes de los Santos), en espera del tiempo de los frutos, que será el tiempo en que se cumplirá el Reino de la Divina Voluntad, en la tierra como lo es en el Cielo.

2 – ¿Cómo es la Iglesia?

En el Credo decimos: *“Creo la Iglesia, una, santa, Católica y apostólica”*.

La Iglesia fundada por Nuestro Señor es **una sola**. “*Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia*”, dijo Jesús (Mt 16,18). No dijo: “sobre este pedregal edificaré mis iglesias”. Dios es uno solo y quiere por eso la unidad (Jn 17,21), pero en la Verdad. Ahora algunos pretenden “diluir” la Iglesia Católica en otra cosa más grande y amplia, donde no sólo entren “los hermanos separados” (separados, no en cuanto hermanos, por lo que han conservado en común con la Iglesia, sino por lo que no han conservado), sino también los hebreos, los musulmanes, los hindúes, los budistas, etc., homogeneizados en vista de una sola religión mundial, “del hombre que se hace Dios”.

¿De dónde viene eso? De rechazar a Jesucristo como *el único Mediador entre Dios y los hombres*. Es decir, de no reconocer a Jesucristo como el verdadero Hijo de Dios que se hizo Hombre: “*El Padre y Yo somos una sola cosa*”.

La Iglesia es **santa**, a pesar de tantos de sus miembros pecadores. Santa por su origen, del Corazón de Cristo traspasado en la Cruz; santa por la vida divina y el Espíritu Santo que la anima y guía; santa por la Verdad y la doctrina que profesa, santa por los medios de salvación y de santificación (los Sacramentos) de que dispone.

La Iglesia es **Católica**, que significa universal, porque tiene como patrimonio toda la Verdad y todo el Bien, y tiene como fin abrazar toda la humanidad y el mundo entero.

Y es **apostólica**, porque su patrimonio de Verdad y de Gracia lo ha recibido de los Apóstoles, de su testimonio: “*Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado, o sea el Verbo de la vida (ya que la vida se ha hecho visible, nosotros la hemos visto y de eso damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que era en el Padre y se ha hecho visible a nosotros), lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos también a vosotros, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*” (1ª Jn 1-3). Ese testimonio recibido es nuestro testimonio apostólico y misionero.

3 – ¿Qué se necesita para pertenecer a la Iglesia?

Para pertenecer a la que Jesús ha fundado llamandola “*mi Iglesia*” (Mt 16,18) es necesario **compartir su Fe por entero**, es decir, acoger a Jesucristo como el único verdadero Dios, que se ha hecho verdadero Hombre y nos ha redimido. Y esa acogida o Fe es necesaria para todos en la medida que a cada uno es dada la posibilidad de conocer este Anuncio o “Buena nueva”, y en la medida en que cada uno responde.

Por eso Jesús dijo antes de su Ascensión: “*Id y enseñad a todas las naciones (no dijo “dialogad”. El diálogo es para otras cosas), bautizandolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñandoles a observar todo lo que os he mandado*” (Mt 28,19-20). “*Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura: el que crea y sea bautizado se salvará, el que no crea se condenará*” (Mc 16,15-16). Por eso “fuera de la Iglesia no hay salvación”.

4 – ¿Dónde está la Iglesia?

En el Cielo, en el purgatorio y en la tierra: la Iglesia es respectivamente Triunfante, Purgante y Militante. Es temporal y eterna. Está en el mundo, pero no es del mundo. Jamás puede perder de vista su misión y su finalidad sobrenaturales (“*Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*”, Mt 6,33), y cuando se ocupa de cosas humanas, los criterios y la finalidad deben ser siempre los de Jesucristo.

1 – La Iglesia, en este mundo, se concretiza en los Sacramentos.

“Los Sacramentos son signos sensibles y eficaces de la Gracia, instituidos por Jesucristo y entregados a la Iglesia, per medio de los cuales se nos da la Vida divina” (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1113-1131).

Son “signos”, o sea, figura de una realidad espiritual –la Vida divina comunicada a la criatura– que trasciende los sentidos –por eso son “sensibles”–, y nos dan esa particular gracia que cada sacramento significa y lleva consigo. De por sí producen esa gracia independientemente de como la acogen o corresponden quienes los reciben.

Son medios para obtener un fin: llevar a la criatura a la unión con Dios.

Corresponden a necesidades relativas a nuestra relación con Dios.

En cada sacramento hay una “*materia*” y una “*forma*” sensible, además del “*ministro*” que lo da y de quien lo recibe (el “*sujeto*”).

Hemos sido “creados en Cristo Jesús” como miembros de su Cuerpo Místico, concebidos con En en sua Encarnación, por lo cual en su vida ha asumido la vida de cada uno de nosotros, para purificarla y liberarla del mal mediante la Redención, y a continuación llenarla de Sí y transformarla a semejanza de la Suya –y eso es su Reino. Y el instrumento o mezzo del que se sirve son los siete Sacramentos que ha instituido:

- el **Bautismo** para incorporarnos a El, haciendonos así hijos de Dios por Gracia,
- la **Confirmación** para el pleno desarrollo de su vida en nosotros,
- la **Penitencia** para el perdón de eventuales pecados personales y la salud espiritual,
- la **Eucaristía** para transformarnos en El como alimento, con su presencia física y viva en nosotros,
- la **Unción de los enfermos** para darnos alivio en la enfermedad y preparación espiritual para el momento de nuestra muerte,
- el **Orden sacerdotal** para continuar Su presencia y asistencia en su Iglesia,
- y el **Matrimonio**, para llevar de nuevo a la familia al orden y a la santidad en que Dios la quiso al principio, come imagen de la Familia de las Personas Divinas.

“Hija mía, que tu vuelo en mi Voluntad llegue a todos los sacramentos instituidos por Mí; desciende al fondo de ellos para darme tu pequeña correspondencia de amor. ¡Oh, cuántas lágrimas mías secretas encontrarás, cuántos suspiros amargos, cuántos gemidos del Espíritu Santo sofocados! Su gemido es continuo por tantas desilusiones de nuestro Amor. Los sacramentos fueron instituidos para continuar mi Vida en la tierra en medio de mis hijos, pero ay, ¡cuántos dolores! Por eso siento la necesidad de tu pequeño amor. Será pequeño, pero mi Voluntad me lo hará grande. Mi Amor no tolera, para quien debe vivir en mi Voluntad, que no se asocie a mis dolores y que no me dé su pequeña correspondencia de amor por todo lo que he hecho y sufro. Por eso, hija mía, mira como gime mi Amor en los sacramentos.

Si veo bautizar al recién nacido, lloro de dolor, porque mientras con el BAUTISMO le devuelvo la inocencia, hallo de nuevo a mi hijo, le restituyo los derechos perdidos sobre la Creación, le sonrío de amor y complacencia, le pongo en fuga el enemigo, para que ya no tenga más derecho sobre él, lo encomiendo a los ángeles, todo el Cielo le hace fiesta, enseguida sin embargo la sonrisa se me cambia en dolor, la fiesta en luto; veo que ese bautizado será un mío enemigo, un nuevo Adán, tal vez incluso un alma perdida. Oh, cómo gime mi Amor en cada bautismo, sobre todo si se añade que el ministro que bautiza no lo hace con ese respeto, dignidad y decoro que se debe a un

sacramento que contiene la nueva regeneración. Ah, muchas veces se está más atentos a una insignificancia, a una cosa cualquiera, que a administrar un sacramento. Así que mi Amor se siente herido por el que bautiza y por el bautizado y gime con gemidos inenarrables. ¿No quisieras tú entonces darme por cada bautismo una correspondencia de amor, un gemido amoroso, para hacer compañía a mis gemidos dolorosos?

Pasa al sacramento de la CONFIRMACIÓN. ¡Ay, cuántos suspiros amargos! Mientras con la Confirmación le doy de nuevo el valor, le restituyo las fuerzas perdidas haciendolo invencible para todos sus enemigos y sus pasiones, es admitido en las filas de las milicias de su Creador para que luche por la conquista de la Patria Celestial, el Espíritu Santo le da otra vez su beso amoroso, le hace mil caricias y se ofrece como compañero de su carrera, muchas veces sin embargo se siente devolver el beso del traidor, despreciar sus caricias y huir de su compañía. ¡Cuántos gemidos, cuántos suspiros porque vuelva, cuántas veces secretas al corazón que huye de El, hasta cansarse! Pero inutilmente. Por eso, ¿no quieres darle tu correspondencia de amor, el beso amoroso, tu compañía al Espíritu Santo que gime por tanto desconocimiento?

Pero no te detengas, vuela todavía y sentirás los gemidos angustiosos del Espíritu Santo en el sacramento de la PENITENCIA. ¡Cuánta ingratitud, cuántos abusos y profanaciones por parte de quien lo administra y por parte de quien lo recibe! En este sacramento mi sangre se hace presente sobre el pecador arrepentido, para descender sobre su alma para lavarlo, para embellecerlo, sanarlo y fortificarlo, para devolverle la Gracia perdida, para ponerle en las manos las llaves del Cielo que el pecado le había quitado, para sellar en su frente el beso pacífico del perdón. Pero ay, cuántos gemidos desgarradores, al ver acercarse las almas a este sacramento de la Penitencia sin dolor, por rutina, casi por desahogo del corazón humano. Otros, es horrible decirlo, en vez de ir a encontrar la vida del alma, de la Gracia, van a hallar la muerte, a desahogar sus pasiones. Así que el sacramento se reduce a una burla, a una buena charla, y mi sangre, en vez de descender como lavado, desciende como fuego que los hace aún más estériles. Así que en cada confesión nuestro Amor llora inconsolable y sollozando repite: ¡Ingratitud humana, qué grande eres! En todo tratas de ofenderme y, mientras te ofrezco la vida, tú conviertes en muerte la misma vida que te ofrezco. Ves entonces como nuestros gemidos esperan tu correspondencia de amor en el sacramento de la Penitencia.

No se detenga tu amor; recorre todos los sagrarios, cada Hostia sacramental, y en y en cada Hostia sentirás gemir al Espíritu Santo con dolor inenarrable. El sacramento de la EUCARISTIA no es sólo la vida de ellas que reciben las almas, sino mi misma Vida que se da a ellas, así que el fruto de este Sacramento es formar mi Vida en ellas, y cada Comunión sirve a hacer que crezca mi Vida, a desarrollarla, para poder decir: «yo soy otro Cristo». Pero ay, qué pocos la aprovechas, es más, cuántas veces desciendo en los corazones y me hacen encontrar las armas con que herirme y me repiten la tragedia de mi Pasión; y cuando se consuman le especies sacramentales, en vez de insistirme que me quede con ellos, me veo obligado a irme con lágrimas, llorando mi suerte sacramental, y no hallo quien calme mi llanto y mis gemidos dolorosos. Si tú pudieras romper esos velos de la Hostia que me cubren, me encontrarías mojado de lágrimas, conociendo la suerte que me espera al bajar a los corazones. Por eso sea continua tu correspondencia de amor por cada Hostia, para enjugarme el llanto y hacer menos dolorosos los gemidos del Espíritu Santo.

No te detengas, de lo contrario no te encontraríamos siempre en nuestros gemidos y en nuestras lágrimas secretas, sentiríamos la falta de tu correspondencia de amor. Desciende en el sacramento del ORDEN; aquí sí que encontrarás nuestros más íntimos dolores escondidos, las lágrimas más amargas, los gemidos más desgarradores. El

Orden constituye al hombre en una altura suprema, con un caracter divino, el repetidor de mi Vida, el administrador de los Sacramenti, el revelador de mis secretos, de mi Evangelio, de la ciencia más sagrada, el pacificador entre el Cielo y la tierra, el portador de Jesús a las almas. Pero ay, cuántas veces vemos en el ordenado que será un nuestro Judas, un usurpador del caracter que se le imprime. ¡Oh, cómo gime el Espíritu Santo al ver en el ordenado arrancarse las cosas más sagradas, el caracter más grande que existe entre el Cielo y la tierra! ¡Cuántas profanaciones! Cada acto de este ordenado, no hecho según el caracter recibido, será un grito de dolor, una lágrima amarga, un gemido desgarrador. El Orden es el sacramento que abarca todos los demás sacramentos juntos; por eso, si el ordenado sabrá conservar en sí íntegro el caracter recibido, pondrá casi a salvo todos los otros sacramentos; será el defensor y el salvador del mismo Jesús. Por eso, no viendo eso en el ordenado, nuestros dolores se acentúan más, nuestros gemidos se hacen más continuos y dolorosos. Por eso, que tu correspondencia de amor corra en cada acto sacerdotal, para hacer compañía al amor gimiente del Espíritu Santo.

Pon el oído de tu corazón y escucha nuestros profundos gemidos en el sacramento del MATRIMONIO. ¡Cuántos desórdenes en él! El Matrimonio fue elevado por Mí como sacramento, para poner en él un vínculo sagrado, el símbolo de la Trinidad Sacrosanta, el Amor divino que Ella contiene, así que el amor que debía reinar en el padre, en la madre y en los hijos, la concordia, la paz, debían simbolizar la Familia Celeste, por lo que había de tener en la tierra tantas otras familias semejantes a la Familia del Creador, destinadas a poblar la tierra como otros tantos ángeles terrestres, para llevarlos a poblar las regiones celestiales. Pero ay, cuántos gemidos, al ver formarse en el matrimonio familias de pecado, que simbolizan el infierno con la discordia, con la falta de amor, con el odio, que pueblan la tierra como tantos ángeles rebeldes que servirán a poblar el infierno. El Espíritu Santo gime con gemidos desgarradores en cada matrimonio, al ver formar en la tierra tantas guaridas infernales. Por eso pon tu correspondencia de amor en cada matrimonio, en cada criatura que viene al mundo; así tu gemido amoroso hará menos dolorosos nuestros gemidos continuos.

Nuestros gemidos aún no acaban, por eso tu correspondencia de amor vaya al lecho del moribundo, cuando se le administra el sacramento de la EXTREMAUNCIÓN. Pero ay, ¡cuántos gemidos, cuántas nuestras lágrimas secretas! Este sacramento contiene la gracia de poner a salvo a cualquier precio al pecador moribundo, confirma la santidad a los buenos y a los santos, es el último vínculo que con su unción pone entre la criatura y Dios, es el sello del Cielo que pone en el alma redimida, es la infusión de los méritos del Redentor para enriquecerla, purificarla y embellecerla, es la última pincelada que el Espíritu Santo le da para prepararla a partir de la tierra y hacerle comparecer ante su Creador. La Extremaunción es el último desahogo de nuestro Amor y el último revestimiento del alma, es reordenar todas sus obras buenas; por eso actúa de un modo sorprendente en los que viven en Gracia. Con la Extremaunción el alma es cubierta como con un rocío celestial, que le apaga como de un soplo las pasiones, el apego a la tierra y a todo lo que no pertenece al Cielo. Pero ay, cuántos gemidos, cuántas lágrimas amargas, cuántas indisposiciones, cuántos descuidos, cuánta pérdida de almas, qué pocas santidades que confirmar encuentra, qué escasas obras buenas que reordenar y preparar. ¡Oh, si se pudieran oír nuestros gemidos, nuestro llanto en el lecho del moribundo al darle el sacramento de la Extremaunción, todos llorarían de dolor! ¿No quieres darnos tu correspondencia de amor por cada vez que se administra este sacramento, que es el último gesto de nuestro Amor a la criatura? Nuestra Voluntad te espera en todo, para tener tu correspondencia de amor y la compañía a nuestros gemidos y suspiros”. (Jesús a Luisa Piccarreta - 18° Volumen, 5.11.1925)

1 – Por nosotros, con nosotros, en nosotros.

Al final de su vida terrena, cuarenta días después de su Resurrección, Jesús *“subió al Cielo, está sentado a la derecha del Padre, y de nuevo vendrá con gloria per juzgar a vivos y muertos, y su Reino no tendrá fin”*. Pero El ha dicho *“Yo estaré con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos”* (Mt 28,20), sabiendo que sin El no podemos hacer nada. Y entre los diferentes modos de estar con nosotros nos ha dado su presencia viva y real en la Eucaristía. En ella Jesús está presente, bajo la apariencia del pan y del vino consagrados, con su Vida entera para formarla en nosotros, en su Iglesia.

El pan de harina de trigo (la hostia) y el vino de uva en el cáliz son la “materia” del Sacramento, que en la Misa se convierten en su verdadero Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. De la pequeña ostia e del vino permanece solo el aspecto material o “accidentes” (color, sabor, forma, ecc.). Este milagro es llamado *“transustanciación”*, porque cambia la sustancia, cuando el Sacerdote –es decir, Jesús por medio del Sacerdote– pronuncia las palabras de la Consagración que El pronunció en su última Cena: *“Esto es mi Cuerpo”*, *“Este es el cáliz de mi Sangre”*.

De esa forma Jesús hizo presente en modo sacramental su Vida y el Sacrificio que al día siguiente habría consumado en la Cruz, así como su misma Resurrección.

Aquello era la Misa, que siempre es la única, pero que se hace presente cada vez que se celebra –y por eso se dice *“memorial”*– con el fin de que toda la Iglesia participe al misterio de su Amor en el que ofrece al Padre el Sacrificio de Sí mismo.

Por tanto, la Eucaristía es Sacrificio, Presencia y Comunión. Lo que Jesús hizo *por nosotros* lo hace presente estando *con nosotros* con el fin de vivir y reinar *en nosotros*.

“Mientras veía a Jesús o al Sacerdote que celebraba el divino Sacrificio, Jesús me hacía comprender que en la Misa está todo el fundamento de nuestra sacrosanta religión. Ah, sí, la Misa dice todo y nos habla de todo. La Misa nos recuerda nuestra Redención, nos habla parte por parte de las penas que Jesús sufrió por nosotros, nos manifiesta su amor inmenso, que no se contentó con morir en la cruz, sino que quiso continuar como víctima en la S. Eucaristía. La Misa dice también que nuestros cuerpos hechos cenizas por la muerte, resucitarán el día del Juicio junto con Cristo a vida inmortal y gloriosa. Jesús me hacía comprender que lo más consolador para un cristiano y los misterios más altos y sublimes de nuestra santa religión son Jesús en el Sacramento y la resurrección de nuestros cuerpos gloriosos. Son misterios profundos que comprenderemos sólo más allá de las estrellas, pero Jesús en el Sacramento nos los hace tocar casi con la mano en varios modos. En primer lugar su Resurrección; en segundo lugar su anonadamiento bajo esas especies, aunque Jesús está vivo y verdadero; después, consumadas las especies, su real presencia ya no existe; pero luego, consagradas las especies, de nuevo vuelve a su estado sacramental.

Así Jesús en el Sacramento nos recuerda la resurrección de nuestros cuerpos glorificados. Como Jesús, cesando su estado sacramental está en el seno de Dios Padre, así, al cesar nuestra vida, nuestras almas van a vivir en el Cielo, en el seno de Dios, y nuestros cuerpos quedan consumidos, así que se puede decir que ya no existimos, pero después, con un prodigio de la omnipotencia di Dios, nuestros cuerpos tendrán nueva vida y, unidos al alma, irán juntos a gozar la dicha eterna. ¿Puede haber algo más consolador para un corazón humano, que no sólo el alma, sino también el cuerpo debe tomar parte en los goces eternos?” (Luisa Piccarreta - 1º Volumen).

1 – ¿Qué es la Santidad?

Los serafines que vio el profeta Isaías en adoración ante Dios, proclamaban el uno al otro: «*Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos. Toda la tierra está llena de su gloria*» (Is 3,6). Y en el “Gloria” de la Misa decimos: “*Señor, Hijo Unigénito, Jesucristo (...) Tú sólo el Santo...*” ¿Qué quiere decir? **Santidad es la infinita perfección de Dios** en todos sus atributos, que en cierto modo parecen expresarse en el de la Bondad (Lc 18,19). Y Dios derrama su Bondad en todas sus criaturas: “*y Dios vió todo lo que había hecho, y era cosa muy buena*” (Gén 1,31).

2 – ¿Qué es ser santos?

El amor de las Tres Divinas Personas se ha desbordado “*ad extra*” (al externo) del Ser Divino, dando vida a sus obras. A la Obra de la **Creación**, querida por el Padre Creador, se añade la Obra de la **Redención**, cumplida por el Hijo Redentor, Jesucristo, mediante su sacrificio, pero ambas tienen como fin la Obra de nuestra **Santificación**, cuyo protagonista es el Espíritu Santo.

Estas tres Obras son fruto de la Voluntad Divina, que se expresa diciendo “***Fiat!***”: “***¡Hágase la luz!***”, dijo Dios para hacer la Creación; “***¡Hágase en mí!***”, dijo la Stma. Virgen para que el Verbo se encarnase; “***¡No se haga mi voluntad, sino la Tuya!***”, dijo Jesús para redimirnos; y “***Hágase tu Voluntad***”, decimos en el Padrenuestro para ser santos, porque “***esta es la Voluntad de Dios, vuestra santificación***” (1ª Tes 4,3). “***A imagen del Santo que os ha llamado, sed santos también vosotros en toda vuestra conducta, ya que está escrito: Sed santos, porque Yo soy Santo***” (1ª Pe 15-16).

¿Y qué es ser santos? Ser en todo según la Voluntad de Dios, que Dios vea en nosotros realizada su Voluntad. Así era el hombre cuando fue creado: a su semejanza.

3 – ¿Qué es la Gracia?

Lo que Dios es por su propia naturaleza, El quiere que el hombre lo sea por gracia. Es el don “*gratuito*” de la vida sobrenatural o divina que Dios le da al hombre, que lo une a El no sólo como criatura, sino como hijo. Es vivir según la Ley sobrenatural del Evangelio, la Ley del Amor divino.

La Gracia santificante se nos da en el Bautismo, pero como todo lo que vive debe desarrollarse y crecer durante toda nuestra vida, lo cual ocurre mediante **las gracias sacramentales** (propias de cada Sacramento) y **las gracias actuales**, que Dios nos ofrece en cada momento, pero depende igualmente de nuestra correspondencia a todas estas gracias. Y como Jesús en cuanto hombre “*crecía en edad, sabiduría y gracia*” (Lc 2,52), así hemos de hacer nosotros: “***Sed por tanto perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto***” (Mt 5,48).

El estado de Gracia se puede perder con **el pecado mortal**, así llamado porque mata la vida del alma, y con el cual quien peca se hace enemigo de Dios y separado de El. **El pecado venial**, que no tiene esa gravedad, hiere esa amistad y debilita el alma, exponiéndola a nuevas y peores caídas. La Gracia se recupera con la contrición o el arrepentimiento sincero, que supone la necesidad –en cuanto posible– de recibir el sacramento de la Penitencia (la confesión).

El único pecado que Dios no puede perdonar es “la blasfemia contra el Espíritu Santo” (Lc 12,10), porque consiste en rechazar el arrepentimiento, en no quererlo.

1 – ¿Qué cosa nos da la Gracia Santificante?

Nos da las tres virtudes “teologales”: **la fe, la esperanza y la caridad**. Llamadas “teologales” porque nos unen con Dios y de esa forma las Tres Divinas Personas forman en nosotros su morada: *“Si uno me ama, observará mi palabra y mi Padre lo amará y Nosotros vendremos a él y haremos de él nuestra morada”* (Jn 14,23)

2 – Las virtudes teologales.

La fe es apoyar nuestra convicción sobre el testimonio de Jesús, sobre la Palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, y no sobre lo que percibimos con nuestros sentidos y pensamos con nuestra mente. Y esta **fe** es ese vínculo vivo con Dios, la verdadera comunión con Dios que, a partir de la noticia o del conocimiento, se transforma en la certeza que nos pertenece (la **esperanza** cierta) y en experiencia de amor (la posesión de la **caridad**).

La fe nos introduce en el verdadero conocimiento de Dios y lo hace crecer en nosotros, haciéndose cada vez más experiencia viva. Por eso, además de ser declarada con palabras (el Credo) debe ser traducida en obras (en vida), obras de fe. Y por eso, sólo **la verdadera fe** viva, eliminando toda duda, nos da la certeza; disipando todo temor nos da la verdadera paz; superando toda imposibilidad nos hace obtener todo: *“Todo lo que pidais con fe en la oración, se os dará”* (Mt 21,22).

Como actitud de quien cree (del **sujeto**), la fe es apertura plena de la mente y del corazón a lo que se nos dice de parte de Dios (cfr Lc 1,45; Rom 10,10). Y como **objeto creído**, la Fe es «POSEER A DIOS COMO LA VERDAD».

«...Jesús me ha dicho estas precisas palabras: *“la Fe es Dios”*. Estas dos palabras contenían una luz inmensa, imposible de explicar; pero lo diré como pueda. En la palabra “fe” comprendía que **la fe es el mismo Dios**. Como el alimento material da vida al cuerpo para que no muera, así la fe da la vida al alma; sin la fe el alma está muerta. La fe vivifica, la fe santifica, la fe espiritualiza al hombre y le hace mirar a un Ser Supremo, de forma que nada sabe de las cosas de acá abajo, y si las sabe, las sabe en Dios» (Luisa Piccarreta - 2º Volumen, 28 de Febrero 1899).

“Hija, la fe hace conocer a Dios, pero la confianza lo hace encontrar, así que la fe sin la confianza es fe estéril. Y a pesar de que la fe posee inmensas riquezas para poder enriquecerse el alma, si falta la confianza se queda siempre pobre y desprovista de todo”. (idem, 6º Volumen, 29 de Julio 1904)

San Pedro nos dice: *“Poned toda **esperanza** en aquella Gracia que se os dará cuando Jesucristo se revelará”* (1ª Pe 1,13). **La esperanza** hace que desde ahora tomemos posesión de lo que nos ha sido prometido, nos anticipa en cierto modo el futuro y hace que los gustemos ya en el presente. **La esperanza** es hija de la confianza, y es como tener dos brazos que se alargan más allá de la línea del horizonte para tocar y agarrar el bien que todavía no vemos, y así poder decir: “¡es mío, nadie me lo puede quitar!”

Aquí en la tierra debemos vivir en la **fe** y con la **esperanza**, pero en el Cielo ya no harán falta: allí permanece para siempre **la caridad**, que es la participación en el Amor de las Tres Divinas Personas.

«¡Aspirad a los carismas más grandes! Y yo os mostraré una vía mejor que todas.

Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo **caridad**, soy como bronce que resuena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo **caridad**, nada soy. Y aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo **caridad**, nada me aprovecha. **La caridad** es paciente, es bondadosa; no es envidiosa **la carità**, no es jactanciosa, no se engríe, no falta de respeto, no busca su interés, no se irrita, no toma en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, se alegra de la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. **La caridad** nunca se acabará. Las profecías desaparecerán; el don de las lenguas cesará y la ciencia terminará. Nuestro conocimiento es imperfecto e imperfecta es nuestra profecía. Pero cuando venga lo que es perfecto, lo imperfecto desaparecerá. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Pero al hacerme hombre, he dejado lo que era de niño. Ahora vemos como en un espejo, de manera confusa; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré perfectamente, como también yo soy conocido. Ahora quedan tres cosas: **la fe, la esperanza y la caridad**; pero de todas la más grande es **la caridad**» (Rom 12,31–13,13)

3 – Las virtudes cardinales.

La Gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona y la diviniza. Lo hace por medio de las virtudes “**cardinales**”, que ponen en orden nuestras facultades naturales (la inteligencia, la voluntad, nuestra sensibilidad) y de las cuales nacen todas las virtudes **morales** de nuestro comportamiento. Estas virtudes de base o “cardinales” son: **prudencia, justicia, fortaleza y templanza**. Son virtudes naturales, en el sentido que cada ser humano debería tenerlas por naturaleza, aunque en el cristiano sirven para copiar en nosotros la santidad de Cristo, que ha dicho: “*Aprended de Mí...*” (Mt 11,29).

La prudencia permite a nuestra inteligencia elegir y adoptar en cada situación los medios convenientes para obrar bien, según la Voluntad de Dios.

La justicia dirige nuestra voluntad para dar a Dios lo que le debemos, así como al prójimo. La justicia forma como un puente que nos une con Dios y con el prójimo y sobre el cual puede pasar el amor y la misericordia.

La fortaleza regula nuestras pasiones cuando sentimos la debilidad y no quisieramos hacer lo que sabemos que debemos hacer.

La templanza se impone sobre nuestras pasiones cuando sentimos la inclinación o el deseo de cosas contrarias a lo que sabemos que es justo, o contra la Ley de Dios.

De estas virtudes proceden todas las demás, indispensables para vivir en unión con Dios: en particular **el amor a la verdad, la humildad, la obediencia y la castidad**.

4 – Los dones del Espíritu Santo.

Todas estas virtudes en nosotros tienen, lógicamente, un límite y también deben vencer la dificultad en practicarlas y el desorden heredado del pecado original. Por eso, el Espíritu Santo, Autor de nuestra vida sobrenatural, nos ayuda con sus siete dones: **sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios** (Isaías 11,2-3). Y la vida de la Gracia en nosotros si manifiesta en los frutos del Espíritu Santo: “**amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí**” (Gál 5,22).

5 – La oración.

La oración es hablar con Dios, es escucharlo, es fijar la mente en El, es “estar” con El... Sobre todo es querer unirse a Dios y dejarse mover interiormente por El. En la oración está la Vida. La oración es la relación de amor y de vida con Dios. Por eso, “*quien reza se salva, quien no reza se condena*”.

Dios nos ha creado para tener con Lui una eterna relación de vida y de amor. Por eso recomienda orar incesantemente, porque como el respirar es necesario para la vida natural, así la oración es necesaria para la vida espiritual o sobrenatural. Es como la respiración del alma, un incesante recibir y corresponder, un “*mi amas, Te amo*”.

La finalidad de la oración no es tanto el cumplir un deber o hacer un ejercicio mental, sino entrar en intimidad con Dios, un “empaparse” de Dios, de su conocimiento, de su Amor transformante. Después de orar debemos ser mejores, al menos en la intención. Se debe notar que hemos estado en comunión con Dios.

La oración se dirige siempre a Dios: o sea, al Padre, a Jesucristo, al Espíritu Santo. Cuando nos dirigimos al Padre, lo hacemos siempre “*por Cristo, con Cristo y en Cristo*”, movidos por el Espíritu Santo. Pero Jesucristo ha querido la participación de su Madre en todo. Si es pensar en Jesús o mirarlo, debemos hacerlo con los ojos o con el Corazón de María, para que nuestro pensamiento o nuestra mirada le llegue y pueda interesarle; si es mirar a la Stma. Virgen o nos dirigimos a Ella, debemos hacerlo con los ojos y con el mismo Corazón de Jesús para no traicionar su Amor Divino de Hijo.

Y hagamos como María, que “*meditaba todas las cosas de su Hijo en su Corazón*”.

Hay **diferentes tipos de oración**, representados en cierto modo en las cuatro figuras de los seres “vivienti” de los que hablan el Apocalipsis y el profeta Ezequiel: *el hombre o ángel*, (que representa la adoración), *el león* (la gloria y alabanza), *el toro* (la acción de gracias y / o la reparación) y *el águila* (símbolo del amor). Son cuatro tipos de oración, además de la petición y la intercesión.

Hay también **distintos modos y grados en la oración**: la oración vocal, la oración mental de meditación, la oración total de contemplación. Está la oración personal o individual y la oración comunitaria, la oración privada y la oración oficial o litúrgica.

Jesús nos ha enseñado a orar, Su oración, es decir, la nueva actitud del corazón para con Dios, la nueva relación de confianza y de amor al Padre. Ya no somos siervos, sino hijos amados. Digamos **el Padrenuestro**, siempre con Jesús:

- **Padre nuestro**. – ¿Quién lo dice? Quien es Hijo – ¿Con qué lo dice? ¿Con la boca? ¿Con la mente? Sí, pero sobre todo con el corazón – Porque “*nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*” (Lc 10,22) – Y el Padre no sólo es objeto de conocimiento, sino de experiencia viva, la experiencia del amor. Por eso el Espíritu Santo exclama en nuestro corazón: “*¡Abbá, Padre!*” (Rom 8,15).

- **Que estás en el Cielo**. – No sólo en el Cielo, sino también en la tierra y en todo lugar y siempre, Tú que das vida a cada latido de cada corazón, Tú que enciendes cada pensamiento en cada mente, como enciendes de luz cada mañana el sol y cada noche todas las estrellas, como cuidas de cada hojita de cada planta y cada ser de tu Creación en vista de la finalidad que Tú has establecido... – Pero sobre todo, Tú te complaces de estar en el corazón y en el espíritu de cada hijo tuyo: esos son tus “cielos”.

- **Santificado sea tu Nombre**, que ya es Santo de por sí, como dijo la Virgen en el Magnificat. Pero pedirlo es expresar un gran deseo: ¡que tu nombre de Padre sea reconocido, reciba honor y gloria, que te sientas “realizado” como Padre en cada uno de tus hijos, que te sientas orgulloso de cada hijo, que sea tu satisfacción y tu gloria!

- **Venga tu Reino**. Pero ¿qué es tu Reino? “*El reino de Dios no es cuestión de comida o de bebida, sino que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*” (Rom 14,17). Sí, así es, pero esas cosas son fruto de algo: tu reinar es que tu Voluntad se realice en tus criaturas. ¿Pero por qué pedimos que venga? ¿Por qué no decir que “vayamos” a él? Porque todavía se ha de realizar aquí, en la tierra; en el Cielo ya está realizado.

- Por tanto, tu Reino es que **se haga tu Voluntad, así en la tierra como en el Cielo**. Eso es mucho más que hacer nosotros lo que Tú mandas, lo que Tú quieres: es pedir que lo que es para Tí tu Voluntad, eso sea para nosotros; como lo es para el Padre, así sea para los hijos... ¿Y qué cosa es para Tí, Padre, tu adorable Voluntad? Es la misma y única Voluntad de las tres Divinas Personas, es como vuestro “Corazón” palpitante de Amor, le basta querer para hacer, es como “la fuente” de la Vida de la Stma. Trinidad. Eso es precisamente lo que Tú quieres que sea también para nosotros.

- **Dáenos hoy nuestro pan de cada día**. ¿De qué pan tenemos necesidad? Jesús ha hablado del pan del Cielo. Todo pan viene de Tí, oh Padre: **el pan material** y todo lo que por Voluntad tuya sirve para sostener nuestra vida, **el Pan vivo** bajado del Cielo, que es Jesús en la Eucaristía, y **el tercer pan, el del mismo Jesús**, del cual ha dicho: “*Yo tengo un alimento que vosotros no sabéis... Mi alimento es hacer la Voluntad de Aquel que me ha mandado*” (Jn 4,32-33) – Todo pan es del Cielo, porque todo viene de Tí, oh Padre, para llevarnos a Tí. Pero si no lo reconocemos como pan del Cielo, sino sólo como pan de la tierra, nos lleva a nosotros mismos y a la tierra. Entonces no sirve para “hacer comunión” contigo, no sirve para unirnos contigo.

- Por eso, **perdona nuestras ofensas**, no sólo nuestros pecados y desobediencias, sino nuestras deudas, que son injusticias para contigo, deudas de fidelidad, de adoración, de gratitud, de generosidad, de amor. No somos capaces de colmar esos vacíos, de cubrir nuestras deudas: recurrimos a tu Misericordia. Es tu Hijo Jesucristo el que te lo pide con nosotros cada vez que decimos el Padrenuestro; pero El añade: **como también Nosotros perdonamos a los que nos ofenden**. El es verdadero Hombre con nosotros, pero es Dios contigo, y al decir estas palabras, las estais pronunciando las tres Divinas Personas: “**como Nosotros**”, un “Nosotros” con mayúscula, porque el modelo de vuestro perdón no puede ser nuestro modo de perdonar, sino al contrario, vuestro perdón ha de ser el modelo del nuestro. Por eso, Jesús hace que digamos esas palabras, para que aprendamos a perdonar como Vosotros, como perdona Dios.

- **Y no nos dejes caer en la tentación**. En español la traducción no es exacta: en realidad te pedimos que no nos lleves ante el tentador, sí, Padre, que no haga falta; Tú que eres “*fiel, no permitas que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, sino con la tentación danos también la gracia de superarla y la fuerza de soportarla*” (cfr 1ª Cor 10,13). Tú no puedes ser tentado por el mal y no tientas a nadie al mal. (cfr Santiago 1,13-15). Por eso, al pedirte que no nos lleves a la tentación o ante el tentador (eso significa inducir), te estamos repitiendo la súplica de Jesús en el Huerto de los olivos: “*Abba, Padre, si es posible, aparta de Mí este cáliz*”.

Por tanto, **libranos del mal**, de todo mal, de todo lo que se oponga a tu Voluntad, de todo lo que nos separe o nos aleje de Tí. ¡Amén!

1 – ¿Qué cosa son los “novísimos”?

Son las últimas realidades de cada ser humano, así como de la entera humanidad.

Tenemos la continua experiencia del transcurso del tiempo: se nace, se vive, se muere. Dios concede a cada uno un tiempo conveniente y suficiente, perfecto, en que pueda madurar nuestra libre respuesta a Dios. Sólo al final de ese tiempo la respuesta (sí o no) resulta definitiva, con todas las consecuencias. Por eso los novísimos son: **la muerte, el juicio, la salvación** eterna o, por el contrario, **la condenación** eterna.

Tenemos a disposición, para dar nuestra respuesta a Dios, solamente el momento presente del tiempo que nos concede; por eso cada acto nuestro, como cada momento de vida, además de tener siempre consecuencias, tiene valor de eternidad: al final, la vida entera se concentra en un “sí” a Dios o en un “no”. Para siempre.

2 – La muerte corporal y la muerte espiritual.

Están relacionadas: la primera es consecuencia de la segunda, que fue el pecado original. El hombre se separó de Dios –su voluntad se separó de la Voluntad de Dios– y por tanto el espíritu del hombre que lo anima se separa del cuerpo, lo abandona, y el cuerpo muere. *“Dios ha creado al hombre para la inmortalidad; lo hizo a imagen de su propia naturaleza. Pero la muerte ha venido al mundo por envidia del demonio; y la experimentan aquellos que le pertenecen”* (Sab 2,23-24). Por tanto, la existencia no puede acabar porque depende sólo de Dios: existimos para siempre, mientras que la vida se pierde por culpa del pecado del hombre. Y Jesucristo ha asumido todo lo que es nuestra muerte, corporal y espiritual, para destruirla en El y darnos en cambio la vida *“y la vida en abundancia”* (Jn 10,10).

El testimonio de Dios es que *“está establecido para los hombres morir una sola vez, después de lo cual viene el juicio”* (Heb 9,27). Eso excluye la idea pagana de la reencarnación. Otra cosa es que Dios ha concedido a algunos poder volver a la vida mortal después de haber pasado por la muerte, para dar testimonio de la realidad del más allá. Así ha sido para los que resucitó Jesús o en su nombre algunos Santos.

Es ínsito en el hombre el deseo de la vida y de la felicidad, y por eso intuye que su existencia no puede acabar con la muerte, tiene el instinto de eternidad. Pero para saber con certeza, el único medio seguro es creer lo que nos ha revelado nuestro Creador.

Experimentamos en cierto modo la muerte cada vez que debemos separarnos de las personas o de las cosas que amamos y que sentimos como nuestras. La muerte es siempre una separación, la privación de un bien, es dolor. Nos priva de nosotros mismos.

3 – El juicio particular y el Juicio final.

¿En qué consiste el juicio? *“El juicio es esto: la luz ha venido al mundo, pero los hombres han preferido las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Pues el que hace el mal odia la luz y no viene a la luz para que no se descubran sus obras. Pero quien obra la verdad viene a la luz, para que se vea claramente que sus obras han sido hechas en Dios”* (Jn 3,19-21).

El juicio es la confrontación entre la conciencia del hombre y la Verdad que es Dios. Es el choque entre la injusticia del hombre (el pecado) y la Justicia (o santidad) de Dios. *“El que escucha mi palabra y cree a Aquel que me ha mandado, tiene la vida eterna y no va al juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida”* (Jn 5,24). Sólo así

se evita el choque con la Justicia, cuando a tiempo se llama a la puerta de la Divina Misericordia, y eso es fruto de la fe en Cristo. El juicio separa la luz de las tinieblas, lo que es conforme a la Verdad de lo que es mentira, lo bueno de lo malo.

Después de la muerte tiene lugar el juicio personal: cada uno ve a la luz de la Verdad su propia vida y él solo comprende lo que ha hecho y el resultado final y definitivo, eterno. “Del lado que cae el árbol, así se queda”. Cada uno comprende si se ha salvado, si ha de ir al Purgatorio, o si se ha condenado y cae en el infierno.

Al fin del mundo será el Juicio final, precedido por la resurrección universal, y cada uno, en cuerpo y alma irá a su destino eterno, ya decidido en el juicio personal.

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria con todos sus ángeles, se sentará en el trono de su gloria. Y serán reunidas ante El todas las gentes, y El separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces el rey dirá a los que están a su derecha: *Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque Yo tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me recibisteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, encarcelado y vinisteis a verme. (...) En verdad os digo: cada vez que hicisteis estas cosas a uno solo de estos mis hermanos más pequeños, lo hicisteis a Mí.* Luego dirá a los de su izquierda: *Fuera, lejos de Mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el demonio y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era forastero y no me acogisteis, desnudo y no me vestisteis, enfermo o en la cárcel y no me visitasteis. (...) Cada vez que no habeis hecho esas cosas a uno de estos mis hermanos más pequeños, no las habeis hecho a Mí.* E irán estos al **suplicio eterno**, y los justos a la **vida eterna**». (Mt 25,31-46)

«Después ví un gran trono blanco y Aquel que estaba allí sentado. De su presencia habían desaparecido la tierra y el cielo sin dejar rastro. Luego ví a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono. Fueron abiertos los libros. Fue abierto también otro libro, el de la Vida. Los muertos fueron juzgados conforme a lo que estaba escrito en esos libros, cada uno según sus obras. El mar restituyó los muertos que custodiaba y la muerte y los lugares inferiores devolvieron los muertos que tenían y cada uno fue juzgado según sus obras. Después la muerte y los lugares inferiores fueron arrojados al lago de fuego. Esa es **la segunda muerte**, el lago de fuego. Y el que no estaba escrito en el libro de la Vida fue arrojado al lago de fuego» (Apocalipsis 20,11-15)

4 – El Paraíso o salvación eterna.

Jesús dijo al “buen ladrón” arrepentido: *“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”* (Lc 23,43). Es la finalidad de nuestra existencia, el estado de felicidad suprema y definitiva, el abrazo de la Stma. Trinidad. El Cielo es la visión beatífica y la posesión de Dios en el amor: es la Gloria “esencial”, el goce directo del Creador, y con ella la Gloria accidental, que Dios nos dará por medio de todas sus criaturas. No se trata de un lugar particular, porque al ser glorificados en alma y cuerpo, es toda la Creación, transfigurada por Dios para procurarnos una infinidad de vivísimas alegrías y goces.

El Cielo es la felicidad inmensa de los bienaventurados, gozar el Amor y el Poder de Dios y de la “comunidad de los Santos”, amar a todos los seres del Universo y gozar con ellos, hasta el grado de gloria alcanzado en esta vida. Es la perfecta realización del Amor humano-divino, que supera absolutamente nuestra capacidad de conocimiento en esta vida: *“Lo que los ojos no han visto, ni el oído ha escuchado, ni nunca ha entrado en corazón de hombre, eso ha preparado Dios para los que lo aman”* (1ª Cor 2,9).

5 – El Purgatorio o preparación temporal para el Cielo.

Para entrar en el Cielo es necesario ser perfectamente conformes a lo que la Divina Voluntad quiere de nosotros, poseer la Vida divina de Jesús (la Gracia) y haber expiado del todo la justa pena merecida por los pecados ya perdonados. Por eso se puede decir que sólo los mártires y los niños inocentes están preparados para el Cielo; la mayor parte de los que mueren reconciliados con Dios deben pasar un tiempo limitado de purificación más o menos intensa. Es como un hospital de dolor, del que saldrán perfectamente purificados y en condiciones de poder ver a Dios: hacerles estar en su Presencia manchados, sería para ellos el peor sufrimiento. El fuego de su Amor convierte todo lo que toca en fuego... o en cenizas.

*“Nadie puede poner un cimiento diferente del que ya existe, que es Jesucristo. Y si, sobre ese cimiento se edifica con oro, plata, piedras preciosas, madera, hierba, paja, la obra de cada uno será bien visible: la hará conocer el día que se manifestará con el fuego, y el fuego pondrá a prueba lo que vale la obra de cada uno. Si la obra que uno construyó sobre el cimiento resiste, este recibirá un premio; pero **si la obra acaba quemada, será castigado: se salvará, pero como a través del fuego**” (1ª Cor 3,11-15).*

*“Ponre en seguida de acuerdo con tu Adversario [el Querer de Dios que te contradice] mientras vas de camino con él, para que el Adversario no te entregue al juez y el juez a los guardias y tú seas metido en **la cárcel**. En verdad te digo: **¡no saldrás de ahí hasta que no hayas pagado hasta el último centavo!**” (Mt 5,25-26)*

Los sufragios son ayudas que nosotros, desde la tierra, podemos ofrecer a las almas del Purgatorio para que puedan ser aliviadas y el tiempo de su purificación sea abreviado. Los reciben en la medida que en esta vida se abrieron a la Luz y a la Gracia.

El Purgatorio terminará al fin del mundo, así como con la Redención terminó *“el Seno de Abrahám” o Limbo de los justos* del Antiguo Testamento, y al “fin de los tiempos” terminará *el Limbo* de los que mueren sin Bautismo y sin culpas personales, pero necesitan que alguien les dé la vestidura blanca de la Gracia (Apoc 6,9-11).

6 – El infierno o condenación eterna.

Esso lo absoluto contrario del Cielo. Es el estado de separación definitiva de Dios de quien, al final de la vida, se halla en total contradicción con Cristo, en el rechazo final de Dios. Dios y los condenados se excluyen mutuamente. El Amor de Dios que hace felices a sus hijos, quema y desespera a los que lo odian. Porque el infierno es el odio absoluto de los condenados contra Dios y contra todos, el horror y la desesperación, a partir de la sentencia del Juez: *“Fuera, lejos de Mí, malditos, al fuego eterno...”*

7 – La resurrección de los muertos.

Como existe una doble muerte, la muerte temporal (“de la cual ningún hombre viviente puede escapar”) y el estado de muerte eterna de los condenados (que no por eso dejan de existir), hay también una doble resurrección. La primera, *espiritual*, no es sólo el recibir de nuevo la Gracia, sino aún más el regreso del hombre “al orden primordial de la Creación”, a tener como vida la Divina Voluntad. La segunda, “la resurrección de la carne” o *corporal*, será al fin del mundo: *“porque llegará la hora en que todos los que estan en los sepulcros oirán su voz [del Hijo del hombre] y saldrán: los que hicieron el bien para una resurrección de vida y los que hicieron el mal para una resurrección de condena”* (Jn 5,28-29).

1 – Los tiempos de la historia según Dios.

Dos son las Venidas del Señor: la primera, como *Redentor*; la segunda, como *Rey*. En la primera, como Redentor, reparó la imagen divina, deformada y casi irreconocible en el hombre; en la segunda venida, como Rey, para darle de nuevo la semejanza divina perdida, llevando a quien lo acoge al orden, al puesto que Dios le asignó y a la finalidad para la que fue creado.

La primera venida del Señor fue para salvar al hombre, abriendo de nuevo las puertas del Cielo, para que entre quien quiera. La segunda venida es para salvar el Decreto eterno de su Reino, haciendo descender el Cielo y renovando así la faz de la tierra.

Fruto de su primera venida es dar la vida divina de la Gracia, haciendo que el hombre vuelva a ser hijo de Dios (la primera resurrección, espiritual); fruto de su segunda venida es dar a este hombre en Gracia la posesión de su Reino, la plenitud de los bienes de la Creación, de la Redención y de la Santificación.

La primera venida (o “*Adviento*”) del Señor fue en la “**plenitud de los tiempos**”.

Su segunda venida (o “*Parusía*”) es al “**fin de los tiempos**”, fin de los tiempos de espera y llegada del Tiempo tan esperado, fin de los tiempos de angustia y llegada del tiempo del cumplimiento del Reino, como dijo San Pedro: “*Arrepentíos y cambiad vida, para que sean cancelados vuestros pecados y así puedan llegar LOS TIEMPOS DE LA CONSOLACIÓN por parte del Señor y El envíe Aquel que os había destinado como Mesías, Jesús. El debe ser acogido en el cielo hasta LOS TIEMPOS DE LA RESTAURACIÓN DE TODAS LAS COSAS*”. (Hechos, 3,19-21).

Por eso los tiempos de la historia son marcados por: **-el comienzo de los tiempos o comienzo del mundo; -la plenitud de los tiempos; -el fin de los tiempos, y -el fin del mundo** (o de la historia). Son los mismos momentos de la S. Misa; corresponden: -al comienzo, -a la Consagración, -a la Comunión y -a la bendición final.

Entre los dos últimos momentos ha de haber un tiempo glorioso, de muchos siglos, en que se ha de cumplir el Reino de Dios prometido en el Padrenuestro, el Reino de su Voluntad “en la tierra como en el Cielo”. El Apocalipsis lo llama “*el Milenio*”, que aún no ha llegado. Imagen del cual fueron los cuarenta días que Jesús Resucitado, glorioso, quiso estar en la tierra antes de su Ascensión al Cielo. Es lamentable que muchos, a causa de una antigua herejía (el “*milenario*” en sus varias formas) acerca del modo, hayan negado el hecho e ignorado el tiempo del Reino prometido (“*el Milenio*”), confundiendo con la historia de la Iglesia como se ha desarrollado en estos veinte siglos, o bien interpretándolo como el más allá, confundiendo **el fin de los tiempos con el fin del mundo**.

«Vi un ángel que bajaba del cielo con la llave del Abismo y una gran cadena en mano. Agarró al dragón, la serpiente antigua –o sea el diablo, satanás– y lo encadenó por **mil años**; lo arrojó al Abismo, lo cerró y selló la puerta sobre él, para que no sedujera más a las naciones, hasta que se cumplan los **mil años**. Después tendrá que ser desatado por un poco de tiempo. Luego vi algunos tronos y a los que se sentaron fue dado el poder de juzgar. Vi también las almas de los decapitados a causa del testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, y cuantos no habían adorado la bestia y su estatua y no habían recibido su marca en la frente y en la mano. Recobraron vida y reinaron con Cristo por **mil años**; mientras que los otros muertos no volvieron a la vida hasta cumplirse los **mil años**. Esa es la primera resurrección. Dichosos y santos los que toman parte **en la primera**

resurrección. Sobre ellos no tiene poder la segunda muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con El por **mil años**. Cuando los **mil años** se cumplan, satanás será liberado de su cárcel y saldrá para seducir las naciones de los cuatro puntos de la tierra, Gog y Magóg, y reunir las para la guerra: su número será como la arena del mar. Marcharon por toda la superficie de la tierra y asediaron el campamento de los santos y la ciudad amada. Pero un fuego cayó del cielo y los devoró. Y el diablo, que los había seducido, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta: serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (Apoc 20,1-10)

2 – ¿Qué cosa es el Reino de Dios?

El Reino de Dios es la Iglesia, pero Jesús lo ha comparado a una semilla de mostaza (Mt 13,31-32) que crece hasta alcanzar su pleno desarrollo:

“Hija mía, mi Voluntad es principio, medio y fin de cada virtud; sin el germen de mi Voluntad no se puede decir verdadera virtud. Ella es como la semilla de la planta, después de que ha hundido sus raíces bajo tierra, cuanto más profundas son, tanto más alto se forma el árbol que la semilla contiene. Así que primero está la semilla; esta forma las raíces; las raíces tienen la fuerza de liberar de debajo de la tierra la planta y, al hacerse profundas las raíces, así se forman las ramas, las cuales van creciendo tan altas que forman una bella corona, la cual será la gloria del árbol, produciendo abundantes frutos, será la utilidad y la gloria de Aquel lo sembró.

Esa es la imagen de mi Iglesia. El germen es mi Voluntad, en que nació y creció, pero para crecer el árbol necesita tiempo, y para dar fruto algunos árboles necesitan siglos. Cuanto más preciosa es la planta, tanto más tiempo hace falta. Así es el árbol de mi Voluntad: siendo el más precioso, el más noble y divino, el más alto, necesitaba tiempo para crecer y dar a conocer sus frutos. Así que la Iglesia ha conocido el germen, y no hay santidad sin él; después ha conocido las ramas, pero siempre en torno a este árbol se ha estado. Ahora debe conocer los frutos para alimentarse y gozar de ellos, y eso será toda mi gloria y mi corona, y de todas las virtudes y de toda la Iglesia.

Ahora, ¿de qué te extrañas, que en vez de manifestar antes los frutos de mi Querer, los he manifestado a tí después de tantos siglos? Si el árbol no se había formado todavía, ¿cómo podía hacer conocer los frutos? Todas las cosas son así. Si se debe hacer un rey, no se corona al rey si primero no se forma el reino, el ejército, los ministros, el palacio; por último se le corona. Y si se quisiera coronarlo sin formar el reino, el ejército, etcétera, sería un rey de burla. Ahora, mi Voluntad había de ser corona de todo y cumplimiento de mi Gloria por parte de la criatura, porque sólo en mi Voluntad puedo decir «todo he cumplido», y Yo, viendo cumplido en ella todo lo que quiero, no sólo le hago conocer los frutos, sino que la alimento y la hago llegar a tal altura que supere a todos. Por eso deseo tanto y tengo tanto interés de que los frutos, los efectos, los bienes inmensos que hay en mi Querer y el gran bien que el alma recibe con vivir en El sean conocidos. Si no se conocen, ¿cómo se pueden desear? Mucho menos puede alimentar. Y si Yo no hiciera conocer el vivir en mi Querer, qué significa, qué valor tiene, faltaría la corona a la Creación, a las virtudes, y mi Opera sería una obra sin corona. ¿Ves entonces cuán necesario es que todo lo que te he dicho sobre mi Querer se haga público y sea conocido, así como la razón por la que tanto te insisto y te parece que te hago salir de la norma de los demás? Haciendo que después de su muerte sean conocidos ellos y las gracias que les he dado, contigo permito, aún viva, que lo que te he dicho de mi Querer sea conocido. Si no se conoce no será apreciado ni amado. El conocimiento será como el abono al árbol, que hará madurar los frutos, de los cuales, bien maduros, se alimentarán las criaturas... ¿Cuál ha de ser mi contento y el tuyo?» (Jesús a la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, 15º Volumen, 28.11.1922)

La Redención ha sido la condición indispensable para que venga el Reino de Dios. En la parábola del “*hijo pródigo*” está indicada en el abrazo con el Padre, que ha venido a su encuentro en la persona del Salvador. El regreso a la Casa paterna, de donde el hombre se fue con el pecado original, representa el cumplimiento del Reino.

Por tanto el Reino tiene dos dimensiones: como preparación, **la Redención** precede **el cumplimiento de la Divina Voluntad sobre la tierra**, del mismo modo como reina en el Cielo. A estas dos fases hace referencia San Pablo:

“Por todo el tiempo que el heredero es niño, no es en nada diferente de un esclavo, aunque es dueño de todo; pero depende de tutores y educadores, hasta el tiempo establecido por el Padre. Así también nosotros cuando eramos niños, eramos como esclavos de los elementos del mundo. Pero cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios mandó a su Hijo, nacido de la Mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibieramos la adopción como hijos. Y que somos hijos lo demuestra el hecho de que Dios ha mandado en nuestros corazones al Espíritu de su Hijo que grita: ¡Abbá, Padre! Por tanto ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por Voluntad de Dios” (Gál 4,1-7).

En **la plenitud de los tiempos** el Hijo se ha encarnado y nos ha redimido para hacer que fuéramos hijos. Sin embargo, estos hijos todavía menores se comportan como los siervos, tienen mentalidad de siervos y como tales son tratados, “hasta el tiempo” establecido, o sea, hasta que llega el tiempo de ser maduros, de pensar y sentir como el Hijo: ¡eso es “**el fin de los tiempos**”, los tiempos de espera y la llegada del tiempo del Reino tan esperado!

¿Pero qué cosa es el Reino de Dios, o sea, que Dios reine? Es que su Voluntad tenga cumplimiento. En Dios, en las tres Divinas Personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, se cumple perfectamente: es su Vida, la sustancia de su Ser Divino, de su gloria y felicidad, la sustancia de sus infinitos atributos, la fuente de su Amor.

Ese es el Reino preparado para nosotros “*desde la creación del mundo*” (Mt 25,34).

De hecho, Dios es “el Señor”: El reina en el Cielo. Pero aquí en la tierra ha debido venir el Hijo de Dios para hacer que el Padre pueda tener su Reino, precisamente en la tierra.

Hablando de El, Isaías dijo: “*Cuando se ofrecerá El mismo en expiación, verá una descendencia, vivirá mucho, se cumplirá per medio suyo la Voluntad del Señor*” (Is 53,10). “*Por eso, entrando en el mundo, Cristo dice: Tú no has querido sacrificio ni oferta, pero un cuerpo me has preparado... Entonces he dicho: héme aquí que vengo –como de Mí está escrito en el Libro– para hacer, oh Dios, tu Voluntad*” (Heb 10,5-7). Y Jesús ha dicho: “*Yo no puedo hacer nada por Mí mismo; juzgo según lo que oigo y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la Voluntad de Aquel que me ha enviado*” (Jn 5,30). “*Aquel que me ha mandado está conmigo y no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que le agrada*” (Jn 8,29).

Por tanto, **la Voluntad del Padre ha establecido su Reino en Jesús**. Ha dado todos sus atributos y prerrogativas divinas a su Stma. Humanidad, hasta hacerle ser “*perfecto, como el Padre Celestial es perfecto*” (Mt 5,48). Y Jesús, “*aunque era el Hijo, aprendió la obediencia por las cosas que sufrió y, hecho perfecto, es causa de salvación eterna para todos los que Le obedecen*” (Heb 5,8-9).

Por tanto, **el Reino de Dios es el cumplimiento de su Voluntad**. No sólo es que se cumplan las cosas que El quiere, sino que Esta sea en la criatura lo que es en Dios, la Vida operante, la fuente de todo bien.

Las palabras **“así en la tierra como en el Cielo”** son perfecta realidad en Jesús y María: **“como es en el Padre así es en el Hijo”**. En nosotros deben ser un deseo ardiente, una invocación incesante, ya que son una Promesa divina.

3 – “Los signos de los tiempos”.

“¿Cuándo vendrá el Reino de Dios?”, le preguntaron los fariseos a Jesús (Lc 17, 20). ¿Pero de qué sirve saber cuándo vendrá, si no se sabe lo que es? ¿Y sobre todo, si no se posee? Jesús respondió: **“El Reino de Dios no viene llamando la atención, y nadie podrá decir: está acá o está allá, porque el Reino de Dios está en medio de vosotros”**.

En efecto, el Reino de Dios está por entero en Jesús. Y Jesús y María estaban aún entre ellos. Pero la Iglesia sigue pidiendo desde hace veinte siglos: **“Venga tu Reino”**.

Vendrá el Reino de Dios, de su Voluntad como vida de sus hijos, y sólo entonces vendrá o se manifestará glorioso Cristo Rey en su segunda Venida (la **“Parusía”**).

Después de la gran tribulación, después del “Viernes santo” de su Iglesia, esta resucitará en su gran triunfo, satanás será encadenado **“hasta cumplirse los mil años”**, o sea, hasta el fin de la historia; el mundo será purificado y se renovará la faz de la tierra. Los supervivientes de las naciones se convertirán y al mundo será dado finalmente el tiempo de la verdadera Paz. Entonces Dios recibirá de la tierra la gloria y la respuesta de amor que el querer humano no podía darle sin la vida del Querer Divino.

«**Maestro, ¿cuándo sucederá eso y cuál será el signo que eso va a cumplirse?**». (Lc 21,6). **«Cuando veais pasar estas cosas, sabed que el Reino de Dios está cerca»** (Lc 21,31). De estas palabras resulta claro que la Iglesia no se identifica con el Reino.

“Cuando empiecen a ocurrir estas cosas, levantad vuestra cabeza, porque se acerca vuestra liberación” (Lc 21,28). “Estas cosas” son signos específicos, que se han cumplido ya o que se están cumpliendo:

► La Iglesia ya ha establecido en 1925 **la fiesta de Cristo Rey**, que concluye el año litúrgico: **“Cuanto estuvo de regreso, después de haber obtenido el título de Rey”** (cfr. Lc 19,11-27).

► Después de la Segunda Guerra mundial, habitualmente, en los documentos de las naciones, en los discursos de los políticos se cumple la profecía de San Pablo: **“como un ladrón de noche, así vendrá el Día del Señor. Y cuando se dirá: «Paz y seguridad», entonces de repente les llegará la ruina, como los dolores a una mujer encinta; y ninguno se librará”** (1ª Tes 5,2-3).

► La pérdida de la Fe y la gran apostasía actual y evidente: **“Pero el Hijo del hombre, cuando venga, hallará fe en la tierra?”** (Lc 18,8). **“Antes [del Día del Señor] tiene que venir la apostasía y tendrá que ser revelado el hombre inicuo, el hijo de la perdición, el que se contrapone y se eleva sobre cada ser que es llamado Dios o que recibe culto, hasta sentarse en el templo de Dios, presentándose a sí mismo como Dios. (...) El misterio de la iniquidad ya está en acto, pero es necesario que sea quitado de enmedio quien hasta ahora lo detiene [el obstáculo, “κατεχων”]. Sólo entonces será revelado el impío y el Señor Jesucristo lo destruirá con el sople de su boca y lo aniquilará al aparecer en su venida, el inicuo, cuya venida será con la potencia de satanás”** (2ª Tes 2,1-12).

► Se han cumplido *“los tiempos de las naciones”* (que como tales se desvanecen) cuando en 1967 los israelíes han tomado de nuevo Jerusalén (Lc 21,24). Por consiguiente, Israel volverá por último al Señor, después de que en la verdadera Fe hayan entrado “las naciones” (cfr. Rom 11,25-26). Este es actualmente el único signo que queda por cumplirse.

Estos son los principales signos de los tiempos que nos presenta la Revelación pública. Además de los cuales hay muchos otros, de revelaciones privadas creíbles y aprobadas en la Iglesia.

“Antes de la venida de Cristo, la Iglesia ha de pasar a través de una prueba final que sacudirá la fe de muchos creyentes... el misterio de la iniquidad se manifestará bajo la forma de **una impostura religiosa** que ofrece a los hombres una solución aparente de sus problemas, al precio de la apostasía de la verdad. **La máxima impostura religiosa es la del anticristo**” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 676).

“El mundo se halla precisamente como cuando Yo había de venir a la tierra: todos estaban esperando un gran acontecimiento, una era nueva, como de hecho vino. Así ahora, debiendo venir el gran acontecimiento, la era nueva, que la Voluntad de Dios se haga en la tierra como en el Cielo, todos están en espera de una era nueva, cansados de esta, sin saber cual sea esta novedad, este cambio, como no lo sabían cuando Yo vine a la tierra. Esta espera es un signo seguro de que la hora está cerca, pero el signo más cierto es que Yo estoy manifestando lo que quiero hacer y que, dirigiéndome a un alma, como me dirigí a mi Madre al bajar del Cielo a la tierra, le comunico mi Voluntad y los bienes y efectos que Esta contiene, para darlos como don a toda la humanidad.”

(Jesús a la “pequeña Hija de la Divina Voluntad”, Luisa Piccarreta, 15º Volumen, 14 de Julio 1923)

*«He aquí que vengo enseguida, trayendo conmigo mi salario,
para dar a cada uno según sus obras.
Yo soy el Alfa y el Omega, el Primero y el Último, el principio y el fin.
Dichosos los que lavan sus vestidos: participarán del árbol de la Vida
y podrán entrar por las puertas en la ciudad.
¡Fuera los perros, los hechiceros, los inmorales, los homicidas, los idólatras
y todo el que ama y practica la mentira! (...)
El Espíritu y la Esposa dicen: “¡Ven!”. Y el que escucha repita: “¡Ven!”.
Quien tenga sed, venga; quien quiera tome gratis el agua de la vida. (...)
Aquel que da testimonio de estas cosas dice: “¡Sí, vendré pronto!”. Amén.
¡Ven, Señor Jesús!
La gracia del Señor Jesús sea con todos vosotros. Amén!»*

(Apocalipsis 22, 12-21)

CATEQUESIS de NIÑOS - ENSEÑANZAS QUE ALCANZAR

Como fruto del año de catequesis,

- los niños del PRIMER AÑO de preparación a LA PRIMERA COMUNIÓN deben haber aprendido la señal de la Cruz,
las oraciones fundamentales: *el Padrenuestro, el Ave Maria, el Gloria,*
empezar a conocer *el Credo* (versión “breve”), es decir:
conocer: *¿Quién nos ha creado? DIOS – ¿Quién es es Dios? La Stma. Trinidad*
¿Quién es Jesús? – el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero Hombre
Las primeras noticias de su Vida – Quién es la Mamá de Jesús
¿Qué ha hecho Jesús? – ¿Qué es la Redención, cual es su finalidad?
Primera noticia del pecado original y sus consecuencias
¿Cómo hemos sido hechos hijos de Dios? (el Bautismo)
- los niños del 2º AÑO de preparación a LA PRIMERA COMUNIÓN deben conocer los Mandamientos – la relación con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos los Sacramentos
en particular: *la Penitencia o Riconciliación, el Acto de contrición*
la Eucaristía: la Santa Misa, el Sacrificio viviente de Jesús,
la Presencia viva de Jesús,
la Comunión con Jesús
- los muchachos del 1º AÑO de CONFIRMACIÓN deben saber *el CREDO* (la versión “breve”, llamada “Símbolo de los Apóstoles”) las primeras noticias de la “Historia de la Salvación”:
 - La Creación (“*el Cielo y la tierra, las cosas visibles e invisibles*”, los Angeles y el hombre – La creación de Adán y Eva – La prueba)
 - La tentación y la caída, el pecado original y sus consecuencias
 - La promesa de la Redención y los principales hechos del Antiguo Testamento
 - La Encarnación y la Vida de Jesucristo, su Pasión, Muerte y Resurrección
 - La Santa Iglesia y los Sacramentos que la forman
- los muchachos del 2º AÑO de CONFIRMACIÓN deben conocer la finalidad de nuestra existencia (la salvación eterna), la finalidad de la vida cristiana y de los Sacramentos (salvación y santificación)
Por tanto, la Santificación, obra del Espíritu Santo:
 - las virtudes “*teologales*” (Fede, Speranza e Carità),
 - las virtudes “*cardinales*” (prudencia, justicia, fortaleza y templanza)
 - las virtudes *morales* “básicas” (amor a la verdad, humildad, pureza... etc.)
 - las “bienaventuranzas” (como una escala musical de imitación de Cristo)
 - “los dones del Espíritu Santo”
 - “los frutos del Espíritu Santo”Los “Novísimos” (las últimas realidades: muerte, juicio, Cielo o infierno)
La responsabilidad de responder a Dios y a la Iglesia (“soldados de Cristo Rey”)
La Promesa de Jesús: su Venida gloriosa
y el cumplimiento de su Reino

